

PARROQUIA SANTO TOMAS DE VILLANUEVA



VALORACION DE LA VIDA Y OBRA DE NUESTRO PATRON

AUTOR: José Máximo Lledó. Universidad Católica de Valencia “San Vicente Mártir”

SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA

José Máximo Lledó

Universidad Católica de Valencia “San Vicente Mártir”

INTRODUCCIÓN

Para valorar objetivamente y sin pasión la vida y la obra de una persona, constatar la influencia que tuvo en su tiempo y la herencia que dejó a la posteridad, tenemos que situarla en sus contextos geográfico, histórico, político, cultural y religioso. Por eso, a la hora de estudiar y evaluar la vida y la obra de Santo Tomás de Villanueva, es imprescindible tener en cuenta todas estas circunstancias.

a) *Escenario geográfico e histórico.* Los padres de Santo Tomás de Villanueva fueron Alonso Tomás García y Lucía Martínez de Castellanos, vecinos de Villanueva de los Infantes. Durante un período de tiempo se trasladaron a un pueblo cercano, llamado Fuenllana, a la casa de la abuela materna, probablemente a causa de una peste. Allí, durante su estancia, nació nuestro santo a finales del año 1486¹. Muy pronto regresan a Villanueva de los Infantes donde Tomás vive con sus padres, creciendo en edad, ciencia y virtud. La comarca en la que nació y vivió sus primeros años Santo Tomás de Villanueva está situada en el sureste de la provincia de Ciudad Real, en el corazón de la Mancha, hoy denominada Comunidad Autónoma de Castilla-La Mancha. Su historia tiene raíces muy antiguas. A través de los tiempos se asentaron allí diversos pueblos y varias culturas, unas con mayor influencia que otras. En Villanueva de los Infantes existen vestigios de asentamientos prehistóricos de la Edad de Cobre y de la Edad de Bronce, pero cuando esta ciudad adquiere gran importancia es en tiempo de los romanos. De esta época se conservan restos de dos calzadas; dos puentes, destacando el de Treviño, por sus dimensiones considerables, y un viaducto. La dominación romana trajo asentamientos más o menos duraderos en los pueblos de la zona, entre los que debemos destacar Fuenllana y La Moraleja (hoy Villanueva de los Infantes), lugares en donde se han encontrado restos importantes de su presencia. El período de la dominación visigótica es menos conocido, aunque se supone que estuvieron en esta zona. Este último asentamiento fue destruido durante la invasión

¹ Cf. F. Javier Campos, *Santo Tomás de Villanueva*. Ed. Escorialenses, San Lorenzo del Escorial, Madrid, 2008, p. 20, n. 24.

árabe y reconstruido posteriormente con el nombre de Jamila, por lo que, al ser este un nombre de origen hebreo, se cree que allí vivían familias judías. La batalla de las Navas de Tolosa (1212), en la que Alfonso VIII de Castilla vence a los almohades, pone fin al dominio árabe en La Mancha y comienza una intensa labor de repoblación en estas tierras. Así, Jamila aparece en 1245 como aldea poblada por los caballeros de la Orden de Santiago. Debido a las características insanas del terreno se trasladaron a un lugar cercano conocido como La Moraleja, aldea dependiente de Montiel, próxima a ella y capital de Campo de Montiel durante la Edad Media. A principios del siglo XV La Moraleja triplicó en población a Montiel y, por esta razón, el maestre de Santiago e infante de Aragón, Don Enrique, vio necesario hacer La Moraleja villa independiente, concediéndole jurisdicción y sello propios el día 10 de febrero de 1421. En agradecimiento hacia él y a sus hermanos, La Moraleja cambió su nombre y pasó a llamarse Villanueva de los Infantes.

Obtuvo el título de villa en 1501, y en 1573, por orden de Felipe II, fue proclamada capital del Campo de Montiel. En esta época empezó a adquirir importancia y a desarrollarse económicamente, como demuestran los numerosos monumentos y construcciones que datan de esta época.

En 1895 adquirió el título de ciudad y en 1975 fue declarada Conjunto Histórico por su importante legado monumental, perteneciente sobre todo al Renacimiento y al Barroco. Villanueva de los Infantes es un importante centro agrícola e industrial. En este sector destacan las fábricas de productos alimenticios y de materiales para la construcción. En la actualidad es el centro comercial de los pueblos que forman parte de su partido judicial².

b) Realidad política, cultural y religiosa. Tomás de Villanueva tiene la suerte de nacer en una época en que España comienza a caminar hacia el esplendor en todos los campos: político, cultural y, sobre todo, religioso, y de morir en la cúspide de ese mismo esplendor.

En lo *político*, la unidad de España concluye con el matrimonio de los Reyes Católicos: Fernando de Aragón e Isabel de Castilla (1469); la conquista de Granada (1492), y la anexión de Navarra (1512). Su territorio nacional se ve ampliado con el descubrimiento de América (1492) y los territorios de Flandes con el Emperador Carlos V.

En lo *cultural*, España se ve engrandecida con un abundante número de escritores y literatos que continuarán a lo largo de todo el siglo XVI, siglo que ha merecido el calificativo de oro. Como ejemplos podemos citar a Antonio de Nebrija (Lebrija, Sevilla, 1441-Alcalá de Henares, 1522); Fernando de Rojas (Puebla de Montalbán, Toledo, 1470-Talavera de la Reina, Toledo, 1541); Juan Luis Vives (Valencia,

² Cf. F. J. Campos y Fernández de Sevilla, "Villanueva de los Infantes en las relaciones de Felipe II", *Cuadernos de Estudios Manchegos*, 3, Ciudad Real, 1972, pp. 111-131.

1492-Brujas, 1540); Francisco de Vitoria (Burgos o Vitoria, 1483-Salamanca, 1546). En pleno siglo XVI tenemos a Miguel de Cervantes (Alcalá de Henares, Madrid, 1547-Madrid, 1616); Fray Luis de León (Belmonte del Tajo, Cuenca, 1527-Madrigal de las Altas Torres, Ávila, 1591); Luis de Góngora (Córdoba, 1561-Córdoba, 1627); Félix Lope de Vega (Madrid, 1562-Madrid, 1635); Francisco de Quevedo (Madrid, 1580-Villanueva de los Infantes, Ciudad Real, 1645).

En lo *religioso*, debido, en gran medida, a la reforma iniciada por el cardenal Francisco Jiménez de Cisneros, adquiere las cotas más alta de su historia, con santos místicos como Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, fundadores como Ignacio de Loyola y misioneros como San Francisco Javier y Santo Toribio de Mogrovejo, así como otros muchos que sobresalieron en diversas otras vocaciones al servicio de la Iglesia.

Santo Tomás de Villanueva destaca con luz propia en el Siglo de Oro Español. Como intelectual, fue catedrático de la Universidad de Alcalá. Como formador en la educación de nuevos religiosos, fue prior de los conventos de Salamanca, Burgos y Valladolid. Como organizador y animador, fue también prior de las provincias agustinianas de Andalucía y Castilla. Como pastor, fue arzobispo de Valencia. Pero sobre todo es reconocido como hombre bueno al servicio de los demás, tanto en el aspecto humano –es llamado el obispo de los pobres– como en el aspecto religioso –la Iglesia lo ha reconocido como santo.

c) *Ambiente familiar y primeros estudios*. Fue el primogénito de una familia numerosa. Como hemos señalado, sus padres fueron Alonso Tomás García y Lucía Martínez Castellanos; sus hermanos fueron Alonso Tomás, García Castellanos Tomás (regidor de Villanueva de los Infantes), Lucía (que murió soltera), Luisa (que estuvo casada) y Juan Tomás, que profesó, como su hermano mayor, en el Convento de San Agustín de Salamanca el día 15 de diciembre de 1928. En general, no se conocen muchos datos de su infancia³.

En el pueblo se le recuerda por su oración y generosidad con los pobres y mendigos, costumbres heredadas de sus padres, sobre todo de su madre. Sus padres “fueron siempre personas muy cristianas, pías y devotas y de loables costumbres... Y, aunque eran ricos, lo daban todo por amor de Dios (...) Su madre, además de ser grande limosneta y caritativa mujer, vivió con grandísima oración y grandísima frecuencia de sacramentos todos los días de su vida⁴”.

Según el Padre Juan de Muñatones,

nació de padres honrados y estimados, no solo cristianos, pero ajenos a toda mancha y, principalmente, tuvo una madre insigne piadosa, de gran caridad con

³ Cf. F. J. Campos Fernández de Sevilla, *Santo Tomás de Villanueva. Universitario, Agustino y Arzobispo en la España del siglo XVI* (2.ª ed.), Ed. Escripturales, San Lorenzo del Escorial, Madrid, 2008, pp. 20-21.

⁴ Proceso de Canonización, Archivo Secreto Vaticano, Ms. 3632. f. 241.

Dios y con los prójimos, y de espíritu tan encendido que experimentó en sí aquellas suavidades y espirituales deleites que suele Dios comunicar a las personas cuya conversación es en los cielos y cuyas almas desfallecen con amor divino. Contaba el hijo de su madre estas cosas de manera que pensaras que Agustín refería la historia de su madre Mónica⁵.

Mientras que el padre Miguel Salón afirma que

sus padres y abuelos eran gente principal y honrada en sus pueblos, y de hacienda, cristianos viejos y limpios de todos cuartos, porque muchos de sus deudos, así por parte de su padre como de su madre, han sido frailes de las Religiones Militares de Santiago, Calatrava y San Juan, y algunos de ellos Priors de Cruz Grande (...) El abuelo, por parte de su madre, llamado García Castellanos, fue muy grande cristiano y muy caritativo con los pobres de Fuenllana; porque siendo hombre que tenía mucho ganado, del cual sacaba grande esquilmo de quesos y leche, los miércoles y viernes, toda la leche que sacaba, mandaba dar a los pobres y con ella mucho pan; además de otras limosnas que hacía de ordinario en su casa⁶.

Los padres de este Santo Prelado fueron asimismo muy grandes siervos de Dios, de grande caridad y ejemplo. Todas sus pláticas eran tratar de Dios y cosas de su servicio y de la piedad con los pobres, en la cual resplandecieron muy particularmente. Tenían entre otras posesiones y haciendas un molino a media legua de Villanueva, ribera del río Jabalón, y toda la harina que les rentaba, se traía cada jueves a su casa, y el viernes, parte en pan cocido y parte en harina, se distribuía toda entre los pobres. Además de esto, en las fiestas principales enviaban a los pobres vergonzantes pan, vino, leña y dinero, y había siempre en su casa una canasta aparte, con pedazos de pan para todos los pobres que llegasen a sus puertas, de manera que ninguno se fuese sin limosna.

Tenía también costumbre el padre de nuestro Santo Arzobispo de prestar a labradores pobres trigo para sembrar, con esta condición, que se lo volbiesen a la cogida sin ningún interés; y si no se lo volvían, no les apremiaba, ni molestaba por ello; y si eran muy pobres, se lo perdonaba de gracia, y no por ello dejaba, cuando llegaba el tiempo de la sementera, de prestarles otro tanto trigo para que sembrasen de la misma manera. La misma caridad usaba con hombres honrados que para sus necesidades le pedían dinero prestado, y esta santa y piadosa costumbre la guardó toda su vida.

Muerto este siervo de Dios, padre de nuestro Santo Arzobispo, continuó siempre su mujer Doña Lucía Castellanos la misma piedad, prestando trigo para sembrar a los labradores pobres de la misma suerte y con la misma caridad que solía hacerlo su marido, y perseveró en ella siendo viuda todo el tiempo que vivió. Fue asimismo mujer muy devota, recogida y de mucha oración; para lo cual tenía en su casa un oratorio a parte donde se recogía cada día a ciertas horas con sus criadas y nietas a tener oración; y los días que no podía ir a la iglesia por algún justo impedimento, allí

⁵ Tomás de Herrera, *Historia del Convento de San Agustín de Salamanca*, Madrid, 1652. p. 312.

⁶ Miguel Salón, *Vida de Santo Tomás de Villanueva. Arzobispo de Valencia. Ejemplar y norma de obispos y prelados*, Real Monasterio del Escorial, San Lorenzo del Escorial, Madrid, p. 2.

le decían misa y confesaba y comulgaba cada semana. Y era tan dada a la frecuencia de los sacramentos, y tan ejercitada en la meditación y oración, que, como contó el mismo Padre Fr. Tomás a algunos amigos muy familiares suyos, gozaba ya en esta vida, aquella santa mujer, de muchos consuelos y regalos del cielo y de aquellos divinos sentimientos y suavidad de espíritu que suele Dios comunicar a los que se dan de veras al recogimiento interior y en él le buscan con todo su corazón⁷.

La devoción de su alma descubría muy bien todas su acciones exteriores, hasta en los vestidos, porque en tanto que fue casada, vistió siempre honestamente y, viuda, se puso hábito y escapulario de religiosa y lo llevó toda la vida. Fue también muy penitente en su persona, llevando siempre cilicio y ayunando, además de los ayunos que manda la Iglesia, todos los viernes y vísperas de los santos de su devoción hasta que murió. A su ejemplo, llevaban también cilicio y ayunaban los mismos días las más de sus criadas⁸.

Jamás la vieron ociosa, y no sufría porque lo estuviesen sus criadas. Labrando o hiliando o en cualquier otra hacienda que hiciese, siempre estaba rezando, y jamás se le caía el rosario de las manos. La hacienda y labor en que ella y sus criadas de ordinario se ocupaban era hilar lino y lana, de lo cual hacía tejer sus telas y paños y, en Pascuas, particularmente la Semana Santa, lo repartía todo entre los pobres y los vestía (...) Además de esto, a personas honradas y pobres que llamamos vergonzantes, les enviaba secretamente muchas limosnas, ya en trigo o harina, ya en dinero, ya en cosas de vestir. Socorría también de su casa a los pobres de la cárcel, y particularmente los del hospital, con tanta caridad que para los enfermos ella les guisaba por sus propias manos en su casa, y con una criada iba a darles de comer a su hora, y les regalaba y consolaba. Fue tan liberal y misericordiosa con todos los necesitados que, en vida y muerte, tuvo por renombre la Santa Limosnera⁹.

Y así en testimonio de lo mucho que nuestro Señor se servía de su piedad y limosnas, un día, habiendo ya dado a los pobres toda la harina que traían cada semana del molino, llegó un pobre a pedir limosna y, diciendo la dicha Doña Lucía a sus criadas que sacasen alguna harina para aquel pobre, respondieron ellas que ya se había dado y no quedaba cosa alguna en la troj. Replicó la señora: Mirad bien, si ha quedado algo y dadlo por amor a Dios a ese pobre (...) Porfiaron las criadas que no quedaba polvo de harina, porque por sus manos se había dado toda por la mañana. Volvió con todo ello esta sierva de Dios con grande fe y confianza de la divina providencia a decir: “Id, válgao Dios, y barred la troj, que no permitirá Dios que se vaya ese pobre de mi casa sin alguna limosna”. Fueron por darle contento, y en llegando a la troj, comenzaron a dar voces, diciendo: Señora, se flora, ¿qué es esto? porque con toda verdad no dejamos esta mañana en la troj cosa alguna, sino del todo vacía, y ahora está llena, ¿qué es esto? Ella, huyendo de toda vanagloria, les hizo señal que callasen y d “Bendito y alabado sea el Señor que así remedia a sus pobres”. Dieron de aquella milagrosa harina a aquel pobre y todos lo que lo entendieron (porque aunque ella lo procuró encubrir, se

⁷ Salón, *op. cit.*, pp. 2-3.

⁸ Salón, *op. cit.*, p. 4.

⁹ Salón, *op. cit.*, pp. 4-5.

publicó luego) alabaron al Señor y lo juzgaron por milagro muy evidente que lo obró nuestro Dios y Señor por la grande caridad de aquella sierva suya¹⁰.

Dióle también nuestro Señor una gracia particular para curar niños quebrados haciéndoles la señal de la Cruz, los cuales quedaban sanos y libres de aquel accidente como si nunca lo hubieran tenido. Y para que no se atribuyese aquella cura a su virtud, les ponía una venda que llevasen cinco o seis días. En esos ejercicios de tanta devoción y piedad se ocupó esta bendita mujer toda la vida, y perseveró siempre en ellos hasta la muerte.

En la última enfermedad de la cual acabó, rezaba de continuo sus devociones, y decía con mucho cuidado a la gente de su casa desde la cama: “Dad limosna a esos pobres, vístanme esos pobres”¹¹.

Fue tan grande la caridad y misericordia de los padres de este Santo Prelado Fray Tomás de Villanueva con los pobres y necesitados, así naturales, como extranjeros y peregrinos, que no solo cuando vivían, pero aun después de muertos, vive y permanece muy fresca la memoria de su gran piedad, y se han llamado siempre, y se llaman hoy día sus casas, hospital de pobres y necesitados¹².

La formación recibida en el seno de su familia, verdadera Iglesia doméstica, donde sus padres predicaban su fe con la palabra y con el ejemplo le ayuda a dedicarse con intensidad a las cosas de Dios y a la solidaridad con los hombres.

Esta formación humana y cristiana recibida en su casa la va completando con la asistencia a las clases de gramática en las aulas del Convento de San Francisco en Villanueva de los Infantes. Nos dan pie para pensar que hizo sus primeros estudios en este centro el recuerdo y el aprecio que siempre tuvo por este convento de franciscanos durante toda su vida. No en vano, eligió la iglesia de este convento para que allí fuera enterrada su madre.

d) *Formación universitaria*. “Villanueva de los Infantes presentaba unas dimensiones limitadas para su realización personal. Horizontes ilimitados iban a abrírsele. Con la ilusión de una vida que comenzaba a despuntar principiaba sus estudios en Alcalá de Henares. Rondaba los dieciocho años¹³”. Esta ciudad y su ambiente contribuyeron decisivamente a formar la rica personalidad de Tomás de Villanueva. Sus movimientos culturales, su alto nivel universitario y religioso, sus maestros, sus condiscípulos y discípulos, dejarán en su vida una huella imborrable, que se notará luego en su actuación como religioso y como pastor en la diócesis de Valencia.

Alcalá, población situada de Madrid a unos 32 kilómetros, y edificada a orillas del río Henares, era propiedad de los arzobispos de Toledo, los cuales allí tenían un

¹⁰ Salón, *op. cit.*, p. 5.

¹¹ Salón, *op. cit.*, p. 5.

¹² Salón, *op. cit.*, p. 6.

¹³ A. Llin Cháfer, *Santo Tomás de Villanueva. Una vida al servicio de la Iglesia*, Ed. Revista Agustiniana, Madrid, 1998. p. 15.

palacio. Desde finales del siglo XIII poseía un colegio, incorporado desde mediados del siglo XV a un monasterio franciscano. Pero todo estaba por hacerse, si se pensaba en una verdadera universidad. Fue el cardenal Francisco Jiménez de Cisneros quien llevó a la práctica este proyecto, haciendo que la Universidad de Alcalá actuase de reclamo para la sociedad española en los albores del siglo XVI. Artistas, literatos, filósofos, teólogos, etc., se sienten atraídos por la universidad, que les ofrecía amplios medios para formarse en los campos de sus facultades.

Para Cisneros una de las mayores preocupaciones fue la reforma de la Iglesia. Empleó todos los medios posibles para resolver el problema de la selección del clero. La creación de la universidad de Alcalá de Henares no fija sino la instalación de un organismo de enseñanza eclesiástica que permitiera elevar el nivel religioso e intelectual de los clérigos de aquellos tiempos.

No coinciden los historiadores en la fecha en que Tomás llegó a Alcalá de Henares. Parece que la más probable es la de 1504. Después de graduarse de bachiller en Artes en el monasterio franciscano de San Diego, con buena puntuación, consigue una beca para el Colegio Mayor San Ildefonso, fundado por el cardenal Cisneros, asistiendo a las clases de la recién fundada universidad, en la que ingresa el día 7 de agosto de 1508. A finales de 1509 se gradúa como maestro en Artes. Después se dedicó, al menos durante tres años, al estudio de la teología, siendo elegido en 1510 consiliario del Colegio Mayor San Ildefonso. Tomás se aprovechó de las facilidades que daba la universidad para adquirir una formación completa. Los estudiantes podían asistir libremente a las cátedras de las tres grandes escuelas filosófico-teológicas de la época: tomismo, escotismo y nominalismo.

Fue catedrático de Filosofía en la Universidad de Alcalá de Henares al menos desde 1514 a 1516. El padre Juan de Muñatones nos describe así esta etapa del santo:

Siendo mozo estudió Artes liberales en la Universidad de Alcalá, escuela en estas facultades de gran renombre en España; y en ella, en no mucho tiempo, alcanzó tanta erudición, y tanta opinión, y fama en las materias de Filosofía, que en público auditorio, y con público salario de la Universidad leyó y enseñó las Artes. Tal era la agudeza de su ingenio que resplandecía en aquel mozo; tan viva y pronta la fuerza del alma para entender y penetrar las cosas más escondidas. Salieron de su enseñanza muchos doctos discípulos (...) son contados en particular, por la mayor notoriedad de su fama dos discípulos de Tomás de Villanueva: Fernando de Encinas y Domingo de Soto¹⁴.

El mismo padre Juan de Muñatones nos aporta el testimonio del gran teólogo Juan de Vergara, residente en el propio Colegio de San Ildefonso, “el cual con frecuente admiración solía referir la integridad de vida de Tomás de Villanueva, la santidad en medio de las disputas del palenque de las letras, y en las mismas olas de

¹⁴ Tomás de Herrera, *Historia del Convento de San Agustín de Salamanca*, Madrid, 1652, p. 312.

los mozos que envidiaban sus estudios y su gran piedad en todas materias con los pobres y necesitados¹⁵”.

Bartolomé Sousa, rector de dicho colegio, atestigua en el proceso de su beatificación y canonización: “Fue varón singular en toda materia de virtudes, y que particularmente siendo como fue colegial mayor en el insigne Colegio de San Ildefonso de esta Universidad vivió en dicho Colegio con muy raro ejemplo de virtudes y particularmente se ejercitaba en la oración, y para este efecto tenía en su aposento un altar¹⁶”. A todo esto hay que añadir su gran humildad para reconocer sus fallos y aceptar los castigos. “En el libro de recepciones del Colegio Mayor Tomás figura como castigado según la Constitución por haber pernoctado dos veces fuera del mismo: La primera vez se le impuso ayunar a pan y agua durante los tres primeros días siguientes, y por la segunda vez fue privado de la ‘porción del Colegio’ por un mes¹⁷”.

1. RELIGIOSO AGUSTINO

1.1. *El Convento de San Agustín de Salamanca*

Tomás estaba a punto de dar un nuevo giro a su vida, su ciencia y sus cualidades pedagógicas traspasaron las fronteras de la ciudad de Alcalá. Por eso, en 1516

fue llamado para la Universidad de Salamanca y rogado que quisiese regentar la cátedra, que llaman de Filosofía Natural, ofreciéndole no pequeño salario. Pero no le pareció dar el sí a los que de Salamanca le rogaban. Repudió con gusto la honra que le ofrecían, tocado ya sin duda del cielo, e impelido divinamente para desear el camino de la perfección cristiana. Y aquel, a quien, ni los halagos de las honras, ni de otras comodidades trajeron a Salamanca, la imitación de Cristo nuestro Redentor y el deseo de la perfecta virtud lo llevaron con facilidad Por eso tomó en Salamanca en el religiosísimo Monasterio de nuestro Padre San Agustín el hábito de la religión a los treinta años casi de su edad¹⁸.

Era tanta la fama de santidad de sus religiosos que el maestro y catedrático dominico Fr. José Barrio llamaba a ese convento “Santa Casa”. En el año 1411, hallábase en Salamanca el taumaturgo y apóstol de Valencia San Vicente Ferrer, predicando penitencia. Conocedor de la fama de que gozaba este monasterio, fue a visitarlo y

¹⁵ Tomás de Herrera, *op. cit.*, p. 312.

¹⁶ Archivo Secreto Vaticano Ritos, Ms. 3632, f. 168v. En E. Javier Campos, *Santo Tomás de Villanueva Universitario, Agustino y Arzobispo de la España deis. XVI*, Ed. Escorialenses, San Lorenzo del Escorial, Madrid, 2008, p. 66.

¹⁷ A. Turrado, *Santo Tomás de Villanueva. Maestro de Teología y espiritualidad agustinianas*, Ed. Revista Agustiniiana, Madre, 1995, p. 14.

¹⁸ T. de Herrera, *op. cit.*, p. 313.

afirmó que jamás faltaría en él algún santo¹⁹. El santo valenciano fue un verdadero profeta, pues allí vivieron y se santificaron a San Juan de Sahagún, al propio Santo Tomás de Villanueva y a su discípulo San Alonso de Orozco, entre otros.

A comienzos del siglo XVIII, el padre maestro Juan Gil Godoy, dominico, escribía en su obra *El Mejor Guzmán*, refiriéndose al Convento de San Agustín: “Esta casa de santos. Este es el nombre con que debe llamarse este convento”, del que dijo el maestro fray Basilio Ponce de León: “Desde que se redujo la Claustura a la Observancia –ya hace más de doscientos años–, siempre ha habido en él persona o personas cuya virtud se ha manifestado con milagros en vida o en muerte²⁰”.

Si sobresalió en santidad, no le andaba a la zaga en ciencia. A principios del siglo XV, era tal la fama científica de este convento que no solo venían a formarse en sus aulas religiosos de las otras provincias agustinianas de España, sino también de toda la orden. Ya entonces contaba con un selecto profesorado, con grados académicos adquiridos en renombrados centros universitarios. Esta escuela agustiniana fue continuada por hombres de conocida fama intelectual, entre los que debemos destacar al propio Santo Tomás de Villanueva, Fray Luis de León, Pedro Malón de Echaide, Martín de Córdoba, Agustín Antolínez, Basilio Ponce de León, etc.

La ciencia y las cualidades pedagógicas de nuestro joven Tomás traspasaron las fronteras de la ciudad de Alcalá. Por eso

fue llamado para la Universidad & Salamanca y rogado que quisiese regentar la cátedra, que llaman de Filosofía Natural, ofreciéndole no pequeño salario. Pero no le pareció dar el sí a los que de Salamanca le rogaban. Repudió con gusto la honra que le ofrecían, tocado ya sin duda del cielo, e impelido divinamente para desear el camino de la perfección cristiana. Y aquel, a quien ni los halagos de las honras, ni de otras comodidades trajeron a Salamanca, la imitación de Cristo nuestro Redentor y el deseo de la perfecta virtud lo llevaron con facilidad. Por eso tomó en Salamanca en el religiosísimo Monasterio de nuestro Padre San Agustín el hábito de la religión a los treinta años casi de su edad²¹.

1.2. Año de noviciado

Era el 21 de noviembre de 1516, fiesta de la Presentación de María en el Templo, según lo confirma el propio Tomás de Villanueva al comienzo de las constituciones del Colegio de la Presentación, fundado por él mismo en Valencia, siendo ya arzobispo, el 7 de noviembre de 1550 para la formación de seminaristas pobres²². El padre

¹⁹ B. Estrada, *Los Agustinos Ermitaños en España hasta el siglo XIX*, Ed. Revista Agustiniana, Madrid, 1988, p. 229.

²⁰ ESTRADA, Basilio, o. c., p. 229.

²¹ HERRERA, Tomás de, o. c., p. 313.

²² SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA, *Obras Completas*, Tomo VI, p. 422.

Miguel Salón nos describe la ceremonia del comienzo de su año de noviciado y hace alusión a la devoción que el santo profesó siempre a la Santísima Virgen María:

Según el estilo y costumbre de las religiones se le dio el hábito de esta Santa Orden de nuestro Padre San Agustín en la fiesta de la Presentación de nuestra Señora, luego después de Prima, del año mil quinientos diez y seis. Como aquel que desde su niñez había sido devotísimo a esta Santísima y Purísima Virgen, y a quien había tomado desde su tierna edad por muy particular patrona y abogada suya, y por cuyas manos conocía y confesaba haber recibido de las de su bendito Hijo tantas gracias y misericordias como le debía, y esperaba recibir cada día, quiso ofrecerle a Nuestro Señor y consagrarse a su santo servicio en la santa Religión el mismo día que celebra la Iglesia aquel tan santo y devoto, en que fue presentada esta excelentísima Señora en el Templo de Jerusalén²³.

Pasó el año de noviciado con tal ejemplo en todas virtudes, con tanta humildad y obediencia, que siendo novicio era maestro de profesos²⁴.

El Padre Salón nos dice que, durante el noviciado,

vivía en una continua abstinencia y templanza en el comer, porque no solamente ayunaba los ayunos de la Orden con el mismo rigor que los de precepto, sino otros muchos que con la bendición y licencia del Prior tomaba por su devoción, de manera que de tres partes del año, ayunaba dos con muchas veras. Los otros días que no ayunaba, comía de lo mismo que la Comunidad del convento, pero con muy grande templanza, dejando la mayor parte de su ración para los pobres. Castigaba también su cuerpo, quebrantándole con poco sueño y durmiendo pocas horas. Su cama ordinaria era un jergón con dos mantas y en el Adviento y Cuaresma solas las tablas²⁵.

1.3. *Profesión religiosa y ordenación sacerdotal*

Hizo su profesión re el 25 de noviembre de 1517 con estas palabras, escritas de su puño y letra en latín:

Yo, Fray Tomás García, hijo de Alonso Tomás y de Lucía Martínez su esposa, habiéndose terminado el tiempo de mi probación, hago solemne, libre y voluntaria profesión y prometo obediencia a Dios todopoderoso y a la santísima Virgen María y a nuestro bienaventurado padre San Agustín y a usted muy reverendo padre Pedro de Cantelpino, sub prior de este convento de Salamanca, en nombre y veces del Prior general de los frailes ermitaños de la Orden de san Agustín y de sus sucesores, y prometo

²³ Salón, *op. cit.*, pp. 10-11.

²⁴ Francisco de Quevedo, *Vida de Sarna Tomás de Villamino*, Ed. Revista Agustiniiana, Guadareama, Madrid, 2005, p. 45.

²⁵ Salón, *op. cit.*, p. 18.

igualmente vivir sin (nada) propio y en castidad y en observancia de la regla de nuestro Padre san Agustín hasta la muerte²⁶.

A partir de su profesión, ya no se llamará Tomás García, sino Tomás de Villanueva, en honor al pueblo en el que vivió su niñez y los primeros años de su juventud. Era como un bautismo espiritual, porque comenzaba para el recién profesado una nueva vida con un nuevo nombre, muriendo al mundo para ser totalmente de Dios.

Después de su profesión, vivió como un religioso ejemplar. Dice el padre Salón:

Empleó cuanto pudo en ellas (obras de misericordia), señaladamente en el servicio de los enfermos, al cutí siempre muy aficionado así de Superior como de súbdito. Aunque no tenía a su cargo la enfermería ni mandamiento del Superior que le obligase a ello, con solo el movimiento interior del Espíritu Santo, y la inclinación de la misericordia que le mandaba y movía su voluntad, visitaba de ordinario a los enfermos, les daba de comer de su mano, les hacía la cama, les limpiaba, regalaba y servía cuanto podía. Si alguno tenía necesidad de él para cualquier servicio, por humilde y bajo que fuese, acudía luego a ello con tanto amor y presteza, y con un alegre semblante que se podía muy bien leer en su rostro el espíritu de Dios, que moraba en su alma y le gobernaba en todos aquellos actos y ejercicios de piedad. Era por esta gran caridad tan amado de los enfermos y deseado de todos ellos que en verle o sentirle entrar por la enfermería, les parecía que entraba por ella un ángel que les traía en las mangas el consuelo y la salud²⁷.

Ya desde los primeros años de su vida religiosa se entregó a la práctica de las virtudes que le facilitaban el camino hacia la santidad:

Todo el tiempo del Noviciado y de la probación, como dicen, y después de su profesión se dio tanto a vigiliass y a la oración, y domaba de fuerte el cuerpo con la modestia y templanza de la vida tal modo, que levantó a grandes esperanzas de su rara y excelente virtud casi a todos los hombres de nuestra religión, y con no vano presagio pronosticaron que había de ser un clarísimo varón²⁸.

El padre Salón nos dice, recogiendo las afirmaciones de sus contemporáneos, que entre todas las virtudes que practicó nuestro santo en estos primeros de su vida religiosa sobresalieron cuatro:

²⁶ Texto Latino, Archivo Secreto Vaticano, Ritos. Ms. 3633, ff 109 y 121. Cf F. Javier Campos, *Santo Tomás de Villanueva, Universitario, Agustino y Arzobispo de la España del siglo XVI*. Ed. Escorialense, San Lorenzo del Escorial, Madrid, 2008. p. 98.

²⁷ Salón, *op. cit.*, pp. 19-20.

²⁸ Tomás de Herrera, *op. cit.*, p. 313.

Las virtudes que más ejercitó aquellos primeros años y que más procuró ganar como fundamentos muy firmes de todo su espiritual edificio (según refieren Padres viejos de aquel tiempo) fueron estas: Primera, una oración muy continua. La segunda, mucha y muy atenta lección de libros santos y devotos (...) La tercera, un recogimiento y silencio muy grande (...) La cuarta (en que hizo mucho estudio) fue una grande resignación de su voluntad en la de sus superiores²⁹.

Nada más terminar el noviciado ejerció la docencia. “Acabado el año (de noviciado), luego fue hecho catedrático de teología del convento, cosa que es de gran consideración en aquel convento; donde siempre han resplandecido varones insignes en letras y santidad³⁰”. Explicó a los religiosos el libro de las Sentencias de Pedro Lombardo.

Puesto que ya había cursado los estudios de Teología en Alcalá de Henares, le dispensaron de dichos estudios y al año siguiente de haber profesado, recibió la Ordenación Sacerdotal, concretamente, el día 18 de diciembre de 1518. Celebró su primera misa el día de Navidad.

2. CARGOS QUE DESEMPEÑÓ EN LA ORDEN AGUSTINIANA

Debido a su preparación intelectual y a sus dotes de prudencia y de mando, pronto empieza a desempeñar diversos cargos en la Orden Agustiniiana. Su labor como superior y reformador es una de las obras maestras del santo. También se preocupó de las misiones y dedicó mucho tiempo a la predicación. Analicemos brevemente los distintos cargos y las comunidades y provincias en las que los desempeñó

2.1. *Prior local*

a) *Salamanca*: Fue dos veces prior del convento de Salamanca, La primera del 1519 al 1521 y la segunda del 1523 al 1525. Es de admirar que cuando en 1519 le eligieron por vez primera, tan solo llevaba dos años de profeso, cosa nunca oída, ni practicada en dicho convento, por donde se deduce las extraordinarias y especialísimas dotes de gobierno que en él hallaron los religiosos para hacer tal desusado nombramiento. En 1523 fue reelegido prior, y esta vez como en la anterior tuvo la dicha de vestir el hábito a escogidísimos jóvenes, que con sus virtudes y letras ilustraron en gran manera la Orden Agustiniiana. Para él, “ser superior no ha de ser dignidad, autoridad, descanso, ni diligencia; sino trabajo y cuidado de ser tal, que mande más

²⁹ Salón, *op., cit.*, p. 17.

³⁰ Francisco de Quevedo, *op., cit.*, p. 45.

y primero con el ejemplo que con las palabras; que los religiosos obedezcan su vida antes que sus órdenes³¹”.

b) *Burgos*: Dos veces fue prior del convento de Burgos. Una desde 1531 a 1534 y otra desde 1537 a 1540.

Cuando llegó a Burgos halló con alguna relajación las cosas del convento, y en gran necesidad la casa; y reformó lo que tocaba a la religión de suerte que hoy se conservan sus estatutos y reformaciones. En cuanto a la necesidad ordinaria del convento, milagrosamente la remedió; de suerte que toda la devoción que toda la ciudad tenía con el bendito Santo fue tan grande, que nunca se vio más bien socorrido de limosnas³².

c) *Valladolid*: Fue elegido prior de Valladolid en 1541 hasta 1544. Este fue el último cargo que desempeñó en la orden. Sobre su estancia como prior en Valladolid hay muchas anécdotas, que nos muestran la buena relación que tenía con el emperador Carlos V y la confianza que este tenía con Fray Tomás de Villanueva. Podemos citar, como ejemplo, dos de ellas: Una fue la petición que hizo al emperador, implorando el perdón para algunos caballeros.

Siendo Prior del convento de Valladolid, nos dice Quevedo, sucedió aquel caso tan conocido de los caballeros Lasos, que por un delito condenó a degollar el Emperador; tan indignado con ellos, que habiéndose juntado los grandes todos y pedídoles el perdón, y viendo que se les negó; y hecho los deudos suyos y grandes tan apretada diligencia con el príncipe don Felipe, que se arrodilló a su padre y se lo suplicó; habiéndoselo negado a su heredero, persuadido de la caridad por ruegos de los parientes, entró el Santo al Emperador a pedir los perdonase. A quien aquel glorioso príncipe respondió: ‘Hágase luego lo que pedís; a vos, Fr Tomás, no os puedo negar yo nada, conociendo que sois enviado del cielo por ministro de la caridad y misericordia³³’.

La otra fue con motivo de un sermón en la Iglesia del Convento de San Agustín. El santo agustino tenía tanta fama como buen predicador, que el emperador le había nombrado su predicador y le tenía ordenado que le avisase cuando y donde predicaba, pues quería oírle, siempre que pudiese.

Avisó que predicaba un día en su casa de Valladolid; y el César, codicioso de oír al santo, fue muy temprano; y al esperar la hora del sermón se entró con los grandes en el claustro, diciendo al portero: ‘Decidle a Fray Tomás que estoy aquí que baje’. Fue el portero y respondió por él el Santo a la Majestad Cesárea que estaba estudiando; que si había de predicar no podía

³¹ Francisco de Quevedo, *op., cit.*, p. 46.

³² Francisco de Quevedo, *op., cit.*, p. 48.

³³ Francisco de Quevedo, *op., cit.*, p. 49.

bajar; y que si bajaba, no predicaría. Pareció a los que acompañaban al Emperador despego y descortesía, y diéronlo así a entender, obligando a que su Majestad dijese. A mí me ha edificado lo que a vosotros os ha escandalizado; y quisiera y mucho que todos los predicadores y religiosos fueran tan desasidos de la vanidad y tan despegados de la grandeza como Fray Tomás³⁴.

2.2. *Prior provincial*

En el Capítulo Provincial celebrado en Dueñas el 1527 se determinó con la aprobación del reverendísimo padre general Gabriel della Volta Véneto la división de la provincia de Castilla en dos provincias: la de Andalucía y la de Castilla, y con gran contento de los padres andaluces fije elegido nuestro santo prior provincial de la provincia de Andalucía.

El 1534 fue elegido provincial de la provincia de Castilla. Se preocupó por las misiones, enviando a América a un grupo religiosos muy preparados y virtuosos. Estos llegaron a México el 7 de septiembre de 1535. Al año siguiente envió nuevos misioneros, entre los que se encontraba Juan de Alva, que formó parte de la primera expedición a Filipinas, junto a Andrés de Urdaneta. Cuando alguien le criticaba por haber enviado religiosos tan buenos y tan bien preparados a América, él respondía: “Hay que enviar al Nuevo Mundo buenos religiosos, pues llegará un día que vendrán del Nuevo Mundo a evangelizar al Viejo Mundo”. Esta profecía ya se está cumpliendo.

Como prior y como provincial era el primero en cumplir las normas que exigía a los demás, de tal manera que contagiaba con su ejemplo.

Siendo Prior, con ser persona tan ocupada en predicar, y confesar, por el grande fruto que con su doctrina hacía, y con tantos como a él acudían para consuelo de sus almas y remedio de sus trabajos, no por eso dejó de seguir siempre el coro a medianoche, y a las horas que cómodamente podía de día, de modo que él era el primero que entraba y el postrero que salía, así algunos maestros de novicios que le alcanzaron y vivieron con él, en donde él fue Prior, para animar a sus novicios a la devoción del coro, les referían y representaban muchas veces este ejemplo del Padre Fray Tomás en acudir tanto al coro³⁵.

Otras de sus cualidades como superior fueron la sencillez, la humildad, la fraternidad y el equilibrio.

Trató con tanta llaneza con todos sus súbditos, como si todos le fueran iguales y ninguno de ellos inferior, sin olvidar ni perder por esto aquella religiosa autoridad

³⁴ Francisco de Quevedo, *op.*, *cit.*, p. 49-50.

³⁵ Salón, *op.*, *cit.*, p. 68.

que debe guardar un superior, para que no le pierdan por su llaneza los inferiores la reverencia y respeto que le deben; antes bien templó de suerte estas dos cosas, que se hallaban siempre en él y en todo tiempo una humildad compuesta y grave y una santa y discreta gravedad religiosa y humilde. Amaba a todos como si fueran sus propios y naturales hijos o hermanos, procurando con entran ansia el bien de sus almas, exhortándoles siempre al amor y temor de Dios, a la limpieza interior de la conciencia ya la caridad con sus prójimos³⁶.

Imitando siempre el ejemplo del Maestro, procuró no echar cargas pesadas a los súbditos.

Con ser para sí mismo (como siempre lo fue) mi riguroso, abstinente, encerrado, pobrísimo y observante de las Constituciones y ceremonias de nuestra Orden, con todo este rigor que tenía con su persona, era por otra parte muy blando y compasivo para los súbditos, y dispensaba con ellos fácilmente en algunas cosas que le era lícito y jamás consigo mismo³⁷

y cuando tenía que castigarlos, lo hacía con suma delicadeza y caridad, buscando siempre su conversión y su bien. “Era sobremanera piadoso y discreto en el castigo de los delincuentes, guardando siempre tiempo y sazón convenientes para que la reprehensión y castigo fuesen de provecho y beneficio para el súbdito³⁸”.

Siguiendo las recomendaciones que nuestro padre San Agustín nos da en la regla, procuraba socorrer en todo momento las necesidades de sus súbditos y atender a los enfermos.

Con la misma caridad y amor tenía cuidado de acudir a todas las necesidades temporales de sus religiosos, mirando lo que cada uno había menester, y proveyéndole con mucha liberalidad de lo necesario. En el cuidado de los enfermos fue extremado: visitándolos a menudo, procuraba con grandes ansias el consuelo y regalo de todos, mirando lo que cada uno necesitaba, y qué servicio tenía, así de limpieza en la cama, así como provisión y regalo en la comida, con aquel amor y solicitud con que suele mirar una madre por el hijo enfermo que ama muy tiernamente³⁹.

Siempre fue enemigo de la ociosidad y de las conversaciones inútiles. Ocupaba el tiempo en la oración, en el estudio y en las obras de caridad.

³⁶ Salón, *op. cit.*, p. 68.

³⁷ Salón, *op. cit.*, pp. 68-69.

³⁸ Salón, *op. cit.*, p. 69.

³⁹ Salón, *op. cit.*, p. 69-70.

Fue muy público en toda la Provincia de Castilla, y lo es aun hoy día por relación, como tradición entre los religiosos que han alcanzado algunos padres antiguos de aquel tiempo, como jamás fue visto el 1'. Fr. Tomás ocioso, ni en conversaciones de otros frailes, sino siempre, o en algún santo ejercicio de caridad o encerrado en su celda. Aborrecía al religioso ocioso que veía ir vagando por casa, o perder el tiempo inútilmente; y en remediar esto cargaba mucho juicio y ponía la mano, siendo Prelado, y reprehendía fraternalmente siendo súbdito, profetizando al que no se enmendaba de este vicio que se había de perder⁴⁰.

La fama que Santo Tomás de Villanueva tenía como religioso, como superior, predicador y, sobre todo, como santo había trascendido las fronteras, llegando a Italia y a otras partes del mundo, como podemos constatar por una carta del padre Jerónimo Seripando, general de la orden, que le escribe de su puño y letra desde Sevilla el día 26 de junio de 1541, siendo santo Tomás Prior del Convento de Burgos. A continuación transcribimos esta carta:

Al Venerable, y amado nuestro en Jesucristo, el Maestro Fr. Tomás de Villanueva, de la Orden de Hermitaños de San Agustín. En Burgos.

Fr. Jerónimo Neapolitano, indigno General de la Orden de Hermitaños de San Agustín.

Al Venerable y amado nuestro en Cristo Jesús, salud eterna en el Señor. Era por cierto muy grande el deseo que ya antes de ahora tenía de vuestra vista, por la religión, que de vos (quiero decir) de vuestra doctrina, y limpieza de vida se me había dado en liaba; pero cuando he oído clarísimamente por todas partes de España que hasta ahora he andado, las cosas que muchas personas de grande autoridad, y crédito de vos publican, comenzó arder en mi pecho una increíble, y admirable aficción, y deseo de ver, oír, conocer y abrazar al varón, que busca mi alma. Tiene el Espíritu Santo repartidos sus dones por diferentes sujetos, porque no es (según pienso) capaz de todos ellos el corazón del hombre: por esto a uno comunica el don de la sabiduría, a otro, el de la ciencia y así de los demás, que no es menester aquí referir, escribiendo a quien tan bien lo sabe. Pero ¡oh buen Dios! ¿Qué es esto que oigo? Que os los haya comunicado a vos todos juntos, con tanta abundancia y largueza de su divina mano, que seáis juntamente un elocuentísimo interprete y predicador de la palabra de Dios, y en las costumbres y vida, de tanta santidad y entereza, que no solo seguís las pisadas y vais a los alcances de aquellos primeros Padres de nuestra sagrada religión, pero aun parece que os aventajáis a ellos. Escriboos esto, para que entendáis la alegría y consuelo que mi espíritu ha recibido, oyendo las cosas, que de vos se me han dicho, y que he dado infinitas gracias a nuestro Dios y Se flor, por ver tantas y tan crecidas mercedes como de su bendita mano habéis recibido en tiempo, que de semejantes varones he hallado grande falta; porque me ha acontecido en esta larga peregrinación, que he emprendido por el bien nuestra República (Orden), ver grandes espacios de tierra sin rocío,

⁴⁰ Salón, *op.*, *cit.*, p. 23.

y sin agua. Plega a la divina clemencia, halle, como confío hallar, en vos algún Elías, lleno de celo de la honra de aquel grande Señor Dios de los Ejércitos, a cuya palabra, después de las tinieblas, nublados y vientos, caigan grandes aguas y celestiales lluvias sobre la tierra. Por tanto, carísimo hermano, si ya no queréis (lo que sería cosa muy afrentosa y notable falta) convidado de tanto amor y benevolencia, no responder a lo que debéis, pensad como satisfacer a esta mi sed y saldréis con ello, si para cuando yo volviera de Portugal, lo que pienso será (favoreciéndome nuestro Señor) a primeros de Septiembre, me salieredes a recibir en Toledo. Si pudieredes antes, como por ello no recibáis pesadumbre, o daño alguno, aun antes que lleguemos a Toledo, deseo veros, porque es enemigo de dilación y sufre cualquier tardanza el verdadero amor cristiano y servirá la alegría, que con vuestra vista espero recibir, de alivio y descanso de nuestras pesadumbres, trabajos y cuidados. Esto, aunque sé muy bien que no faltaréis en ello, por vuestra natural bondad, y condición, pero para que entendáis cuanto lo deseo, os lo mando en virtud de santa obediencia, y si lo hicieredes así, ninguna cosa nos podrá suceder más agradable, y de más contento. El amor, que os tengo pedía más larga carta, pero el concepto y confianza que tengo de vuestra mucha prudencia, y benignidad, me asegura que en ningún tiempo faltaréis a lo que os encomendare, ni en diligencia, ni en consejo, ni en trabajo. Quedad con el Señor, y el sea en vuestra guarda. De Sevilla a veinte y seis de junio de mil quinientos y cuarenta y uno. Firmado: Fr. Gerónimo, General indigno⁴¹.

Coincidimos con el P. Miguel Salón, “que no se pudiese dar más cierto, y eficaz testimonio por persona alguna grave, y de mucha autoridad, y crédito de la santidad, doctrina y talentos de el Padre Fray Tomás, que el de esta de un General de toda la Orden de San Agustín, varón tan santo y de tanto valor y cristiandad⁴²”.

No sabemos cuál fue el motivo por el que Fray Tomás llegó con retraso al capítulo provincial de Toledo. Tal vez por cualquier imprevisto, pero también podía ser por el miedo a ser elegido prior provincial, pues cuando llegó ya había sido elegido otro. Lo cierto es que recibió un cariñoso reproche del prior general Jerónimo Seripando, quien le esperaba con tanta ilusión, con estas palabras: “Fili, quid fecisti nobis sic?”.

3. INFLUENCIA EN LA REFORMA DE LA PROVINCIA DE CASTILLA

A finales del siglo XV y a lo largo del siglo XVI nacen en la Iglesia los grandes movimientos de reforma que darán origen a algunas iglesias separadas: como el calvinismo, el anglicanismo y el luteranismo, pero también a raíz de estos movimientos se celebrará el Concilio de Trento, que tendrá como fin clarificar la doctrina católica, corregir abusos y promover la vida cristiana.

⁴¹ Salón, *op. cit.*, pp. 103-105.

⁴² Salón, *op. cit.*, p. 105.

También estos movimientos de reforma afectaron a la vida religiosa: aparecen nuevas congregaciones y otras se renuevan. Dentro de la Orden Agustiniiana este fenómeno se vive con intensidad y produce grandes efectos negativos y positivos. En Alemania el agustino Martín Lutero da origen al luteranismo y divide allí a la familia agustiniana. En España, dentro de la orden, surge un gran movimiento de reforma, liderado en principio por Luis de Alarcón y secundado, en otros, por Santo Tomás de Villanueva, que enriquece no solamente a la orden, sino a toda la Iglesia.

Su labor como superior y reformador de la orden fue una de las obras maestras de nuestro santo. En el desempeño de sus cargos sobresalió por la práctica de las virtudes heroicas.

Siendo Prior, fue muy celoso de la honra de Dios y de la observancia de su religión. Procuró siempre cuanto pudo, que sus religiosos estuviesen recogidos, fuesen verdaderos frailes y muy siervos de Dios de corazón: esto les pedía en todas las pláticas y capítulos con grande afecto y muchas lágrimas que le salían del alma. Reformó con su buen ejemplo, doctrina y cuidado en los conventos, en los que fue Prior, algunas (cosas) que pedían refozmación, y puso en ellos la observancia de la religión en su punto. De manera que confesasen los padres graves de Castilla, y lo he oído yo en ocasiones a muchos de ellos, deberse al Padre Fray Tomás, al santo celo y cuidado con que lo procuró mucha parte de la observancia de aquella Provincia,⁴³ y el haberse conservado con ella; y cómo antes que él gobernase había algunas cosas relajadas que necesitaban de enmienda, y siendo él superior las remedió y redujo a su debido estado, en el cual después han perseverado con el buen celo y cuidado de los que le sucedieron muchos de los cuales fueron en el hábito y religión hijos de este grande religioso y grande Prelado⁴⁴.

4. RENUNCIA AL ARZOBISPADO DE GRANADA

Cuando le nombraron arzobispo de Valencia no era la primera vez que le habían ofrecido gobernar una diócesis, pues anteriormente le habían propuesto para regir la archidiócesis de Granada. El emperador estaba muy interesado en poner al frente de las diócesis a sabios gobernantes y celosos pastores.

Con la afición y devoción que tenía el Emperador a la doctrina del Padre Fray Tomás, y grande concepto de su mucha religión y prudencia, confirmado por muchas experiencias, la segunda vez que fue Provincial, estando su Majestad en Toledo vacó el

⁴³ Debido a Santo Tomás de Villanueva y muchos de sus discípulos todos los conventos de la provincia de Castilla abrazaron la Observancia, iniciada por el padre Juan de Alarcón en el convento, llamado de los Santos, de Villanubla (Valladolid) en 1431. Cf. Gutiérrez, David, *Historia de la Orden de San Agustín*, vol. 1/2, *Los Agustinos en la Edad Media*, Ed. Institutijm Historicum Ordinis Fratrum S. Augustini, Roma 1977. p. 98.

⁴⁴ Salón, *op. cit.*, pp. 67-68.

Arzobispado de Granada, y sin hallarse allí el Padre Fray Tomás (porque iba visitando su Provincia), ni hablar persona alguna por él, el Emperador de 'motu proprio', seguro del grande fruto que haría en cualquier Iglesia que se le encomendase, le nombró Arzobispo de Granada. Fue llamado para que aceptase aquella elección, pero con la humildad y cortesía que debía, suplicó a su Majestad la revocase y eligiese a otro.

Fue importunado por algunos amigos para que aceptase, pero jamás quiso, y como en la Provincia no hubiese Superior, que se lo mandase y pudiese obligarle a ello, siendo él mismo el Provincial y la necesidad de aquella Iglesia no sufriese tanta dilación, como fuera menester, para escribir al General y aguardar su respuesta y mandato, pasose aquella provisión en silencio, aunque fue sabida de muchos, como consta de los procesos y particularmente del libro, donde están los juramentos de los Colegiales del Colegio Mayor de Alcalá y de lo que testifica el P. Osorno, administrador perpetuo del Colegio de nuestra Orden de Valladolid, el cual refiere, como el P. Orozco, cuya santidad y doctrina fue bien conocida en la Corte y estimado por el Rey Don Felipe Segundo, en la plática que hizo en nuestro Convento de Valladolid (donde era Prior) el día que supieron la muerte del Padre Fray Tomás, y le celebraron las exequias, a la cual plática se halló presente el P. Osorio, que lo testifica, dijo, entre otras cosas en la alabanza de la humildad y religión del Padre Fray Tomás como siendo Provincial de Castilla fue elegido por el Emperador Carlos Quinto por Arzobispo de Granada, y en ninguna manera quiso aceptar⁴⁵.

5. ARZOBISPO DE VALENCIA

5.1. *Los planes de Ojos*

Fray Tomás ya estaba tranquilo, pues la Archidiócesis de Granada ya tenía arzobispo.

El (se quedó) muy contento y alegre en su primer estado, sirviendo a nuestro Señor en la Orden en las mismas ocupaciones y obediencias que antes, hasta que el año de mil quinientos cuarenta y cuatro, por buenos y justos respetos renunció al Arzobispado de Valencia el ilustrísimo y reverendísimo Sr Don Jorge de Austria, tío del Emperador Carlos Quinto, y fue transferido por el Papa Paulo I de aquella Iglesia a la de Legi, Obispado y Dignidad muy principal y estimada en Alemania, por las cosas que tiene anejas. Hecha la renuncia, y vacando la Iglesia de Valencia, el cristianísimo Emperador con su santo celo tuvo luego cuidado de proveerla de Pastor⁴⁶.

Seguro que en algún momento pensó en el padre Fray Tomás de Villanueva, pero, ante las reiteradas negativas cuando le propuso para el Arzobispado de Granada, no

⁴⁵ Salón, *op. cit.*, pp. 107-108.

⁴⁶ Salón, *op. cit.*, p. 108.

quiso insistir, por eso pensó en una persona distinta y perteneciente a otra orden religiosa. Mandó a su secretario que hiciese la cédula para dicho nombramiento.

Fue el Secretario a hacerla y en lugar de poner en ella al que el Emperador le había nombrado, puso al Padre Fray Tomás de Villanueva, de la Orden de San Agustín, pareciéndole con mucha certeza, que el Emperador a éste le había nombrado. Fue con la cédula, para que la firmase su Majestad, como la vio aquel cristianísimo Príncipe, díjole: ¿Qué habéis hecho y escrito? Porque yo no os doy a Fray Tomás de Villanueva, si no a fulano de la Orden de San Jerónimo, Admirado de ello el Secretario dijo: Pues con toda verdad (Sacra Majestad) que yo no entendí sino a Fray Tomás de Villanueva, y no otro nombre; pero presto será remediado: Deme Vuestra Majestad esa cédula, y haré luego otra con el nombre de esotro Padre. El Emperador entonces de 'motu proprio', y sin que alguno hablase por el Padre Fray Tomás, dijo al Secretario, que le pedía la cédula para hacer otra: No, no, antes quiero que sea éste y no otro alguno, ni hay para que hacer otra cédula, porque haberle puesto vos sin decirlo yo y sin que nadie os lo persuadiese ni hablase de este Padre, ni por algún respeto humano que os moviese a ello, sino solo por haberos parecido con mucha certeza que yo os le había nombrado, este es negocio de Dios, y no elección mía, sino suya; aquella primera la hacía yo, y ésta, que vos habéis escrito, y me habéis traído, la ha hecho Dios, yo fío que sea ésta la más acertada: y así la firmó con mucha voluntad y contento⁴⁷.

El emperador envió desde Alemania la cédula del nombramiento al príncipe Felipe, que se encontraba en Valladolid, para que se la hiciese llegar al padre Fray Tomás de Villanueva, que, a la sazón, era prior del Convento de San Agustín de aquella ciudad. Todos recibieron la noticia con gran alegría, sobre todo el príncipe, por lo mucho que apreciaba a Fray Tomás. Este hizo llegar la cédula del nombramiento al interesado por medio de uno de los principales criados. En ese momento, él estaba en el coro rezando completas. El portero se dirigió a él comunicándole la visita de un caballero con un recado de su majestad. Fray Tomás, una vez concluido el rezo de completas, recibió al caballero y aceptó la cédula del Arzobispado de Valencia, que le traía de parte del príncipe sin darle las gracias. Solamente le dijo que besaba las manos a su alteza y que iría él a darle razón muy presto. Sin duda alguna, pensaría en exponer las mismas razones que le habían servido para renunciar al Arzobispado de Granada, pero las circunstancias habían cambiado. El ya no era provincial.

El día siguiente, habiéndose primero encomendado a nuestro Señor toda la noche, y dicho Misa con mucha devoción, se fue a Palacio, con la cédula en el pecho, habida audiencia dijo al Señorísimo Príncipe cómo agradecía muy mucho la merced, que su Majestad y su Alteza le hacían, y les besaba las manos por ella: empero como quien se conocía muy bien, y sabía cuan insuficiente era para aquel cargo, suplicaba humilde-

⁴⁷ Salón, *op. cit.*, p. 109.

mente a su Alteza, no se ofendiese por no aceptarla: y arrodillándose a sus pies t o, que traía la cédula, suplicando cuanto podía a su Alteza se sirviese tomarla, porque él ningún obispado había de aceptar. Díjole su Alteza algunas razones para persuadirle que aceptase, porque como no había aceptado el de Granada, sino aceptaba este de Valencia, había de causar disgusto a la Católica Majestad del Emperador su Padre⁴⁸.

A pesar de las razones que el príncipe le daba, Fray Tomas seguía insistiendo en su negativa, alegando que el señor le pedía seguir en la obediencia de su religión y no cambiar de estado, ni aceptar ningún obispado por el bien de su alma.

Tampoco le convencieron los consejos que le daban sus amigos Don Pedro de Velasco, condestable de Castilla, y Don Francisco de los Cobos, comendador mayor de León, ni los razonamientos que le hacía Don Juan Tavera, arzobispo de Toledo. Al príncipe no le quedaba más que un camino: recurrir al padre provincial para que obligase a Fray Tomás de Villanueva a aceptar dicho nombramiento.

Escribió pues el Serenísimo Príncipe, escribieron el Cardenal y aquellos se flores a Toledo a donde estaba a la sazón el Provincial Electo en el sobredicho Capítulo del año de 1541, llamado el Padre Fray Francisco de Nieva, uno de los hijos de hábito del Padre Fray Tomás. En leyendo dicho Provincial las cartas de su Alteza y demás señores, considerando según gran prudencia, religión y doctrina del Padre Fray Tomás lo mucho que aprovecharía y serviría a Nuestro Señor en cualquiera Iglesia, respondió a todos le parecía muy justo lo que deseaban y mandaban y así le escribió también a él mandándole con obediencia y censuras aceptase luego y le envió en el pliego en que respondía a Su Alteza y aquellos se flores esta carta y mandato⁴⁹.

Transcribimos la carta que el reverendo padre Francisco Nieva, provincial de la provincia resultante de la fisión de Castilla y Andalucía, que habían surgido de la división de la antigua provincia de Castilla en el capítulo, celebrado en el año 1527, dirigió a Santo Tomás de Villanueva, por la importancia de su contenido.

Al Muy Reverendo Padre Fr. Tomás de Villanueva. Prior del Monasterio de nuestro Padre San Agustín de Valladolid

Muy Reverendo Padre. Yo he recibido una carta del Príncipe Nuestro Señor, por la cual su Alteza dice, cómo su Majestad proveyó a V. P. del Arzobispado de Valencia: y porque también soy avisado n ella que V. P. no quiere aceptar la dicha provisión: por la presente mando V. y P. que, vista esta letra, dentro de veinte horas acepte la provisión del Arzobispado de Valencia, según y cómo su Majestad la tiene hecha. Y porque más en esto merezca, se lo mando en virtud de santa obediencia, y so pena de excomunió n, **trina canónica monitione praemissa**. Y esto mando, porque soy cierto,

⁴⁸ Saló n, *op. cit.*, pp. 110-111.

⁴⁹ Saló n, *op. cit.*, pp. 112-113.

que nuestro Señor, será muy servido de esto y también su Majestad. Nuestro Señor su muy Reverenda persona conserve, y tenga siempre de su mano, para que haga fruto en su Santa Iglesia. De Toledo a dos de Agosto de mil quinientos cuarenta y cuatro⁵⁰.
Hermano de V P.
Fr. Francisco Nieva, Provincial

Viendo Fray Tomás que no le quedaban más argumentos que la propia voluntad frente a todas las razones que le proponían el emperador, el príncipe, sus amigos y su superior provincial, se encomendó a la Divina Providencia y el día de nuestra Señora de las Nieves, 5 de agosto de 1544, aceptó el episcopado para servir a la Iglesia en la Archidiócesis de Valencia, renunciado a sus intereses por muy legítimos que fuesen.

Al ser nombrado arzobispo de Valencia, tuvo que renunciar a los cargos que desempeñaba dentro de la orden. En el Capítulo General, celebrado en 1543 en Roma, en el cual fue reelegido como prior general el rvm. padre Gerónimo Seripando, se formó una comisión de cinco religiosos que se encargaría de coordinar los trabajos para revisar y poner al día las constituciones. Uno de esos religiosos fue Fray Tomás de Villanueva. En carta⁵¹ dirigida al rvm. prior general, del 12 de agosto de 1544, presenta la dimisión a dicho cargo, por la incompatibilidad con la misión que la Iglesia le ha encomendado, al mismo tiempo que “que le pide su bendición, y apruebe y confirme lo hecho, pues, dice, mi intención en todo ha sido no contradecir a la obediencia”. Sin embargo, no quiere desligarse de la orden, y se pone a disposición del padre general en todo aquello que pueda ser útil a esta desde su nuevo puesto. “Mas en todo en lo que tocara al servicio de Vuestra Paternidad Reverendísima, y honra y provecho de la Orden, estaré siempre muy aparejado, como hijo obedientísimo”.

5.2. *Consagración episcopal*

Una vez confirmada la elección que hizo el emperador Carlos V del padre Fray Tomás como arzobispo de Valencia por el Papa Paulo III, y recibidas las bulas⁵² de Su Santidad, recibió la consagración episcopal de manos del cardenal Juan Tavera, arzobispo de Toledo, asistido por los obispos de León y de Ciudad Real el día 7 de diciembre en la Iglesia del Convento de San Agustín de Valladolid. Asistieron a la ceremonia

⁵⁰ Salón, *op. cit.*, p. 113.

⁵¹ Salón, Miguel, o. c., pp. 114-115.

⁵² Las bulas, por la que se nombra al padre Fray Tomás de Villanueva arzobispo de Valencia, tienen fecha de 10 de octubre de 1544 (Cf. Pierre Jobit, *op. cit.*, p. 111). Una vez recibido el nombramiento, escribe una carta al Santo Padre, el Papa Paulo III, dándole las gracias y poniéndose a su disposición, “ayudándole y sirviéndole con la diligencia y fidelidad que debo, en el oficio que me ha encomendado”. Cf. Salón, M., *op. cit.*, p. 117.

muchos Grandes y Titulados con la devoción y amor que le tenían, y lo mejor y más granado de la Corte. Muchos en acabando aquel acto se arrojaban, y aun se atropelaban unos a otros por besarle la mano; otros, y no pocos, se echaban a besarle los pies, teniéndose por muy dichoso el que podía llegar a ello, mezclando casi todos con aquella devoción y alegría según era generalmente amado, y reverenciado de todos, muchas lágrimas, pensando que luego se había de ir a su Iglesia, y le habían de perder y con él tan santa doctrina y tanto consuelo⁵³.

5.3. *Entrada en Valencia*

Una vez consagrado en Valladolid tomó el camino hacia Valencia, sin más acompañamiento que el de un religioso, a quien por su virtud amaba mucho, llamado Fray Juan Rincón, y un par de criados. Deseaban algunos frailes y otras personas acompañarle, pero no se lo permitió, agradeciéndoles el detalle y pidiéndoles que le tuviesen presente en sus oraciones y sacrificios. Una mañana, después de decir la misa, al romper el día partió para Valencia. De camino le quedaba Villanueva de los Infantes y su madre le había pedido que fuese a despedirla. Lo consultó con su acompañante Fray Juan, pero no siguió su consejo, y prosiguió el camino hacia Valencia, diciéndole que ahora lo más importante era Valencia. Llegaron al anochecer el día 20 de diciembre de 1544.

En llegando Fray Tomás a Valencia, mostró luego nuestro Dios y Señor el bien que con este Santo Prelado enviaba a esta tierra: porque habiendo algún tiempo que padecía este Reino grande falta de agua y con ella mucha esterilidad y pobreza, luego que entró por el territorio y distrito de su Diócesis, comenzó a llover y en llegando al Monasterio de Nuestra Señora del Socorro⁵⁴ que está afuera y cerca de los muros de Valencia, donde fue apearse, por ser Monasterio de su Orden, acudió con tanta abundancia de agua el Cielo a remediar la tierra, que pronosticaron luego todos, por aquella bendición visible de agua que el cielo enviaba (la cual a voz en grito atribuían a la venida y merecimiento de este siervo de Dios) las espirituales e invisibles, que sus santos ejemplos y doctrina recibirían todos para bien y consuelo de sus almas⁵⁵.

Sobre el recibimiento que le hicieron en el Monasterio nos lo cuentan el padre Jaime Montiel, que era entonces prior de la comunidad y después fue su confesor, y otros religiosos que vivían entonces en aquella casa.

⁵³ Salón, *op. cit.*, p. 118

⁵⁴ San Tomás, cuando llegó a Valencia, se hospedó en este convento agustiniano y siempre tuvo muy buena relación con sus religiosos, y pidió ser enterrado en él. En el solar en donde estaba este Monasterio se encuentra actualmente el Colegio de Jesús y María. Siguiendo la tradición de Santo Tomás de Villanueva, todos los arzobispos de Valencia pasan allí la primera noche, antes de tomar posesión.

⁵⁵ Salón, *op. cit.*, p. 121.

Llegando este santo Prelado, y su compañero con sus mulas, y d criados a la portería, y llamando al Religioso, que asistía en ella, abrió luego, y diciéndole cómo venía a posar a aquella casa solo dos días, les pidió (como es costumbre, y constitución de nuestra Orden), la licencia que traían de su Superior, para mostrarla al Prior, porque sin ella no les podía admitir. Respondióle el compañero: Hermano, él hace bien su oficio; empero este Padre ha sido Prior, y Provincial en Castilla, y no tiene necesidad de esta licencia que nos pide. Vaya al P. Prior, y dígame que hemos venido aquí dos Religiosos ancianos de Castilla, y que no queremos detenernos en esta casa más que un par de días, en tanto que pasan estas aguas, y que los mozos con las mulas ya tienen donde estar entre tanto en la Ciudad Fue el portero con este recaudo al Padre Prior, el cual como sabía que ya venía el Arzobispo, receló si era el que había llegado a la portería, acudió luego a ella, pero como no vio más que solos dos frailes, y sin otro ningún acompañamiento, porque los criados ya se habían ido, estuvo muy en duda si lo sería; y aunque con ella, viendo en su aspecto y modo ser personas graves, les recibió con mucha cortesía, y ofreció que estuviesen todo el tiempo que quisiesen; solo le pesaba que la casa era pequeña y pobre, y que no les podía servir como conocía que merecían sus personas. No le dé pena eso, Padre Prior, (dijo el compañero porque Fray Tomás siempre callaba) que con una celda para el Padre y otra para mí, por pequeñas que sean, estaremos muy contentos, lo que duraren las aguas; y el sustento nosotros le proveeremos, que luego llegará aquí un criado, que cuida del gasto del camino⁵⁶.

El padre prior no hacía más que mirarle y cada vez sospechaba más que ese religioso podía ser el nuevo arzobispo. Por fin se decidió a preguntarle: “Padre mío, suplícole por Dios, me saque de dudas de si es el Señor Arzobispo. Como no lo podía encubrir con verdad y conocía, y conoció la buena alma de aquel Prior, concedióselo, y dijo: Yo soy aunque no lo merezco, ni era para ello⁵⁷”. Todos cambiaron de actitud en aquella comunidad. El prior hizo llamar a todos los religiosos y mandó que se vistiesen tres religiosos: uno con capa, con la cruz en las manos, y los otros dos con dalmáticas y ciriales, en procesión desde el claustro donde estaba este santo prelado, se dirigieron a la iglesia, cantando todos el *Te Deum laudamus*. Allí se postró de rodillas el santo prelado y, después de unos momentos, se dirigieron todos cantando el *Ave Maris Stella* a la capilla de nuestra Señora del Socorro, donde después de rezar una oración a nuestra señora, el santo prelado dio su bendición a todos los religiosos. Una vez retirados, pidió quedarse solo haciendo oración ante la imagen de la Virgen del Socorro, que “le pareció muy devota; y así la quedó muy aficionado toda la vida, y fue uno de los motivos por qué cuando murió estuvo muy firme en que no le enterrasen sino en la capilla de nuestra Señora del Socorro en la sepultura de los otros religiosos⁵⁸”.

⁵⁶ Salón, *op. cit.*, pp. 121-122.

⁵⁷ Salón, *op. cit.*, p. 122.

⁵⁸ Salón, *op. cit.*, p. 122-123.

Su idea era pasar dos días en aquel monasterio y al día siguiente, víspera de Navidad, entrar en la ciudad, pero debido a las muchas aguas tuvo que quedarse en el monasterio hasta el día de Año Nuevo. Todos los días que permaneció en el monasterio acudía a todos los rezos con la comunidad y decía misa en el altar de nuestra señora.

Por fin se cumplieron los deseos del prelado de entrar en la ciudad y encontrarse con su sus gentes. Aunque las calle por donde tenía que ir a la catedral seguían llenas de lodo, el último día del año los señores del cabildo, junto con los jurados de la ciudad, mandaron limpiar todas las calles desde el monasterio hasta la catedral para que pudiesen pasar el prelado y sus acompañantes.

Y así el último día del año de mil quinientos cuarenta y cuatro se limpiaron todas las calles desde el Monasterio de Nuestra Señora del Socorro hasta la puerta que llaman de Cuarte, y desde esta puerta hasta la Iglesia mayor, llamada de los Apóstoles, la cual se aderezó riquísimamente como se acostumbra en tal ocasión y jornada. El día de año nuevo y primero del año mil quinientos cuarenta y cinco, y de su edad cincuenta y seis, a las dos después de medio día, llegó en mula y acompañado de los Jurados y de toda la nobleza a la dicha casa, donde se apeó y adoró el **Lignum Crucis**, que en un sitial cubierto de brocado estaba puesto para este efecto. Toda la entrada de dicha casa (catedral) estaba asimismo adornada con los brocados de la Iglesia Mayor y paños de terciopelo de la misma Ciudad, y cubierto el suelo de muchas alfombras y tapices. De allí fue llevado en procesión general de toda la clerecía a la Iglesia Mayor, cantando el himno **Te Deum laudamus**, como es costumbre. Acabado de cantar, se dijeron los versos y oraciones que están señaladas en el Pontifical para el recibimiento del Prelado, y después dio a todo el pueblo su bendición, y concedió la indulgencia de cuarenta días que pueden conceder los Obispos a sus súbditos⁵⁹.

Según algunos testigos oculares de los hechos, impresionó mucho la humildad y pobreza de sus vestidos, un hábito de paño negro muy usado y un sombrero tan viejo que estaba descolorido y su gran ejemplo de humanidad. Toda la ciudad lo recibió con mucha devoción, alegría y contento. Acabadas las ceremonias en la Iglesia, se fue acompañado por todos los canónigos a su casa, y rodeado de mucha gente, de tal modo que se atropellaban unos a otros para poder besarle la mano o el hábito e incluso los pies.

5.4. *Situación de la Archidiócesis de Valencia*

El día 2 de enero, una vez celebrada la misa en la Iglesia Metropolitana para dar gracias al Señor por tantos beneficios e implorar sus luces en el empeño de su cometido, comienza su tarea como pastor. Quiere conocer la situación de la diócesis,

⁵⁹ Salón, *op. cit.*, pp. 126-127.

empezando por el clero. Tengamos en cuenta que los arzobispos de Valencia habían estado ausentes de su Sede durante más de cien años. Contempla con mucha pena el triste espectáculo que ofrecen las cárceles destinadas a castigar a los eclesiásticos. Él, como padre, no puede permitir aquellos castigos para sus hijos. No admite aquellos métodos como medios para llevar a los eclesiásticos al arrepentimiento y al cambio de vida. “No permita Dios que por mi orden y determinación se ponga clérigo alguno en un lugar tan horrible; por otro camino hemos de corregir y ganar las almas de nuestros hermanos⁶⁰”. Sin duda alguna, Santo Tomás hablaría con cada uno de aquellos presos y constataría la ignorancia de algunos y la ausencia de sanas costumbres de otros.

Desde el comienzo juzga necesario conocer profundamente la diócesis y enseguida pone manos a la obra; cuarenta días después de su llegada, partió para una gira que, no sin algún retomo a su ciudad episcopal, duró hasta el mes de octubre. Fue minuciosa, severa. Recorrió desde la catedral hasta la más modesta parroquia, haciendo la visita pastoral con todo detalle: Iglesia, presbiterio, vasos sagrados. Se informaba del estado de las almas y del orden de los oficios. Luego trataba, aunque esto ya era más difícil, de sondear al pastor. La moralidad de su diócesis dejaba bastante que desear. La encontró con mucha libertad en cuestión de costumbres. “En los seglares, muchos vicios, particularmente muchos divorcios y adulterios públicos. Entre los eclesiásticos, muchos amancebados públicamente con grande ofensa de Dios y escándalo de los seglares⁶¹”.

Algunas noches era tanta su aflicción por tantos pecados de sus fieles que el padre Juan Rincón, su compañero de camino hasta Valencia, afirmó que lo oía suspirar y, cuando le preguntaba qué le pasaba, le contestaba: “Temo que no me he de salvar en este Obispado, porque estoy obligado a remediar estas ovejas tan perdidas y, según están, no sé cómo⁶²”.

Después de conocer personalmente la diócesis, lo que más le preocupaba era la situación del clero, pues de su testimonio y de su preocupación iba a depender la reforma del pueblo creyente y la conversión de los infieles. Sin duda alguna, por su mente pasaría la idea de fundar una institución donde el clero recibiese una amplia y profunda instrucción intelectual, pero, sobre todo, aprendiese a practicar la virtud y a ejercitarse en las buenas costumbres como antídoto contra la herejía y el vicio. A través del clero vendría la reforma del pueblo cristiano y la conversión de los no creyentes.

Como primera medida para emprender la reforma de la Diócesis convoca un sínodo diocesano el 12 de mayo de 1548 al que debían asistir solamente eclesiásticos.

⁶⁰ Salón, *op. cit.*, p. 129.

⁶¹ Salón, *op. cit.*, p. 147.

⁶² Salón, *op. cit.*, p. 148.

No quiso que asistieran seglares, ni siquiera como secretarios. El sínodo duró del 12 de mayo al 15 de junio de ese año y se celebró en la sala capitular de la catedral; en todo momento estuvo ayudado por el obispo auxiliar, monseñor Segrián.

En dicha asamblea “la vida de los clérigos fue objeto de las más severas reglamentaciones. La residencia con mujeres de mala fama; el uso de costumbres secularescas –¡y qué costumbres!–; la vida mundana, disipada y suntuosa; la falta de residencia de pastores⁶³”. Constata que Valencia no es ajena a los males que acechan a la Iglesia, en general. Es más, se da cuenta de que ciertos vicios están más arraigados que en otros lugares. “Era una de las Iglesias más abandonadas⁶⁴”. Todo el estamento eclesiástico necesitaba reforma: el alto clero estaba rodeado de lujos y divisiones y el bajo hundido en la miseria y en la ignorancia. Tanto el uno como el otro llevaban una vida disipada y relajada, más propia de hombres mundanos que de consagrados y pastores de almas.

En aquellos tiempos había en la diócesis unos 3.000 clérigos. Las normas dictadas sirvieron durante muchos decenios para regir la Iglesia valenciana. Pero no todo fue fácil y sencillo en el gobierno de la diócesis. Los canónigos creyeron que algunas normas del sínodo iban contra sus derechos adquiridos y se rebelaron, diciendo que estaban exentos de su jurisdicción y que el obispo no podía juzgarlos en cuestión de delitos. Un día fue un grupo de ellos a visitarlo para decirle de malas maneras que él no era su juez, porque tenían privilegios de la Sede Apostólica. Él les respondió: “¿Que no soy su juez? Lo será Dios. ¿No consienten el Sínodo y apelan al Papa? Yo apelo al Dios del cielo (...) Id en hora buena y apelad cuanto quisiereis de mi jurisdicción, que no escaparéis del juicio de Dios⁶⁵”. El clero y los pobres serán dos de las tareas prioritarias en su episcopado.

6. EL COLEGIO DE LA PRESENTACIÓN

6.1. *Finalidad y organización*

El nuevo arzobispo tenía experiencia en la predicación y quería formar verdaderos pastores de almas que llevaran con la palabra y con el testimonio el mensaje del Evangelio al pueblo cristiano. El gozaba de una fama bien ganada en Salamanca, Valladolid y Burgos; no en vano había sido nombrado por el emperador Carlos V predicador del reino en 1531⁶⁶.

⁶³ Jobit, *op. cit.*, p. 141.

⁶⁴ AA. VV., *Historia de la Iglesia en la España de los siglos XV y XVI*, Madrid, 1980, p. 163.

⁶⁵ Salón, *op. cit.*, p. 150.

⁶⁶ AA. VV., *Historia de la Iglesia en la España de los siglos XV y XVI*, Madrid, 1980, p. 370.

Recordará sus años de estudiante en el Colegio Mayor San Ildefonso de Alcalá, la formación recibida en el Convento de San Agustín en Salamanca y su vida comunitaria en las distintas casas de la orden. Llega a la conclusión de que solo podría formar sacerdotes virtuosos e intelectualmente bien preparados a través de una sólida formación, y ésta únicamente se puede adquirir en un colegio bien organizado, en donde se viva el espíritu evangélico de un modo fraterno y responsable, y los colegiales vayan creciendo en ciencia y en virtud. Estos clérigos serán la luz que ilumine al mundo y el fermento que transformará la sociedad. A la hora de fundar el colegio para formar a los futuros sacerdotes, piensa en la falta de medios con que se han encontrado muchos clérigos valencianos para formarse en la ciencia y en la virtud; por eso nos indica en el primer capítulo de las Constituciones quiénes son los destinatarios de este Colegio: “Nos, Fray Tomás de Villanueva, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Arzobispo de Valencia, erigimos y fundamos en esta insigne ciudad un Colegio para estudiantes pobres, bajo la invocación de Nuestra Señora de la Presentación al Templo, porque en tal día fuimos admitido, por la misericordia de Dios, para recibir el hábito de la Orden de nuestro Padre San Agustín en el Monasterio de Salmanticense⁶⁷”.

El obispo conoce bien su diócesis, ha observado los fallos de sus pastores. El clero alto tiene ocasión y facilidades para adquirir la ciencia necesaria y sus vicios no se deben a la escasez, sino a la abundancia. Mientras que el bajo clero –sumido las más de las veces en la miseria– carece de los medios necesarios para adquirir los oportunos conocimientos; y sus fallos, que también los tienen, son más producto de la ignorancia y de la necesidad que de la perversión y de la excesiva comodidad.

Tomás contemplará con tristeza la situación de muchos sacerdotes que tenían ilusión por aprender y deseos de mejorar, pero ya era tarde. Su corta y deficiente formación les había impedido el acceso a unos adecuados conocimientos eclesiásticos y no se les había fijado en la virtud. El quiere poner remedio para el futuro basándose en una concienzuda preparación, aunque no tenemos que excluir en este proyecto su debilidad y vocación por los más necesitados, en sintonía permanente con el Evangelio y el ejemplo de Cristo. Por eso, insiste en el capítulo siguiente:

Para que nuestra intención sea conocida de todos y no pueda ser ignorada en el fi declaramos, en primer lugar que nuestra intención fue fundar este Colegio para sustento de estudiantes pobres, a fin de que crezcan y se instruyan en él con suma pureza y santidad, en el temor de Dios, puedan llegar al Orden del Presbiterado, y, una vez

⁶⁷ Constituciones del Colegio Mayor de Nuestra Señora de la Presentación y Santo Tomás de Villanueva, tomadas de la obra *El Colegio Mayor de Santo Tomás de Villanueva*, publicada por Ramón Llido Vicentela, Valencia, 1944, pp. 207-223, proemio, p. 207.

hubieran salido del Colegio esta diócesis nuestra reciba ayuda de su ejemplo y doctrina en la predicación y gobierno de las almas⁶⁸.

El 7 de noviembre de 1550 recibió a los primeros seminaristas. No quiere masas. Sacrifica la cantidad a la calidad. “Establecernos que siempre haya en dicho Colegio, diez colegiales, dos familiares y un cocinero⁶⁹”.

Los requisitos para ingresar son claros y precisos: “Los colegiales han de ser pobres de la diócesis valentina, que hayan cumplido los dieciocho años, de padres honrados, no tachados de herejía, ni de mala fama; y que, después de una suficiente preparación gramatical, se dediquen al estudio de las Artes o de la Teología, que no tengan impedimento canónico para ser sacerdotes, ni sean notablemente deformes para que no sirvan de desdoro al Colegio⁷⁰”. Santo Tomás es tajante a la hora de admitir los candidatos. Será automáticamente nula la elección de quienes conscientemente ocultasen la falta de estos requisitos o sean elegidos con algunas de estas deficiencias:

“Si algunas de estas condiciones faltare en el elegido, la elección ‘*ipso facto*’ será nula⁷¹”. Se exigen otras cualidades que, aunque no sean necesarias para la validez del ingreso y permanencia en el colegio, Tomás desea para sus colegiales: la moderación, la docilidad y ciertas aptitudes para el estudio de la teología, de forma que la ciencia y la virtud se complementen: “Sean también morigerados y dóciles, y hábiles para el estudio de la Sagrada Teología: cuya vida recomiende la sabiduría y la sabiduría ilumine la vida⁷²”.

Al colegial, además de las cualidades antes indicadas, se le exige el deseo expreso de ser sacerdote. Ningún otro fin justificaba la estancia en el colegio, ni el disfrute de la beca. Tal vez el santo conocía algunos casos de jóvenes que se aprovechaban de bolsas de estudio para otros fines, usurpando un lugar a otros que gozaban de una sana intención. Para atar bien los cabos, Tomás exige la declaración de intenciones bajo juramento. Era un medio muy apropiado en los ambientes religiosos para discernir aquellos que se sentían llamados al sacerdocio, de aquellos que, fingiéndose vocacionados, se aprovechaban de aquella situación para otros fines: “El nuevo colegial elegido jurará sobre los Santos Evangelios en presencia del Rector y de los demás colegiales, el día de su ingreso, que desea ser sacerdote y, para ello, quiere estudiar en el Colegio⁷³”. Podría darse algún caso en que, arrastrado por las presiones familiares o ambientales, o cegado por la ambición, llegase al perjurio, ocultando ante sus compañeros la verdadera intención. Este estaba obligado a restituir todo lo que habían

⁶⁸ Constituciones, *op. cit.*, pp. 207-208, proemio.

⁶⁹ Constituciones, *op. cit.*, p. 208, 1.

⁷⁰ Constituciones, *op. cit.*, p. 208, 2.

⁷¹ Constituciones, *ídem*.

⁷² Constituciones, *op. cit.*, p. 208, 3.

⁷³ Constituciones, *op. cit.*, p. 209, 4.

gastado con él desde el día en que desapareció la sana intención: “Si alguien, lo que Dios no permita, perdido el temor de Dios, habitare en el Colegio teniendo otra intención, desde ahora le obligamos en consecuencia a restituir todo lo que hubiese gastado mientras estaba en el Colegio con tal intención⁷⁴”.

Para suplir las vacantes había que seguir unos trámites y cumplimentar unos requisitos.

Cuando se hallare vacante alguna prebenda, el Rector del Colegio pondrá edictos de dicha vacante en las puertas de la Catedral, de la Universidad y del Colegio y los mandará también a Játiva y a otras dos poblaciones importantes de la diócesis, para general conocimiento. Los que quisieran opositar, se presentarán al Rector del Colegio durante el mes inmediato siguiente a la publicación de los edictos. Cumplido el mes y habida suficiente información de las cualidades morales e intelectuales de los presentados, el Rector reunirá a toque de campana el Capítulo del Colegio, al cual deben asistir todos los colegiales que se encuentren en Valencia, quienes procederán a la elección⁷⁵.

Santo Tomás hace una llamada a la responsabilidad para que los colegiales elijan en conciencia a los mejores de los candidatos presentados.

Procuren los Colegiales dar su voto al mejor y más hábil de los opositores, a lo que les obligamos en conciencia. Ingresará en el Colegio el que hubiere sido elegido canónicamente, esto es, por la mayor parte de los electores —la mitad más uno—. Si los votos se hubieren dividido en dos partes iguales, prevalezca la parte del Rector y toda otra elección será nula⁷⁶.

6.2. *Influencia agustiniana*

En las normas para los colegiales, Santo Tomás exige la concordia como fruto de una vida alimentada por la paz y la caridad: “Establecemos que, ante todo, procuren los moradores del Colegio vivir en mutua paz y caridad⁷⁷”. El santo limosnero era agustino y en las comunidades de su orden había respirado este ambiente fraterno. San Agustín, en el primer capítulo de la regla, recomienda a sus monjes, como algo indispensable para formar la comunidad, la unidad de almas y corazones: “Lo primero por lo que os habéis congregado en comunidad es para que habitéis en la casa unánimes y tengáis una sola alma y un solo corazón hacia Dios⁷⁸”.

⁷⁴ Constituciones, *op. cit.*, p. 209, 4.

⁷⁵ Constituciones, *op. cit.*, p. 209, 2-3.

⁷⁶ Constituciones, *op. cit.*, p. 209,3.

⁷⁷ Constituciones, *op. cit.*, p. 211, 1.

⁷⁸ Regla de San Agustín, cap. 1, n. 3.

El obispo de Hipona puso como fundamento de su comunidad la caridad y la ayuda mutua: son muchos los textos que aluden a este tema. Para San Agustín, la unidad comunitaria se logra por la concordia. Para ser uno en Dios, es necesario que, aglutinados por la caridad consigamos la unidad⁷⁹. Por eso a los que se sienten llamados a vivir en comunidad les dice: “Somos llamados a la concordia y hacia ella debemos dirigir todos nuestros esfuerzos⁸⁰”. A los que ya habitan en un mismo grupo les arenga:

Vivid todos unánimes y concordes, en unión de alma y corazón, y honrad los unos en los otros a Dios, de quien habéis sido hechos templos vivos⁸¹ (...) Alegraos por estar unidos por la gracia del Señor soportándoos mutuamente en caridad y cuidando de mantener la unidad del espíritu en el vínculo de la paz⁸².

Los litigios y los enfrentamientos perturban el orden y destruyen la unidad, por eso San Agustín dice a sus monjes: “No haya disputas entre vosotros, o, de haberlas, terminadlas cuanto antes para que la ira no crezca hasta convertirse en odio y de una paja se haga una viga, convirtiéndose el alma en homicida: pues así leáis: ‘El que odia a su hermano es un homicida’ (1 Jn. 3, 15)⁸³”.

Santo Tomás también es consciente de esto, por eso habla de los posibles tercios y litigiosos que con sus actitudes pueden poner en peligro la paz del colegio. Uno y otro urgen a los respectivos superiores que amonesten, corrijan y, si es necesario, castiguen a los que con sus actitudes atentan contra la unidad y la caridad: “Si alguien tercio y litigioso se atreviera a perturbar dicha paz, sea amonestado por el Rector; si, a pesar de ello, no se hubiera corregido sea castigado severamente por él mismo⁸⁴”.

El tema de la corrección fraterna es común a los dos santos. Ya hemos hablado de ella en Santo Tomás, pero difícilmente se puede comprender el sentido que éste da a la corrección, si no tenemos en cuenta el pensamiento de San Agustín. La corrección es como una medicina que sana al enfermo, que es el pecador o el trasgresor. Por eso, el superior, en el caso de Santo Tomás el rector, tiene que corregir, igual que el médico tiene que curar. Hay que devolver la salud al individuo, pero si está tan corrompido que no admite curación y con su contagio puede comunicar al grupo la enfermedad hay que apartarle. San Agustín es muy claro al respecto:

Y si notáis en alguno de vosotros este descaro en el mirar de que os he hablado, amonestadle inmediatamente para que lo ya comenzado no progrese y se corrija pronto. No

⁷⁹ Cf. A. Manrique y A. Salas, *Evangelio y Comunidad*, Madrid, 19178, pp. 1-42.

⁸⁰ San Agustín, *Comentario al Evangelio de San Juan*, 34, 10.

⁸¹ Regla de San Agustín, cap. 1, 9.

⁸² San Agustín, Epístola 210, 1.

⁸³ Regla de San Agustín, Cap. VI, n. 41.

⁸⁴ Constituciones, *op. cit.*, p. 211, 1.

obstante, si lo viereis hacer lo mismo tras la amonestación, o, en cualquier otro día, cualquiera que 16 advierta, delátelo como a una persona herida para que lo curen. Y no juzguéis que obráis con mala voluntad al dar a conocer la falta (...) Pues no causáis menos daño a vuestros hermanos, a los que podéis hacer que se corrijan señalándolos, si por callar, permitís que perezcan. En efecto, si un hermano tuyo tuviese en el cuerpo una herida y se empeñase en ocultarla por miedo a la cura, ¿no serías cruel en callar/la y misericordioso en manifestarla? ¿Con cuánta mayor razón debes delatarle para que no se corrompa más en su corazón; Pero si, habiendo sido amonestado, no quiere corregirse, antes de manifestarlo a los otros por los cuales debe ser convencido, en caso de negarlo se ha de avisar en primer lugar al Superior Local, para que, si acaso se enmienda con la corrección secreta, no llegue a conocimiento de los demás. Si persiste en su negativa, tráiganse ante el mentiroso a los otros para que delante de todos pueda no ya ser argüido por un solo testigo, sino convencido por dos o tres. Una vez convicto el reo debe sufrir la sanción medicinal que juzgue prudente el Superior Local o el Superior Mayor a cuya jurisdicción pertenece. Si rehúsa recibir el castigo, aunque él no quiera irse, despedidle de vuestra sociedad Y esto no se hace por crueldad, sino por misericordia, para que con su pestilente contagio no pierda a otros muchos⁸⁵.

Sin duda alguna Santo Tomás tuvo delante estos párrafos de la regla del padre fundador al plasmar en sus Constituciones las palabras *Amonestar, corregir, castigar y expulsar*. Al urgir su cumplimiento, teniendo en cuenta toda su doctrina, mandaría a los encargados que lo hiciesen como lo dice la regla Agustiniense: “Con amor a los hombres y odio a los vicios⁸⁶”.

También Santo Tomás, como lo hizo San Agustín, prestó especial atención a los enfermos. Con ellos hacía excepciones que jamás hubiesen hecho con los sanos. San Agustín aprovecha la debilidad de los enfermos para alabar la fortaleza de los sanos y combatir su posible envidia. Ambos piden trato especial para los enfermos no sólo en lo referente a los alimentos, sino en todos los cuidados que requiera su enfermedad.⁸⁷

San Agustín recomienda la lectura y el silencio en el refectorio: “Desde que os sentéis a la mesa hasta que os levantéis escuchar sin ruido ni discusiones lo que según costumbre se os leyere; para que no sea sólo la boca la que reciba el alimento, sino que el oído sienta también hambre de la Palabra de Dios⁸⁸”. Santo Tomás recoge esta costumbre directamente de la Orden agustiniana, a la cual pertenecía. “Todos los días, tanto en la comida como en la cena se leerá la Sagrada Escritura o algún santo Doctor. Leerá uno de los Colegiales por turno; a una señal del Rector cesará la lectu-

⁸⁵ Regla de San Agustín, cap. IV, n. 25, 26 y 27.

⁸⁶ Regla de San Agustín, cap. IV, n. 28.

⁸⁷ Cf. Regla de San Agustín, caps. III y V; Constituciones, *op. cit.*, p. 214.

⁸⁸ Regla de San Agustín, cap. III, n. 15.

ra. Pero a nadie le será lícito, ni aun terminada la lectura, hablar o reír en el refectorio, sino que continuarán comiendo en silencio y con modestia⁸⁹”.

Al final de la regla San Agustín manda a sus monjes que la lean y así puedan recordar sus obligaciones: “Para que podáis miraros en este librito como en un espejo y no descuidéis nada por olvido, léase una vez a la semana”⁹⁰. Santo Tomás es más tajante. Impone la obligación de leer las Constituciones del colegio en virtud de santa obediencia: “y para que sean conocidas, mandamos en virtud de santa obediencia que el último día de cada mes se lean en el refectorio todos y cada uno de los mandatos de estas Constituciones en lugar de la Sagrada Escritura y nadie salga del refectorio mientras no se hubiere leído totalmente, obligado en conciencia al Rector a que haga cumplir lo presente y recordando a todos que dará estricta cuenta al Altísimo si obrasen de otro modo”⁹¹”.

Los alumnos del colegio tomasino no se preparaban para religiosos, sino para pastores de almas, pero a pesar de eso apreciamos cierta semejanza a la hora de hablar de obediencia, castidad y pobreza. En cuanto a la obediencia el rector desempeña el mismo papel en el colegio que el superior local en la comunidad. Se da mucha importancia a la castidad; existen pecados contra esta virtud que son castigados con la expulsión⁹². El concepto de pobreza que tiene San Agustín consiste en el desprendimiento, en el compartir, en mirar antes las cosas comunes que las propias. Este también está presente en el espíritu de las Constituciones tomasinas.

Al leer las Constituciones del Colegio de la Presentación se percibe la doctrina y la vida agustiniana, no en vano su fundador, Santo Tomás de Villanueva, fue uno de los más ilustres hijos y santos de la Orden de San Agustín.

7. ACTITUD CON LOS MORISCOS

La palabra *morisco* deriva de moro. Este nombre lo reciben, después de la Pragmática de los Reyes Católicos del día 14 de febrero de 1502, todos los musulmanes convertidos al catolicismo, tanto los convertidos con anterioridad al catolicismo de una forma voluntaria como los que lo hicieron forzados por las circunstancias después de su promulgación. Al principio gozaban de gran libertad y no solían surgir grandes conflictos entre ellos y el resto de la población, en su mayoría cristiana. Pero poco a poco van surgiendo choques y enfrentamientos a lo largo del siglo XVI. En el reino de Valencia va aumentando el número de los moriscos hasta alcanzar la cifra de 170.000 (un 34% de la población) y cada día menos inculturados. La lengua ordinaria

⁸⁹ Constituciones, *op. cit.*, p. 212, n 8.

⁹⁰ Regla de San Agustín, cap. VIII, n. 49.

⁹¹ Constituciones, *op. cit.*, p. 223, epílogo.

⁹² Cf. Constituciones, *op. cit.*, p. 212, n 3.

para ellos era el árabe y muchos de ellos seguían practicando la fe musulmana, a pesar de su teórica pertenencia a la Iglesia católica. Es más, los moriscos valencianos tenían fama entre los demás moriscos, por su gran conocimiento del Corán y de la Sunna. Por esto, los *alfaquíes* (expertos en jurisprudencia islámica) valencianos solían viajar e instruir a los maestros de otros lugares de España. También, debido a situación costera y al conocimiento de la lengua árabe, mantenían relaciones ocasionales con los turcos y berberiscos. Esta fue una cuestión que le preocupó mucho a Santo Tomás de Villanueva y a ella dedicará gran parte de su terea pastoral.

El día 8 de septiembre de 1544, nada más ser preconizado para arzobispo de Valencia, escribe una carta a D. Francisco de los Cobos, interesándose por el tema de los moriscos. En ella le manifiesta su satisfacción por el nombramiento de Mons. D. Antonio Ramírez de Haro, Obispo de Segovia, como Comisario Apostólico de Su Santidad para estudiar la situación de los moriscos y aplicar los oportunos métodos pastorales.

Cierto era menester proveer de una persona tal como es el Se flor Obispo, y que tanta inteligencia tuviese de aquellos nuevos cristianos para su remedio y para su doctrina y para la nueva institución de aquellas rectorías y persona que no entendiese en otra cosa. Y para mi es de grande aliento y descanso de estar así proveído porque me quita de mucho cuidado y trabajo, y deja libertad para la doctrina y gobernación espiritual de los otros cristianos. Y el Señor Obispo es muy antiguo señor y amigo mío, y conoscémos mucho, porque antes de que yo fuese fraile, ambos fuimos colegiales y lectores en el Colegio de Alcalá, y en todo lo que su señoría ordenase estaremos muy conformes⁹³.

El día 20 de marzo, siendo ya arzobispo de Valencia, escribe al príncipe Felipe, expresándole su preocupación por la situación de los moriscos, al relevar como responsable al obispo de Segovia y tener que hacerse cargo él personalmente:

En lo del cargo de los nuevamente conversos que Vuestra Alteza manda que acepte porque Su Majestad manda que el Obispo de Segovia vaya al Concilio, mil veces beso las manos de Vuestra Alteza por la confianza que de mi tiene (...) mas tengo temor que por estar esta gente tan perdida y tan obstinada en su mala secta, y el cargo ser tan grande y tan importante, e yo tan ocupado en el regimiento del arzobispado, que no bastará para todo, por lo cual estos nuevamente convertidos según lo mucho que hay que hacer en su reformatión, tienen necesidad de una persona más hábil y más experimentada que yo, y desocupada, que no entienda en otra cosa que en su gobernación. Mas Vuestra Alteza lo manda yo procuraré y pondré en esto toda diligencia posible

⁹³ Javier Campos, *Cartas y testamento de Santo Tomás de Villanueva*, Ed. Revista Agustiniana, Madrid, 1907. Carta a D. Francisco de los Cobos, Monasterio de Nuestra Señora del Pino, Valladolid, 8-IIX, 1544, p. 53.

según mis fuerzas y suficiencia, y sino bastare, adelante Vuestra Alteza proveerá si fuere servido, de una persona cual conviene a este cargo, que me ayude⁹⁴.

Parece ser que el obispo de Segovia debido a una indisposición no pudo ir al concilio, lo cual le vendría bien a Santo Tomás, como lo expresa en una carta dirigida al príncipe Felipe el día 7 de mayo de 1545, pues así podría dicho obispo seguir atendiendo pastoralmente a los moriscos. “En lo que toca al negocio del Obispo de Segovia, pues por su indisposición cesa agora su ida al Concilio, pienso que aprovechará su presencia para la gobernación de los nuevamente convertidos⁹⁵”.

En carta dirigida al príncipe Felipe el 12 de abril de 1547 se lamenta el arzobispo de Valencia de la marcha del obispo de Segovia, sin que le sucediese nadie en el cargo de comisario, y de la libertad con la que actúan los moriscos desde su ausencia.

Después que se marchó el Obispo de Segovia, estos nuevos convertidos están sueltos y cada día se atreven más a hacer sus ceremonias moriscas públicamente, pues con la comisión que tiene el dicho Obispo de su Santidad, los Inquisidores y yo tenemos la manos atadas para entender en su corrección, y de parte del Obispo no hay aquí persona que entienda en ello⁹⁶.

Ante esta situación, y recogiendo las indicaciones del príncipe Felipe, procura poner los medios para la solucionar el problema de los moriscos. Con fecha del 10 de noviembre de 1547 le escribe una carta, firmada por él mismo y por el canónigo de Valencia Juan Gays, insistiéndole que “mande luego proveer de persona cual conviene para el dicho cargo (comisario extraordinario), porque estos nuevamente convertidos viven muy sueltamente y sin temor en los ritos y ceremonias de su secta a causa de no haber persona que tenga cargo de ellos⁹⁷”. Con esta carta le envían un informe detallado de las cosas que se han hecho en la diócesis y las que se piensan hacer en un futuro próximo. Entre las que se han hecho podemos señalar las siguientes:

- a) Hase comprado una casa con un huerto grande, donde agora están treinta niños y el rector y dos personas que los enseñan, y la dicha casa está con el título de colegio.
- b) Se han erigido y fundado ciento cuarenta y seis rectorías nuevas (...) y se nombraron rectores para dichas rectorías.
- e) Se hicieron ciertas Constituciones y Ordenaciones impresas para los rectores y para la administración de los nuevamente convertidos, y también se imprimió la **Doctrina cristiana** para la instrucción de los susodichos.

⁹⁴ Campos, *op. cit.*, Carta al Príncipe Felipe Valencia, 20-11-1545, pp. 68-69.

⁹⁵ Campos, *op. cit.*, Carta al príncipe Felipe, Valencia, 7-V-1545, p. 74.

⁹⁶ CAMPOS, *op. cit.*, Carta al Príncipe Felipe, Valencia, 12-IV-1547, p. 118.

⁹⁷ CAMPOS, *op. cit.*, Carta al Príncipe Felipe, Valencia, 10-XI-1547, p. 122.

- d) Se pusieron en muchos lugares alguaciles para que ejecutasen las dichas ordenaciones y competiesen a los nuevamente convertidos venir a misa y vivir cristianamente.
- e) Se enviaron predicadores para que enseñasen la fe católica a los dichos convertidos, y bautizasen y administrasen los sacramentos, y vieses como se regían las nuevas rectorías, aunque estos duraron poco⁹⁸.

Seguidamente le proponen al príncipe Felipe un programa a seguir para poder atender pastoralmente a los moriscos:

- a) Que el colegio de los niños poco apoco se edifique: Hase de ver de dónde se podrá hacer dicho edificio.
- b) Es menester que dichas rectorías nuevamente erigidas y los lugares donde están sean personalmente visitadas por el que tuviere cargo delios juntamente con el visitador del arzobispado.
- c) Será bien para la seguridad de los que han de instruir y enseñar la fe a los dichos convertidos y para sujetarlos y humillarlos a recibir la doctrina cristiana, quitarles las armas, o a lo menos los arcabuces y ballestas (...) Y es muy necesario para la reformatión de esta gente cerrarles las puertas de Argel y dar orden que la costa se guardase por mar.
- d) Porque los dichos convertidos viven muy suelta y profanamente sin temor, públicamente guardando los ritos y ceremonias moriscas, se ha de proveer cómo sean reformados y reducidos a guardar la fe católica a lo menos en lo exterior, y encargarse mucho al que tuviere cargo que lo provea y que su Alteza le dé provisiones contra los señores de los lugares que favorecen a los dichos moriscos e impiden a los rectores y alguaciles que no les compellan a ir a misa y a guardar lo que son obligados.
- e) Porque los rectores sirven muy mal las dichas rectorías y no residen en ellas, y algunos viven disolutamente por no ser frecuentemente visitados, es menester que su Alteza encomiende esto al que tuviere cargo para que provea en ello.
- f) Sería bien que Su Alteza escribiese a las villas reales y a los señores de los dichos convertidos para que tuviesen cargo de favorecer la dicha reformatión y a los que entienden en ella, porque ninguno es más parte, ni puede tanto aprovechar a la dicha reformatión como son los señores de los dichos convertidos⁹⁹.

Y concluye este informe apelando a las dotes que debe tener el comisario extraordinario que el príncipe ponga al frente de este asunto de los moriscos. “Y porque la llave de este negocio está en que la persona que ha de tener cargo del, sea persona prudente y diligente y celosa del servicio de Dios y de la salvación tiestas almas, cumple mucho que Su Alteza vea a quien se debe encomendar este cargo¹⁰⁰”.

⁹⁸ Ídem, pp. 123-125.

⁹⁹ Ídem, pp. 125-131.

¹⁰⁰ Ídem, p. 131.

A pesar del interés y de todos los medios que puso para que los moriscos fuesen buenos cristianos, consiguió muy poco, como vemos en la carta que le escribe al emperador Carlos con fecha 14 de marzo de 1551: “Agora escribo la presente para suplicar a Vuestra Majestad se acuerde de estos moriscos que están del todo perdidos, sin orden y sin concierto, como ovejas sin pastor, tan moros como antes que recibiesen el bautismo; y la causa es no haber acá facultad para poderlos corregir y reprimir de las ceremonias y ritos moriscos que públicamente hacen sin temor ni recelo de ser castigados¹⁰¹”.

8. ARZOBISPO DE LOS POBRES

8.1. *Espíritu de pobreza*

A pesar de su dignidad como arzobispo, siempre mantuvo el mismo espíritu humilde, llano y pobre que le caracterizó como religioso en la Orden Agustiniana.

Fue tan pobre de corazón y de obra, y amó con tantas veras toda la vida de pobreza evangélica y religiosa que había profesado, que no acaban de encarecer todos los que le conocieron y trataron, lo mucho que se ejercitó en esta virtud Vistió por algunos años, ya siendo Arzobispo, los mismos hábitos que llevó de su Convento, y gastándolos con el uso, los hizo remendar, hasta que de viejos y muy usados, ya no pudieron servir. Lo mismo guardó en los vestidos interiores, haciéndose remendar las camisas y las túnicas.... Parecíale (y lo decía) que en un pobre religioso mejor parecen en los ojos de Dios vestidos y hábitos viejos y remendados, que nuevos y costosos. Y así por esta razón, cuando estaba en la Religión (en la Orden), él mismo remendaba con sus propias manos los hábitos y demás ropa, sin encomendarlo a otro. Y lo mismo usó y guardó siendo Arzobispo, así por la razón dicha, como por el gran deseo y celestial hambre que tuvo siendo Prelado, de ahorrar para los pobres. Para ello tenía en un aposentillo donde ninguno entraba sino él solo, en un cajoncillo de una mesa, su dedal, aguja, tijeras e hilo, y lo demás que suelen tener los religiosos en sus celdas para remendar sus pobres hábitos y vestidos¹⁰².

A propósito de esto, el padre Miguel Salón nos cuenta la siguiente anécdota:

Acaeció una vez que, no habiendo cerrado bien el aposentillo donde se retiraba cuando quería remendarse algo, un canónigo, que le trataba familiarmente, vino a su casa para hablarle y, preguntando dónde estaba el señor Arzobispo, le dijeron que en aquel aposentillo. El con la mucha familiaridad y llaneza que usaba con él este bendito Prelado, sin aguardar que le avisasen, fuese aprisa al aposentillo, y como no estaba

¹⁰¹ Campos, *op. cit.*, Carta al emperador Carlos V, Valencia 14-11-1551, pp. 137-138.

¹⁰² Salón, *op. cit.*, pp. 132-133.

bien cerrado, sin llamar ni decir palabra se entró, y hallóle, que estaba remendando sus calzas, de lo que le pesó mucho a este siervo de Dios. Espantado aquel canónigo de ver tal cosa y pareciéndole indigna de un arzobispo, dijo: Jesús Señor, ¿y esto ha de hacer vuestra señoría, cosa que por un real la remendará cualquier oficial? En verdad, Señor, que no lo he de permitir, y diciendo esto, quería quitarle aquella calza, que remendaba, de las manos. Detúvole el buen Prelado, y dijo: No tiene razón, porque aunque me han hecho Arzobispo, no dejo de ser religioso; he profesado pobreza y me huelgo hacer de cuando en cuando lo que hacen los frailes pobres. Ya esto que dice v. m. que con un real se puede remendar estas calzas, digo, que con este real puede comer mañana un pobre¹⁰³.

En su casa jamás sufrió paños de seda ni tapicería alguna, ni sobremesas, pues hasta en la propia, de que se servía en su aposento, solo había un guadamecí (pintura o relieve) negro, una antepuerta de friso negro. No había otra cosa colgada en toda la casa, más que en la sala grande, donde estaba la puerta de la capilla, y estaba él de ordinario para negociar (para trabajar, estudiar, recibir a la gente). Entre las dos ventanas, que salían al zaguán de la casa, un guadamecí negro con la imagen de nuestra señora; y la mesa cubierta de lo mismo, y en la pieza donde dormía, unas esteras delgadas, como suelen tener algunos religiosos en sus celdas¹⁰⁴.

Compróle una vez su Mayordomo una cortinilla tejida de seda y lana fina, donde estaba el descendimiento de Nuestro Señor de la Cruz, y una alfombra pequeña, por hallarla con precio muy acomodado en la Plaza de la Seo. Pesóle mucho al Padre Tomás cuando lo supo, por haberse gastado en cosa voluntaria. Pero sufriendolo dijo: Quédese la cortinilla por tener la imagen de nuestro Redentor, y que podrá servir en la iglesia (como sirvió, porque la dio para que se pusiese en el púlpito, donde se predicaba) y la alfombra para la capilla donde decimos Misa; y no me compréis más cosa alguna para aderezo de casa, ni curiosa, porque arto os lo tengo dicho, que soy fraile y he profesado pobreza y en sacando lo necesario para mi sustento y de mi casa, todo lo demás es de los pobres¹⁰⁵.

Lo mismo ocurría con la vajilla:

No tuvo jamás, ni quiso vajilla de plata, más que una docena de cucharas llanas para los que comían con él a su mesa, y dos paletillas para tomar la sal. Díjole muchas veces su Veedor, visto el gasto de platos y escudillas que a cada paso se rompían en las manos de los pajes, que se podía ya haber hecho con lo que se gastaba cada día en esto, vajilla de plata muy buena. Respondióle el Arzobispo: ¿Pensáis que no echo yo de ver esto que me advertís? Recibís engaño, si tal creéis; bien lo veo, pero soy fraile, y lo que a otros es honra, en mí se tendría por infamia¹⁰⁶.

¹⁰³ Salón, *op. cit.*, pp. 133-134

¹⁰⁴ Salón, *op. cit.*, p. 137.

¹⁰⁵ Salón, *op. cit.*, pp. 137-138.

¹⁰⁶ Salón, *op. cit.*, p. 138.

En cuanto a su dormitorio,

Tenía en el aposento, donde dormía, una cama de campo, sin dorar, ni otra pintura más que el propio y natural color de la misma madera, y en ella unas cortinas de fustán pardo, con solos dos colchones y dos mantas, de la misma suerte, que se usa en nuestra orden, sin otra curiosidad ni regalo. De sábanas de lienzo jamás se sirvió, si no era pidiéndolo la enfermedad, y así hacía la cama con sábanas de estameña. Pensaba el criado que se la hacía, que dormía en ella, porque a la mañana la revolvía y la descomponía, como si hubiera estado acostado, pero halló, y sin que él lo entendiese, lo vieron algunos guardando grande secreto, que entre aquella cama y la pared, había en el suelo una de sarmientos cubierta con una manta, que ninguna la atinara ni pensara, sino que rodeando un día la cama el dicho criado, la halló y entendió lo que era, aunque lo disimuló porque los más días el siervo de Dios componía por la tarde la cama en que mostraba acostarse y cuando daba lugar a que la compusiese aquel criado, le decía: De aquí en adelante sin rodear la cama la podéis componer, no tenéis que rodearla, ni hacer más de lo que os digo. En la enfermedad de que murió, cuando entendió que había de ser aquella la postrera, dijo entonces al criado, que le hacía algunas veces la cama, y de quien él fiaba el secreto, llamado Benito, que a la noche, cuando todos cenasen y ninguno lo viese, quitase unos sarmientos que estaban entre aquella cama y la pared. Este criado, muerto el santo Prelado, entró religioso de la Orden de san Jerónimo, en el Monasterio de la Murta, donde fue grande siervo de Dios y religioso muy ejemplar¹⁰⁷.

En cuanto a sus vestidos,

aunque usaba túnicas de estameña y algunas veces camisas, las traía para encubrir con ellas el cilicio, que trajo hasta la muerte y así se rompían más pronto de lo que suelen en otras personas. Espantábanse los que se las lavaban y remendaban de cómo rompían tan pronto y en una persona, que se estaba siempre en casa quieto y recogido; pero después de muerto, cuando se supo lo del cilicio, y cuán áspero erg entendieron como aquella aspereza era la causa de romperse más pronto en aquel siervo de Dios, de lo que se rompieran en otra persona de su calidad¹⁰⁸.

Este espíritu de pobreza también se percibía en la comida.

Bajando un día a decir Misa a la Seo, encontró al pie de la escalera a su comprador, que traía entre otros pescados una lamprea; preguntó/e qué había costado: dijo que cuatro reales. Espantóse diciendo: ¿Y para mí una cosa tan cara? Mal lo habéis mirado, Pues en verdad (dijo el comprador) que había allí otros, que la tomaron por el mismo precio de buena voluntad, y si se la quisiera dar me lo agradecerán.

¹⁰⁷ Salón, *op. cit.*, p. 138-139.

¹⁰⁸ Salón, *op. cit.*, p. 139.

¡Ah! ¿Sí? (dijo este siervo de Dios) pues llevádsela y cobrad los cuatro reales, y de aquí en adelante no seáis tan largo ni liberal de hacienda ajena, ni me compréis tan caro, que para mí con un par de huevos, y un poco de pescado del ordinario me sobra, que soy fraile, y la hacienda que tengo no es mía, sino de los pobres, y con esos cuatro reales comerán más de cuatro de ellos¹⁰⁹.

Siempre practicó la virtud de la abstinencia y la ponderación.

En el comer, además de la grande templanza ordinaria, que ya hemos referido en este capítulo, fue también muy penitente ayunador, no solo en la Religión, pero siendo Arzobispo, porque además de los ayunos de la Iglesia ayunaba todos los días de la Orden y muchos de su devoción; y en Adviento y Cuaresma y los Miércoles y los Viernes, y las Vigilias de entre año comía retirado, porque comía pan y agua, diciendo que aquellos días holgaba comer tarde, y que los ordinarios de su mesa por su causa no dejasen de comer a su hora. Y así aquel retirarse, y que ninguno le asistiese aquel/os días más del criado de Cámara de quien él fiaba mucho secreto, era porque ninguno entendiese que ayunaba a pan y agua, y lo guardó toda la vida cuando alguna enfermedad no se lo impedía¹¹⁰.

Debido a su estado enfermizo, se le puso un régimen de alimentación.

Con estos ayunos, y dormir mal, y los trabajos del oficio, vino a estar flaco. Dijéronle los médicos, que necesitaba por esto y por edad tomar algún alimento de buena substancia, y así, que se le pusiese puchero aparte y en él una gallina cada día. Parecióle que pues no estaba enfermo, ni hacía cama y andaba por casa, no era necesario tanto gasto e instando los médicos y los de su casa que lo había menester y que si no tomaba buen alimento andando tan flaco, había de dar en alguna enfermedad por la cual hiciese falta a su oficio y se gastase mucho más; consintió por entonces que le hiciesen su olla aparte con carnero, y que bastaría poner media polla, y según viese, así procedería en tomar substancia. Duró esto como un mes y parecióle que estaba mejor y más esforzado, volvió a su ordinario, sin poderle persuadir otra cosa¹¹¹.

Como buen fraile, quiso guardar toda la vida su voto de pobreza. Solo gastaba en las cosas más indispensables; no quería nada que oliera a lujo, ni a gastos superfluos, pues decía que todo era dinero de los pobres. Procuraba ahorrar todo lo posible para tener más y así poder socorrer a los necesitados.

¹⁰⁹ Salón, *op. cit.*, p. 137.

¹¹⁰ Salón, *op. cit.*, p. 139.

¹¹¹ Salón, *op. cit.*, pp. 139-140.

8.2. *Pobre con los pobres*

Sentía en el alma cualquier gasto que se hiciese fuera de lo ordinario por pequeño que fuese y lo reprendía, y para impedirlo (como refieren algunos que le sirvieron) al fin de cada mes pasaba los ojos por los cuadernos del gasto ordinario, y si había algo demasiado de un mes a otro, fuera de lo que se gastaba en algunas Pascuas o fiesta solemne, o alguna justa ocasión que fuese precisa, lo reñía con mucho sentimiento, diciendo: Mirad que ésta no es hacienda mía, sino de los pobres, y se les ha de restituir todo lo que se gastare en mi casa sin necesidad; y así os cargo la conciencia que miréis con mucho cuidado no se gaste, ni en mi persona, ni en mi casa, sino sólo lo necesario, porque, además de ofenderse mucho a Nuestro Señor haciendo lo contrario, lo quitáis a los pobres: suyo es y se lo debéis restituir¹¹².

La preocupación por los más necesitados fue una obsesión constante en su vida y a ellos dedicó mucho tiempo de su trabajo pastoral, al frente de la Diócesis de Valencia. “Fue tan grande la misericordia del Padre Tomás con los pobres, que jamás se cansaba por muchos que se le ofreciesen o presentasen; este era su mayor contento y consuelo, saber las necesidades de los pobres y en sabiéndolas remediarlas¹¹³”. En los primeros días de su episcopado, viendo los canónigos la pobreza en que se encontraba, tanto en sus vestidos como en su ajuar, y dado que él no pediría nada, acordaron capitularmente darle un dinero. Cuando se lo entregaron él les preguntó si podía disponer de ese dinero libremente. Ante tal afirmación, les dijo:

Pues habiendo acaecido el fuego, que tanto daño ha hecho en el Hospital General de esta Ciudad, suplico a vuestras mercedes y a los Señores Capitulares no se ofendan, ni dejo de estimar mucho este donativo porque le estimo grandemente, y le tendré siempre en la memoria, y se servirá nuestro Señor en que se dé esto al Hospital, para que con ello den principio a la obra, que necesariamente se ha de hacer. Fue Dios servido, que no solo no se ofendieron, pero aún se edificaron de su grande caridad y misericordia, que habiéndolo bien menester, primero quiso acudir a la necesidad del Hospital, que a la de su propia casa. Y así en el mismo punto envió por los Administradores del Hospital, y sin tocarle de su mano (porque acudieron luego), les entrego todo aquel dinero, diciendo lo tomasen para la obra de las enfermerías, y la comenzasen luego y que con el favor de nuestro Señor él procuraría ayudar así a la necesidad, que en aquella sazón se padecía, como a las demás obras de tanta piedad y misericordia como en tan santa casa se hacen de ordinario.

No sólo dio aquel dinero, pero llamó a todos los Predicadores y Confesores, y les encargó mucho que en sus sermones y confesiones la encomendasen con grandes veras, y a las personas que venían a tratar con él, si conocían tener alguna hacienda, les rogaba la ayudasen y la favoreciesen. En los sermones que predicaba, hacía lo mismo con

¹¹² Salón, *op. cit.*, pp. 136-137.

¹¹³ Salón, *op. cit.*, pp. 299.

tanta eficacia como si fuera su propia casa, y cada uno de aquellos enfermos y pobres su propio hermano o hijo, y con tan grande sentimiento de la necesidad de aquella casa, y de lo mucho, que merecerían delante de Dios cuantos la ayudasen, que se enternecía, y lo pedía con lágrimas. Al Duque de Calabria, que fue también Príncipe muy piadoso y limosnero, y que ayudó también mucho a la misma obra, rogó y persuadió que fuesen los dos muchas veces a ver aquella obra, y visitar el Hospital, para animar a todos con su ejemplo a que la ayudasen, y así iban muchos días los dos juntos con gran edificación de toda la Ciudad, y acudían muchas personas principales así Eclesiásticas, como seglares a lo mismo, movidos del santo ejemplo¹¹⁴.

Su ahorro no era sinónimo de avaricia, ni de tacañería, ni de comodidad. Todo lo contrario. Era hospitalario, amable y generoso con los demás, sin embargo era austero con él mismo y con todo aquello que estaba a su servicio. Era enemigo de lo superfluo y economizaba en los gastos personales para poder ser más generoso con los demás, especialmente con los pobres y necesitados. Su ahorro llegaba incluso al regateo con sus acreedores. Así podía disponer de más dinero a la hora de hacer frente a las necesidades de los demás.

Teniendo dos jubones (especie de chalecos ajustados al cuerpo) muy gastados, particularmente en las mangas, los envió a casa de aquella santa mujer, de quien he hecho mención en el principio de este capítulo¹¹⁵, para que se los remendase. Vistos por ella, fue a decirle que ni lo sabría hacer, según estaban rotos, ni era bien que un prelado como él los trajese, pudiéndose hacer otro con treinta reales. Eso no haré yo (dijo el Padre Tomás), pues echándoles unas mangas podrán servir, y con esos treinta reales remediaremos algún pobre que no tenga vestido, ni nuevo, ni remendado. Mandó entonces llamar a un sastre, que los remendase y les echase unas mangas; al tiempo de dárselos, quiso primero ‘concertarse del precio’, aunque él le dijo una y muchas veces: ‘Vuestra Señoría me mandará dar lo que fuere servido’; jamás quiso pasar por ello, sino que de lo que había de llevar; pidió entonces cierto precio, pero pareciéndole al Padre Tomás mucho, regateo tanto con él, que si bien vino a consentir el oficial en lo que el Arzobispo decía ser justo, pero fuese muy ofendido, y como escandalizado, juzgándole por hombre avariento y miserable. Advirtiéndole bien este santo Prelado, pero diósele poco, porque podía más en su pecho el deseo de ahorrar para los pobres, que cuanto desprecio se podía hacer de su persona, como fuese sin culpa suya y sin ofensa de Dios, confiando en su divina bondad, que como quien sabía su corazón, volvería por su honra y desengañaría a los hombres, como fue en este oficial¹¹⁶.

¹¹⁴ Salón, *op. cit.*, pp. 130-131.

¹¹⁵ Se refiere a una mujer de Valencia, a quien el santo arzobispo tenía en mucho aprecio por su gran virtud y cristiandad y particularmente por ser muy caritativa y limosnara. Cf. Salón, *op. cit.*, p. 299.

¹¹⁶ Salón, *op. cit.*, p. 302.

No pasó mucho tiempo en confirmarse la avaricia del sastre y la justicia y la generosidad del santo arzobispo.

Tenía este mismo oficial (sastre) tres hijas por casar y, no teniendo qué darles en dote, un clérigo de Santa Catalina Mártir le advirtió que fuese a comunicar su necesidad al Arzobispo y, aunque él no quería por tenerle en opinión de avariento (...) determinó ir al Padre Tomás a presentarle su necesidad y suplicarle le remediasen en ella. Conoció luego el buen Padre, y oyóle con mucho amor; pidióle su nombre y el de sus hijas y con quien se confesaban y sabido le dijo: 'id en hora buena, hermano, y venga acá vuestro confesor, y encomendadlo vos y vuestras hijas a nuestro Señor, que él lo guiará y os ayudará'. Informóse del confesor, y sabida la virtud y necesidad de aquellas doncellas y la buena ocasión que se les ofrecía para casarse, preguntóle que dote sería conveniente, y diciéndole el confesor: Si vuestra Señoría quisiese ayudar a cada una de ellas con treinta pesos, sería muy grande caridad y remedio para ellas. Enhorabuena, dijo el Padre Tomás: Venid vos y su padre mañana, y yo le haré un cédula de ellos y en siendo concluido el casamiento los daré. Fue el padre al día siguiente con su confesor para agradecerle la merced que le hacía; y como la caridad de este santo Prelado era tan grande, que se desvelaba en considerar y tantear, si bastaba lo que daba a los pobres, según su necesidad, estuvo pensando aquella noche, que treinta pesos era poco y sería menester la mayor parte para alhajas de la casa, y así les dijo: Mirad, yo ofrecí ayer a vuestro confesor treinta pesos para cada una de vuestras hijas en siendo casadas: he pensado en ello esta noche y veo que es poco, porque la mayor parte de ellos será menester para asentar su casa, y así serán cincuenta para cada una; con los veinte podrán poner su casa y echar lo de en algún caudal de su oficio, para comenzar a trabajar. Echóse aquel hombre a sus pies para besárselos, viendo tanta misericordia y liberalidad, pero detúvose el siervo de Dios y dijo: 'Hermano, ¿vos no sois el que me compuso los jubones?' y como respondiese que sí añadió: 'Yo sé que os ofendisteis por ver lo que regateé en ellos, pero no tuvisteis razón, porque para poder hacer esta limosna y no por ahorrar dinero, que ni le he menester, ni se me ha de hallar con el favor de Dios al tiempo de mi muerte, procuré entonces y procuro siempre ahorrar lo que puedo, sin quitar a nadie lo que conozco ser justo'¹¹⁷.

Este mismo caso le ocurrió con otro sastre.

Rotos después aquellos jubones, de manera que ni podían servir ni volverse a remendar, fué forzoso hacerse uno nuevo: mandóle hacer a otro sastre, trayéndole hecho, preguntó qué valía; y como dijo aquel oficial que valía de lienzo y manos veinticuatro reales, dijo: Tomad y llevadle, hermano a vuestra casa, que no es para mí jubón tan costoso, y aunque le replicó el oficial mucho sobre ello, no le quiso jamás, sino que se lo hubo de llevar y hacerle otro de tela más basta y más llano, que costó solo diez reales, de lo que también se ofendió este oficial y le tuvo por miserable. Hubo de casar

¹¹⁷ Salón, *op. cit.*, pp. 302-303.

de allí a algunos días una hija y hallándose sin dote, como el otro, por persuasión de un clérigo de la Iglesia mayor, fue al Arzobispo a pedir la limosna y diósele de buena voluntad, y por lo que vio convenir, dióle setenta pesos. Habíase hallado presente su mayordomo cuando lo del jubón, que le pedía este hombre veinticuatro reales, y hallóse también cuando le hizo esta limosna, y parecióle mucho, dijo: ¿Pues un día estuvo vuestra Señoría con este mismo hombre tan regatón y ahora tan liberal? Sí (respondió este piadoso Padre de pobres) porque aquel día gastaba para m) pero ahora hago limosna; entonces gastaba de lo que puedo tomar para mi sustento como mío, ahora doy lo que es hacienda de pobres; para mí no quiero sino lo muy necesario y así lo que es de más me duele y lo regateo; pero para los pobres, siendo hacienda suya lo que les doy, no duele, ni me ha de doler, sino socorrer a sus necesidades largamente¹¹⁸.

8.3. *Amigo de los pobres*

Santo Tomás de Villanueva es llamado con toda propiedad padre de los pobres. Desde niño los pobres fueron sus amigos preferidos. Les tenía un cariño fuera de lo común y consideraba que todas las rentas y el dinero del arzobispado era dinero sagrado, propiedad de los pobres. Al mismo tiempo que socorría a los necesitados, en cualquier circunstancia, les infundía confianza y les ofrecía su amistad.

Dice de él su biógrafo el padre Juan de Mufiatones:

No tengo propósito de contar por menudo las virtudes de aquel pecho evangélico y cuan claros ejemplos dio de buen pastor en todas las materias porque esto fuera trabajo inmenso; pero de sus limosnas siquiera diré algo brevemente. Sin duda, y por experiencia cierta se ha hallado, que de las rentas y emolumentos que a él legítimamente le tocaban, solía dar a los pobres y necesitados tanta parte, que para sí y para sus cosas dejaba solamente con qué poder pasar tan parcamente un arzobispo, que no pudiera pasar más parcamente un pobre fraile en el monasterio. De suerte que, ya constituido en dignidad, propuso en su ánimo usar de la parsimonia de que en la religión había usado, para que le sobrase de donde con más larga beneficencia mirase por los pobres y pudiese remediarlos con benignidad más liberal. En lo cual, porque es bastante sabido y averiguado en la ciudad y el reino de Valencia, no me quiero detener más¹¹⁹.

Al llegar a Valencia, el Arzobispado tenía unos 18.000 ducados de renta. Los gastos para sí y para los criados, empleados y procuradores, etc., eran de unos 3.000. El resto lo daba a los pobres y lo mismo hacía cuando las rentas subieron a 30.000 ducados. Le parecía un sacrilegio abonar dinero de un a para otro. Le gustaba dar personalmente las limosnas a los necesitados. Otras veces lo hacía por medio de los

¹¹⁸ Salón, *op. cit.*, p. 304.

¹¹⁹ Juan de Mufiatones, *Vida de Santo Tomás de Villanueva*, en T. Herrera, *Historia del Convento de San Agustín de Salamanca*, pp. 314-325.

visitadores oficiales de la diócesis. Para este oficio tan importante nombró al maestro Porta y al obispo auxiliar monseñor Segrián. También tenía algunos limosneros que, en su nombre, daban limosnas a quienes él les encargaba.

Su caridad no tenía límites. Todos, sin excepción, tenían en él un padre y un amigo, dispuesto a recibirlos y ayudarlos. Muchas veces, no solo les daba dinero, sino los útiles necesarios para su trabajo, ya fueran carretas, mulas, simientes o telas para tejer, y esto sin contar que en el palacio arzobispal se juntaban cada día a comer unos 500 pobres.

Una vez que no tuvo dinero para dar a un pobre, que vio casi desnudo en medio del invierno, lo llamó y le dio para que se cubriese el manto de paño negro que traía encima del hábito blanco, como suelen los religiosos de nuestra Orden, cuando hace mucho frío, y le dijo que volviese otro día para que el limosnero le ayudase para su sustento¹²⁰.

Ayudaba a todos. También ayudó a monasterios de religiosas pobres con limosnas. A su propio convento de N.^a Sra. del Socorro, que estaba necesitado, lo ayudó para hacer arreglos en el edificio y cada año le enviaba 100 libras. A los padres jesuitas de Valencia los ayudó económicamente a fundar el Colegio de San Pablo con una limosna de 2.500 libras.

En muchas ocasiones el Señor recompensaba sus limosnas con hechos milagrosos, socorriendo a muchos necesitados con pocos medios. Traemos aquí uno de esos episodios:

El año del Señor de mil quinientos cincuenta y dos, noche de San Bernabé, saqueó un corsario ml famoso, llamado Dragut Araix, la villa de Cullera, donde hizo muy grande daño. En sabiendo la gente que había matado y la que había cautivado, los bueyes y animales que había desjarretado, el trigo, vino y aceite que de muchos pobres labradores echó a perder y otros grandes males que allí hizo, sin que nadie se lo rogase, llamó al Padre Verdolay, que predicaba entonces en Valencia con gran espíritu y opinión de siervo de Dios y con él, a su limosnero y dos criados y les dio en dinero 800 ducados, y en paños otro tanto, para que sin detenerse fresen allá y rescatasen a los cautivos; a las pobres mujeres que quedasen viudas, consolasen y ayudasen con su limosna, según la necesidad que viesan en ellas, y a los pobres labradores les diesen dinero para proveerse de trigo, vino y aceite según el daño que cada uno había recibido y les comprasen bueyes y mulas para su labor, Y cundió tanto esta limosna, que referían sus criados como testigos de vista, que ayudaron por sus manos a la distribución de aquel dinero y ropa, que rescataron todos los cautivos, proveyeron a todos los pobres de todo lo necesario y dieron a las que quedaban viudas y pobres mucha limosna, a algunas a cincuenta pesos, a otras más, a otras menos, según pedía la necesidad de cada

¹²⁰ Salón, *op. cit.*, p. 301.

una; y fue de suerte que, sumado después lo que habían dado de rescate por los cautivos a los pobres labradores para proveerse de todo lo necesario y comprar animales para labrar y lo que habían dado a las pobres viudas, era doblado de lo que sacaron de Valencia en dinero y paños y que, evidentemente, había multiplicado nuestro Señor aquella limosna por tanta piedad y beneficio¹²¹.

Ordinariamente, durante las horas que no se dedicaba a la oración o al estudio solía estar en una sala por donde se pasaba y comunicaba por un pasadizo con el aposento del maestro Porta, su visitador, por quien hacía también muchas limosnas. “Acaeció muchas veces, como el mismo Maestro Porta lo refiere, venir algunos pobres a buscarle, y topando con el Arzobispo en aquella sala no conocerle, viéndole solo y con un pobre hábito, y decirle: ‘Padre, ¿dónde está el señor Visitador?’”, y decirles él:

“Aguardad, hermanos, que yo le llamaré”; y sin detenerse, iba él mismo al aposento del Visitador y le llamaba y le decía: “Mirad lo que aquí os piden, despachad por vuestra vida presto y con caridad, porque parece pobre gente y es pecado y cargo hacerles perder tiempo, que han menester para sus haciendas”. Acontecióle también algunas veces, siendo ya noche, cuando se despedía el que había negociado con él, si no estaba a mano el criado que había de alumbrar al que se iba, tomar el mismo la vela y alumbrarle hasta que acudía algún criado de su casa a quitársela de las manos¹²².

No había horarios para él cuando se trataba de socorrer a los necesitados. Siempre estaba dispuesto a escucharlos y ayudarlos. Si algún día estaba ocupado en otros asuntos, les pedía disculpas por hacerles esperar. Sucedió algunas veces que estando paseando con algún canónigo o alguna otra persona, “veía algún pobre que le aguardaba; por pobre y mal vestido que le viese, se llegaba a él, y le decía: Aguardaos, hermano, por caridad un poco, que pronto habremos aquel señor y yo concluido, y veremos lo que se os ofrece¹²³”.

Ni siquiera se reservaba las horas de la comida.

Aconteció también algunas veces con el grande amor que tenía a los pobres, viniendo alguno de ellos y angustiado al tiempo que comía, levantarse de la mesa (diciendo a los que comían con él que prosiguiesen su comida y no lo aguardasen), y con el bocado en la boca acudía a consolarle y favorecerle, y no volvía a la mesa hasta haberle consolado y socorrido, porque tenía la venida de aquel hombre por el mejor plato que se le podía poner delante (...) Llegó un día a este tiempo un pobre hombre con un niño para que le confirmase, diciendo que estaba enfermito, y oyéndolo, dejó luego la comida y se

¹²¹ Salón, *op. cit.*, pp. 320- 321.

¹²² Salón, *op. cit.*, pp. 174-175.

¹²³ Salón, *op. cit.*, pp. 175.

fue a la capilla y lo confirmó y, después volvió a la mesa; tal era la humildad y caridad de este grande siervo de Dios con los pobres y necesitados¹²⁴.

No solamente atendía a los pobres y mendigos que se acercaban a él o sus limosneros, también se preocupaba de aquellos que pasaban necesidad y no se atrevían a pedir o acudir al palacio arzobispal. Procuraba facilitarles el acceso e infundirles confianza para que acudiesen a recibir su limosna.

Visitándole algunas personas, así eclesiásticas como seglares, con quienes trataba familiarmente, cuando se despedían de su aposento, les decía a la salida: Miren por caridad si hay ahí fuera algunos pobres o personas que aguarden y no osan entrar, díganles que entren, que bien pueden, porque temo que mis criados no les deben dar lugar, aunque yo les tengo mandado lo contrario, y que ningún pobre ni persona que me haya menester, despidan, sino que dejen entrar cuando no estoy en mi oratorio o estudio, y si lo estoy que me avisen luego¹²⁵.

El trato que tenía con todos era cercano, afable y sencillo, de tal manera que creaba un ambiente de confianza con aquellos a quienes visitaba o con quienes dialogaba, sobre todo si eran gente modesta y humilde. Solía aplicarse el consejo del sabio: “Cuanto mayor y más levantado te vieres en dignidad y estado, tanto mayor sea tu humildad y llaneza¹²⁶”. Por eso, se acercaba y dialogaba con todas las clases sociales, aprovechando esas conversaciones para dar buenos consejos y orientarles por los caminos de Dios.

Cuando se edificaba el Colegio que fundó junto a la Universidad de la ciudad de Valencia, iba allá muchas veces a ver la obra, y es para alabar a Dios lo que refieren algunos testigos de la llaneza, afabilidad y benignidad con que trataba, no sólo con los Maestros y hombres ya grandes, pero con los criados y mozelos que servían a la obra, aprendices de los albañiles, carpinteros y otros oficiales, como si tratara con sus propios hijos. Entraban a ver la misma obra, muchos estudiantes, particularmente el día que sabían estar allí el Arzobispo, y no les mandaba salir ni echar, antes les llamaba, y con un amor y benignidad de padre les preguntaba de dónde eran, qué oían, y con qué Maestros; les exhortaba a la virtud y temor de Dios, en particular a la obediencia de sus padres, y si estaban en casas ajenas a la honestidad y fidelidad que debían guardar en ellas, a tener mucho respeto y reverencia a sus Maestros, que no gastasen mal el tiempo, ni perdiesen sus lecciones, se guardasen con grande cuidado de acompañarse con mozos viciosos y andar de noche, sino repasar entonces sus lecciones. Dábales mucha doctrina para que aprovecharan en virtud y en letras, y con término, que les

¹²⁴ Salón, *op. cit.*, pp. 175-176.

¹²⁵ Salón, *op. cit.*, p. 176.

¹²⁶ Salón, *op. cit.*, p. 173.

aficionaba a las reglas que les daba para que fuesen buenos estudiantes, favorecerles en cualquier ocasión que le hubiesen menester, a los pobres decía, que acudiesen a su casa, que él les socorrería para vestidos y libros, y para todas sus necesidades, y lo hacía cumplidamente con los que por relación con sus Maestros o de otras personas dignas de fe entendía ser buenos estudiantes¹²⁷.

Todos los que vivían con él en el palacio arzobispal y sus familias gozaban de un trato sencillo y familiar, fomentando la buena convivencia y atendiendo siempre a su formación humana y espiritual. A excepción de tres clérigos, dos que le ayudaban a rezar el oficio y en misa, y otro que era maestro de los pajes que tenía, hijos de gente honrada y pobre, a quienes tenía más por caridad y limosna y para hacerles estudiar que para su propio servicio,

todos los demás criados eran casados, y vivían dentro de su Palacio con sus mujeres e hijos, porque como no tenía criado alguno de autoridad ni de respeto, sino aquellos solos que precisamente había menester para su servicio, todos cabían, y estaban bien acomodados dentro de su casa, y hacía esto, para que fuesen todos muy recogidos y honestos, y mirando por sus hijos y mujeres, no se ocupasen de otros cuidados; y por la misma razón tenía mandado que, al dar las oraciones todos estuviesen en casa y nadie quedase fuera de ella, ni diese un solo de noche, para que no tuviesen ocasión de ofender a Dios, ni de enojar a alguno¹²⁸.

Nadie entraba a trabajar a su servicio sin conocerle personalmente y tener unos informes detallados sobre su condición, costumbres y trato. Luego estaba un tiempo de prueba. Una vez aceptado, tenía que someterse a unas reglas. Entre estas reglas, exigía que todos los empleados se respetasen y nadie invadiese el terreno del otro y que huyesen de las críticas destructivas para que en casa hubiese paz y fraternidad. Finalmente debían ser muy aficionados a la oración, y devotos de los sacramentos.

A los que sabían leer mandaba que tuviesen sus Horas y rezasen cada día el Oficio menor de Nuestra Señora o algunas otras devociones; a los que no sabían, rezasen el Rosario, y si faltaban en ello, cuando lo entendían, les llamaba y los corregía como un padre. Tenía mandado que, en todas las fiestas principales de Nuestro Señor Jesucristo y de su santísima Madre y de los Apóstoles, confesasen y comulgase todos, de tal modo que venían a limpiar sus conciencias y recibir los Sacramentos por lo menos una o dos veces cada mes, y era menester que ninguno faltase en esto. Guardábanse con sumo cuidado en aquella religiosa familia (que así merece ser llamada) todas estas reglas. Obligábalas a ello (como referían los criados, que le sirvieron) primeramente la solicitud y vigilancia que en ello ponía este buen Señor y buen padre de familia,

¹²⁷ Salón, *op. cit.*, p. 176.

¹²⁸ Salón, *op. cit.*, p. 195.

mirando con grande cuidado por las conciencias y salud espiritual de sus criados como si le fueran hijos. Llamábales muchas veces a todos, hacíales sus pláticas y capítulos, como si fueran religiosos; alentaba y animaba a los que veía andar como debían, esforzaba a los flacos, advertía a los descuidados y corregía a los que convenía reprender, y todo con tanta caridad y mansedumbre que jamás le vieron con enojo, ni que dijese palabra pesada o con semblante de cólera con criado alguno, aunque le riñese. Obligábales también el amor y el buen tratamiento que hallaron siempre en él. Porque con ser tantas las ocupaciones y cuidados que trae consigo el cargo de Arzobispo, no por eso dejaba de mirar por todos los menesteres de sus criados, si había falta en la ración de cada uno, sino no eran proveídos como convenía, y lo advertía al Mayordomo con tanto cuidado como si no tuviera otro; y no es de maravillar, porque la verdadera caridad da ojos para todo y hace atender a las menudencias, que pertenecen al bien del prójimo. Sentía en el alma, si les acaecía alguna desgracia, y le vieron hartas veces afligirse por ello, principalmente, cuando enfermaba algún criado venía a correr peligro de la vida, con la misma ternura que si le hubiera engendrado¹²⁹.

Recordando sus tiempos de prior en la Orden Agustiniiana,

tenía costumbre todas las noches, ya tarde, dar una vuelta con el paje que llevaba la vela por toda la casa y por todas las puertas de los aposentos altos y bajos, a ver si estaban todos recogidos como debían (...) Una noche, haciendo este oficio, entróse en un aposento donde estaba un acemilero enfermo, muy al cabo, esperando los que estaban con él cuándo acabaría. Se llegó a su cama, le exhortó a tomar aquella enfermedad con paciencia y a estar muy resignado a la voluntad del Señor. Detúvose allí a la cabecera de aquel enfermo un buen rato, consolándole y animándole para morir. Le dio los Evangelios y le dio la bendición y se subió a los aposentos. Aquella misma noche, habiendo llegado aquel enfermo al extremo, le dejó la calentura que era mortal, y todos los accidentes que le acompañaban y pensando los médicos a la mañana, cuando le vinieron a visitar, que ya lo hallarían muerto, lo hallaron sano y bueno y sin algún rastro de su enfermedad (...) Lo que les admiró muchísimo, porque naturalmente era imposible, según ellos dijeron, haber escapado de una calentura y enfermedad tan mortal, cual tenía aquel hombre y en tan breve tiempo como de seis o siete horas; y así se atribuyó aquella salud a la visita que le hizo este bendito Prelado y a los Evangelios y oraciones que le dijo¹³⁰.

8.4. *Ayuda a las doncellas pobres*

A las jóvenes que se casaban, las ayudaba siempre para comenzar su nuevo hogar. Todas sin excepción tenían en él a un padre, dispuesto a recibirlas y ayudarlas.

¹²⁹ Salón, *op. cit.*, pp. 195-196.

¹³⁰ Salón, *op. cit.*, pp. 196-197.

Era costumbre de la época que las doncellas que deseaban contraer matrimonio debían pagar una dote al novio proporcional al nivel social y económico del novio. Las que procedían de familias acomodadas no tenían mayores problemas a la hora de contraer matrimonio, pero las doncellas pobres no podían hacer frente a tal obligación, por lo cual a veces no podían acceder al matrimonio.

De las doncellas pobres tenía grande lástima y las socorría con mucho amor y largueza, de tal manera que no hubo en todo el tiempo que fue Arzobispo, casamiento de doncella pobre que él no ayudase con algo. No tenía cierto tiempo ni día señalado para casarlas o prometerles dote, sino que en cualquier tiempo que le pedían para alguna doncella pobre o huérfana, daba su limosna. A las hijas de gente común hacía venir a sus padres o madres a su casa y les hablaba con mucha llaneza, para que les den su necesidad, y con la gran prudencia, de que nuestro Señor le dotó, conocía luego si trataban verdad; y para más asegurarse, tomaba por memoria sus nombres y dónde vivían y despedíalas con amor, señalándoles día en que volviesen. Entretanto hacía que su limosnero se informase secretamente de sus costumbres y vida; y si la información era buena y cual convenía, dábales para su casamiento lo que luego diremos, y si no, hacíales solamente alguna limosna y despedíalas con alguna buena razón, porque jamás se fue alguno de su casa sin algún socorro¹³¹.

No a todas les daba la misma cantidad, pues no todas tenían la misma condición social y económica, ni necesitaban lo mismo para casarse con su pretendiente.

A las doncellas pobres, huérfanas y no huérfanas, que sirviendo tenían ganada alguna soldada, ayudaba ordinariamente con veinte o veinticinco pesos a cada una, y de estas no hay año que no casase a dieciocho o veinte. A las que no pudieron sus padres poner en servicio, sino por alguna justa causa les fue forzoso tenerlas en sus casas (como sucede a algunos oficiales pobres o a muchas viudas honradas) ayudaba con cuarenta o cincuenta pesos y a alguna con setenta u ochenta, según eran las personas.

A las hijas de padres honrados y de calidad, ayudaba según su estado, a unas con cien pesos, a otras con doscientos y a algunas con trescientos o más, y esto con tanto amor y con un afecto tan piadoso, que no era menester, entendiendo él la necesidad por alguna vía cierta, rogarle mucho sobre ello, ni encarecérselo para que alargase las manos. El tenía cuidado para tantear lo que para casarse una doncella de aquella calidad honradamente sería menester, y lo que sus padres la podían ayudar y según convenía socorrerla, así la favorecía¹³².

¹³¹ Salón, *op. cit.*, pp. 290-291.

¹³² Salón, *op. cit.*, p. 291.

8.5. *Atendía preferentemente a los niños abandonados*

Organizó una especie de hospicio para recoger a los niños abandonados, pagando a las amas que los criaban.

Por lo cual ya dejaban de echarlos al Hospital y los ponían a las puertas de su Palacio y, algunas veces, hasta dos o tres en una misma noche. Hubo tiempo que criaba cincuenta o sesenta de ellos y tiempo que eran setenta y ochenta. No se cansaba porque fuesen muchos ni se ofendía porque se los echaban a la puerta de su casa; antes los recibía con muy alegre semblante y grande piedad. Porque como es propio de gente inhumana y bárbara no apiadarse de los niños, como lo cuenta la Sagrada escritura de los Caldeos que destruyeron a Jerusalén, así es de corazones humanos y cristianos, hechos a la condición y talle de aquel alto y piadoso Señor (que dice el Evangelio: Dejad que los niños se acerquen a mí que de ellos es el Reino de los Cielos) apiadarse de ellos y favorecerlos, mirando su necesidad y peligro, sin reparar en la culpa de sus padres.

Echáronle una noche un niño en la puerta de su palacio, viéronlo dos criados suyos y acudieron luego. Uno tomó el niño y el otro corrió tras quien lo había echado para conocerlo y, aunque le alcanzó, parecióle dejarle; subieron con el niño a la sala donde estaba cenando el Padre Tomás, diciendo: “Aquí traemos a vuestra Señoría un hijo y pudiéramos traer con él a sus padres, porque los alcanzamos, pero no hemos querido”. Tomó luego al niño con un alegre rostro en sus brazos, mirando si era bautizado; y hallando que lo era, le dio su bendición y, vuelto a los criados, dijo: “Mal lo habéis hecho en correr tras sus padres; ¿y qué les habíamos de hacer cuando les trajeseis? No lo hagáis más que harto tienen los tristes con su pobreza”. Dijole al Obispo Segrián: “Busquémosle luego ama, que le críe; cuarenta y ocho tenemos y, donde se crían cuarenta y ocho, se crían cuarenta y nueve y más, si más enviare nuestro Señor; porque jamás temió que había de faltar para el sustento de los pobres”.

Como esta limosna que hacía a los niños se entendiese de todos y le echasen muchos de noche, así por el daño que los pobres niños podían recibir pasando toda la noche sin el sustento de la leche, como por la pesadumbre, que daban a los de casa con sus lloros, proveyó este santo Prelado (que a todo atendía) cómo de las amas que tenía dos de ellas viniesen junto a su Palacio y les alquiló allí casas, para que en echándole algunos niños, a cualquier hora que fuese, se los llevasen luego y les diesen leche y los tuviesen hasta que se les hallasen amas las cuales luego el día siguiente eran buscadas con suma diligencia.

Y como buen Padre que de cuando en cuando quiere ver al hijo que le cuidan para de su casa y ver cómo le va, tenía mandado que viniesen el primer día de cada mes todas las amas con sus niños a Palacio. Venidas, aguardaban en la sala grande de la capilla, cuando acababa de decir Misa, todas puestas en orden como a dos coros, y él iba de uno en uno mirando sus niños y cómo los criaban y cuidaban. Ya la que lo traía limpio y aseado y bien tratado, además de su salario, le daba algunos reales. A la que no le traía tal, no le daba nada, antes la reprendía y trataba de descuidada, para que de allí adelante, así por gozar del premio, como por no verse reprendida por negligente,

mirase mejor por su niño; y en viéndolos todos, los echaba su bendición y despedía (...) Sentía mucho, cuando veía alguno de ellos flaco o amarillo, y se quejaba al ama cómo lo tenía de aquella manera y si alguna le decía que era pobre y que con el salario que le daban no tenía hartó sustento, mandaba le añadiesen algo por vía de limosna, pero con mucho secreto porque las otras no se quejasen ni agraviasen y si necesitaban de algunas medicinas para mejorar su leche, que se las diesen, porque a todo acudía la grande caridad de este siervo de Dios.

Miraba también qué pañales y mantillas tratan los niños y qué vestidos las amas que los criaban y así a los niños como a las amas, si eran pobres, las hacía proveer de lo necesario para que ellas trajesen vestidos convenientes y los niños fuesen bien tratados y aseados, porque los amaba como si fueran h propios y cuando se los traían y miraba de uno en uno, les pasaba la mano por el rostro y les acariciaba y decía a las amas: Si os dieran, a criar un hijo del Rey, ¡por cuan honrada y dichosa os tuvierais y con qué cuidado lo criaríais y traeríais muy limpio y bien puesto! Pues estos pobrecitos tiene el Rey del Cielo por muy hijos suyos y me los ha encomendado a mí y yo de su parte os los encomiendo, hermanas, a vosotras; traedlos limpios y bien tratados, pues os proveemos cumplidamente de todo lo que ellos han menester.

Para que con más facilidad los que no podían criar sus niños se los echasen a su casa, mandaba que la puerta en el verano estuviese medio abierta hasta las nueve y en el invierno hasta las siete de la noche; y la entrada de la casa, aunque con luz, pero de manera que su claridad no impidiese a los que quisiesen llevárselos y para que, cerradas las puertas, pudiesen también echarle niños, había en ella una campanilla. Tenía también ofrecido a los criados (para que en sintiendo echar algún niño acudiesen luego con mucha diligencia a tomarle y llevárselo) darles por cualquier niño al que le trajesen un real de a cuatro, y así acudían ellos a toda prisa (en sintiendo la campanilla o el niño) a tomarle y subírsele¹³³.

Algunas mujeres usaban estrategias inimaginables para poder criar a sus hijos. Les dejaban a las puertas del palacio. Luego fingían que su hijo había muerto y se ofrecían para amamantar a algún niño de los abandonados allí, con la intención de recuperar al hijo y recibir el dinero que pagaban a todas aquellas mujeres que amamantaban y cuidaban a aquellos niños.

Echóle una pobre mujer casada un hijo suyo una noche a las puertas de su casa. Al día siguiente luego a la mañana se fue a rogar a las amas, que estaban junto al Palacio para dar leche a los niños que le echaban de noche, si acaso tenían algún niño que hubiesen de buscarle ama, que ella le criaría, porque el que tenía se le había muerto. Dijéronle: En buena ocasión venís, porque anoche le echaron uno; veamos vuestra leche y si la tomare bien el niño, le podéis criar con el salario que se crían los otros. Vista la leche que era fresca y que la tomaba muy bien el niño del pecho de aquella mujer, dieron cuenta de ello al Padre Tomás y con la información de aquellas amas se le dieron para

¹³³ Cf. Salón, *op. cit.*, pp. 293-295.

que lo criase, y como solía, mandó darle luego un tercio del salario adelantado. Así se llevó aquella mujer su hijo y dinero para su necesidad y mantillas nuevas para el niño, porque las que tenía, cuando le echó, eran tan pobres y rotas, que no aprovechaban, y tenía dada orden cómo aquellas amas, que tenía junto a su Palacio, tuviesen pañales y mantillas sobradas de repuesto para los niños que le echaran desnuditos o con vestidos tan pobres y rotos, que ya no pudiesen bien servir Aunque esta mujer procuró cuanto pudo que esto fuese muy secreto, no se pudo encubrir de manera que no se entendiese cómo ella era la madre de aquel niño y el engaño de que había usado. Dijeronle esto al siervo de Dios para que le quitase el salario, ya que le quisiese perdonar lo que con aquel engaño había recibido. Eso no haré yo, dijo el Padre Tomás, y acordaos, como os he dicho en otras ocasiones, que nos guardemos nosotros de engañar a los pobres; que ser engañados de ellos ningún daño nos hace, antes muchas veces mucho bien, como nos le hace esta mujer, porque si no fuera su madre, solo hacíamos limosna al niño haciéndole criar, y siendo su madre, hacemos limosna a los dos: Al niño haciéndole criar y a la madre remediando su pobreza con el salario que gana¹³⁴.

Su ejemplo contagiaba. Había un cirujano, llamado Juan Bautista Alatar, a quien le enviaban personas o niños pobres, con algunos defectos, brazos rotos o piernas quebradas, para que los operara. El cirujano acudía al padre Tomás para que le pagase sus servicios. El prelado dialogó con el cirujano y le dijo: “Hermano Alatar, esto es de pobres, hagamos todos caridad; y le quitaba alguna parte, pagándole lo demás con mucha liberalidad y alegría, de manera que por ver la caridad de este santo prelado este cirujano se iba contento con lo que le daba¹³⁵”.

A veces le traían casos muy difíciles o imposibles y el cirujano no se atrevía a operar, pero el obispo Tomás lo animaba, a la vez que él rezaba, pidiendo al Señor, por el éxito de la operación. El Señor, en más de una ocasión, escuchó sus oraciones y realizó el milagro:

Echaron un día a este siervo de Dios una niña que había nacido con los pies torcidos hacia atrás. Mandó llamar a este Cirujano para que se los enderezase y curase. Díjole cuando los vio, que él no se atrevía a ello, porque jamás había curado tal accidente y le tenía por incurable, habiendo nacido de aquella manera. No perdió por eso la confianza este buen Padre, sino que echándole los brazos por encima, le dijo: “Aplicad lo que soléis para ablandar los nervios y junturas de estos pies y poniéndoles sus vendas, confiad en Nuestro Señor que con la fe remedia su divina piedad lo que los hombres tenemos por imposible poderse remediar”. Hizo este cirujano lo que el padre Tomás le mandó, creyendo en su palabra, porque le trataba familiarmente y le tenía por grande siervo de Dios y le reverenciaba con mucha devoción; y dentro de pocos días, la curó

¹³⁴ Salón, *op. cit.*, pp.295-296.

¹³⁵ Salón, *op. cit.*, pp.296-297.

de manera, que la volvió los pies para adelante y los puso como si tal no hubiera tenido y sin atormentárselos, ni darle pena.

De lo cual quedaron el mismo cirujano y los que lo habían visto primero y vieron después, con grande admiración y lo tuvieron por mi/aro muy evidente que obró Nuestro Señor por la oración y fe de este bendito Prelado. Y dice este mismo Cirujano que algunos niños que le trajeron después en alguna ocasión, sabiendo cómo había curado aquella niña, confiando en los merecimientos del mismo Padre Tomás, con la grande devoción que le tenía, emprendía a curarlos y los curaba y en cada uno de ellos entendía que hacía Dios un milagro por la intercesión de este bendito Padre¹³⁶.

No solo recogía Santo Tomás a los niños abandonados por sus padres, recogía también a aquellos cuyos padres habían muerto y quedaban huérfanos y faltos de todo amparo:

Murieron en Valencia un pobre zapatero y su mujer y dejaron tres niños, que el mayor, cuando mucho era de cuatro o cinco años: en sabiéndolo mandó luego que se los trajesen a su casa, allí los crió una buena mujer, que tenía en ella, de edad y grande ejemplo, para enfermera. Criándose allí los regalaba con tanto amor, que viéndole los niños corrían para él como si fuera su propio padre, como a la verdad lo era en las obras, y esto duró hasta ser grandecillos, porque en siéndolo los puso con amos, para que aprendiesen oficio.

De esta manera crió y reparó a muchos, a quienes faltaban sus padres y todo favor humano, y a todos socorrió con tanto cuidado, que como él mismo dijo pocos días antes de morir, dejó pagadas las amas y el sustento de los niños por dos años después de muerto¹³⁷.

8.6. *¿Cómo entendía Santo Tomás la limosna?*

Santo Tomás no hace un análisis directo de la realidad social, como se hace hoy día, para descubrir las causas fundamentales de la pobreza, pero sí lo hace desde el evangelio y desde la enseñanza paulista, al proclamar el amor y la caridad como el único camino para unas relaciones humanas dignas, al condenar continuamente en sus sermones los vicios, los fraudes y la deshonestidad de los gobernantes y de las clases privilegiadas. A los ricos de este mundo, que son esclavos de las riquezas, de la avaricia y de la usura, los compara con el rico epulón del evangelio (cf Lc. 16, 19 y ss.). Para él, los ricos que no ponen su confianza en las riquezas son como un ave rara. Acusa con vigor a los ricos por sus abusos y vanidades. Ellos hinchados de soberbia, se dedican a las comilonas y los demás vicios, mientras los pobres ante sus puertas carecen de lo necesario.

¹³⁶ Salón, *op. cit.*, p. 297.

¹³⁷ Salón, *op. cit.*, pp. 297-298.

En uno de sus sermones, aludiendo al rico epulón, dice expresamente:

Nada más liberal y generoso que la muerte de los ricos: Distribuyen muy bien su gordo cuerpo a los gusanos, su alma a los demonios, sus riquezas a los clérigos, a los artesanos de candelabros, a los escribanos, a los encargados del fisco y a los abogados: así se esfuma todo. Como dice el salmo: **‘Amontona tesoros, y no sabe para quien’** (sal. 38, 7). Tal vez sea para algún hijo pródigo que sólo se acuerda de su padre para maldecirlo¹³⁸.

Tenía modos muy peculiares de corregir la pobreza. No solamente daba limosnas para remediar las necesidades presentes de los pobres y necesitados, sino que proporcionaba los medios para asegurarles económicamente su futuro y así poder abandonar la mendicidad. A Santo Tomás se le podría aplicar aquel dicho popular: al que pasa hambre, dale un pez, pero enséñale a pescar; o aquel otro: al que pasa hambre, dale de comer, pero a la vez dale los medios para que se gane el pan. Nos dice su biógrafo el padre Miguel Salón:

Era tan verdadero padre de pobres, que como un padre natural no cuida solamente qué comerán sus hijos hoy o mañana, sino cómo tendrán que comer para adelante y que no les falte el sustento conveniente a su estado, para lo cual les hacen aprender algún arte u oficio, y si son de calidad, como les dejarán hacienda y rentas o posesiones y, lo que dijo San Pablo, atesoran para ellos; así este bendito Padre Tomás no solo hacía las limosnas, que hemos dicho, a los pobres, o cada semana por su limosnero, o de tres en tres meses a los pobres oficiales de su mano o las extraordinarias, que aquí he referido, para que tuviesen algún caudal conforme a su oficio; pero se desvelaba e inquiría cómo y de qué manera podían los pobres vergonzantes, además de la limosna que él les daba, ocuparse en algún ejercicio, que les ayudase.

Quedó una pobre mujer viuda y con muchos hijos y muy pequeños; sabida su necesidad y virtud por este santo, socorríala con cierta limosna cada mes, pero viendo que con sola aquella no salía de trabajo, deseó saber qué hacienda podría hacer, para que con su limosna y lo que ganase de sus manos, sustentase cómodamente a sus hijos, y la encomendó a nuestro Señor y se desveló en ello; porque decía muchas veces: Que la limosna no es solamente dar, sino sacar de la necesidad al que la padece y librarle de ella cuanto fuere posible; y que el cristiano, que pudiendo sacar de la necesidad a su prójimo le deja en ella, no merece el nombre de limosnero (...) Guiándole nuestro Señor, llamóla y díjola: “Hermana, yo siento mucho la necesidad y trabajo que padecéis con tantos hijos pequeños y quería entender de vos si sabéis algún oficio, o, alguna hacienda, con que podáis ganar algo, para que con ello y mi limosna tengáis remedio; y para lo que supiereis hacer yo os buscaré hacienda y ayudaré”. Contestó la buena mujer que sabía hacer sémola y farro y otras cosas semejantes. Alegróse mucho

¹³⁸ Cf. Argimiro Turrado, *Santo Tomás de Villanueva. Maestro de Teología y de Espiritualidad Agustiniana*, Ed. Revista Agustiniana, Madrid, 1995, pp. 7 1-72.

y mandó luego que la comprasen todo lo necesario para aquel oficio; y así se la hizo luego su molinillo y las arcas y mesas necesarias, se le compró un borriquito y le dieron (como él lo mandó) trigo, cebada y todo lo necesario para poner su casa y trato. Y con aquel oficio y con tan buena ayuda como para él tuvo y la limosna de cada mes, tuvo aquella pobre mujer entero remedio y crió bien a sus hijos¹³⁹. Podríamos poner más ejemplos, pero bástenos el testimonio del P. Salón: “Con muchos pobres oficiales de todos los oficios (que no refiero aquí, porque sería menester otro libro muy grande para esto solo) usó de la misma caridad y cuidado, dándoles demás de la limosna ordinaria, dinero para comprar los aparejos e instrumentos de sus oficios y algún caudal, con que trabajando ellos y los de su casa, se sustentasen honradamente”¹⁴⁰.

A los jóvenes que deseaban contraer matrimonio no solo los ayudaba, como hemos dicho, pagando la dote de sus futuras esposas; también procuraba averiguar qué oficio tenían ellos y les proporcionaba los medios necesarios para que pudiesen ejercer su trabajo y así mantener a la familia.

Así refieren algunos testigos, cómo casando una pobre doncella, con un mozo carpintero, le pidieron ayudase para una cama y otras alhajas de la casa como veinte pesos; concedióles francamente y al tiempo de darlos, preguntó qué oficio tenía el mozo que se casaba con aquella doncella; dijéronle que carpintero. ¿Pues de qué (dijo este gran siervo de Dios) vivirá si no tiene algún caudal? No es bien que solo le proveamos de alhajas de casa, sino también de algún caudal para que trabaje en su oficio, y vuelto a su Tesorero, le dijo: Dale cincuenta pesos, para que con veinte, que han pedido, pongan su casa, y con los treinta, que añadimos, compre alguna madera y trabaje en su casa y así se los dieron, echándose aquel mozo a los pies, agradeciéndole tanta caridad, le dijo: Dad las gracias, hijo, a Jesucristo nuestro Señor, que él es el que os ha socorrido de su hacienda y no yo, porque no es mía, sino suya y para vosotros. Y con este principio, favoreciéndole nuestro Señor sus trabajos, vino después aquel carpintero a tener hacienda y buena casa.

De esta misma suerte ayudaba a otras muchas, dándoles no solo lo que le pedían y solía dar para su dote, pero añadiendo muchas veces doblado y mucho más, para que los oficiales con quienes ellas casaban, pudiesen trabajar en sus propias casas en sus oficios, sin tener que ganar jornales por casas ajenas y de otros maestros y viniesen a tener hacienda, con qué vivir honradamente, como la vinieron a tener muchos, con lo que les ayudó al tiempo que se casaron; y si algunos de estos venían a menos, no por algún vicio, ni culpa suya, sino por alguna enfermedad u otra causa, les ayudaba para su necesidad y les daba con que volviesen a tener caudal de su oficio y trabajasen en sus propias casas¹⁴¹.

¹³⁹ Salón, *op. cit.*, pp. 277-278.

¹⁴⁰ Salón, *op. cit.*, p. 278.

¹⁴¹ Salón, *op. cit.*, p. 292.

9. INVITABA A LOS DEMÁS A HACER LO MISMO

Para Santo Tomás ser apóstol es ser misionero. En su tiempo existían muchos vicios y abusos no solamente en la sociedad, sino también en ciertos ambientes eclesiásticos. Por eso él no se limitaba a ser un buen cristiano y un buen pastor de su Diócesis, también denunciaba los abusos e invitaba a todos a cambiar de actitudes y corregir sus conductas. En el tercer sermón sobre el domingo de Pentecostés, denuncia duramente los abusos que existen en el nombramiento de ciertos cargos eclesiásticos y el comportamiento de ciertos pastores:

¿Cómo desviaron su vista hacia los beneficios terrenos y hacia los bienes temporales? ¿Pues qué otra cosa buscan hoy los obispos que el oro y la plata? De lo último que se preocupan es de las almas, como la obra de las manos del alfarero. Por esta razón, ya no se invoca al Espíritu Santo para la promoción, sino que se ruega a los príncipes, y los obispos son elegidos por el Rey, por servilismo y por amistad. Por eso se ocupan de los negocios del Rey, no de los de Cristo Sin duda son hechura del Rey y obra de las manos del alfarero.

De ahí que diariamente se puedan ver muchos obispos residentes en la curia, mientras sus iglesias se ven privadas de pastores y por eso, las lamias, esto es, los herejes, hoy desnudaron sus pechos y amamantaron a sus cachorros, que quizá no hubieran desnudado si no hubiese faltado la vigilancia de sus pastores¹⁴².

En otra ocasión se lamenta de la existencia de pastores indignos y los compara con los mercenarios del Evangelio:

Entre nosotros hay pastores despreciables y, sin embargo, presumen de ello. Pero escuchad la prueba: **‘El buen pastor da la vida por sus ovejas, sin embargo el mercenario, el que no es pastor, de quien no son propias las ovejas, ve venir al lobo y huye, y el lobo las arrebató y las dispersa’** (Jn. 10, 11-12). ¡Oh, cuántos mercedarios hay! ¿Por qué huye? Porque es mercenario. Mercenario es el que atiende a las almas por intereses temporales. No le importa el cuidado de las ovejas, sino las rentas. Sirva de ejemplo el pacto que hacen algunos pastores con el demonio: Recibe la oveja, déjame a mí el vellón y la lana. ¿Tú qué quieres? El alma, yo quiero las rentas. Y concluye el demonio: Dame las almas, y las demás cosas tómalas para ti¹⁴³.

Cuatro son las condiciones que debe reunir el Buen Pastor: La primera, **que apaciente las ovejas**; la segunda, **que las conozca**; la tercera, **que las defienda**; y la cuarta, **que reúna a las dispersas**. Estas condiciones se dieron en Cristo. Por eso pudo decir: **‘Yo soy el Buen Pastor’**¹⁴⁴.

¹⁴² Sancti Thomae a Villanova Concionies, ex Typographia Bibliothecae Ambrosianae, Mediolani MDC-CLX, *Conción III sobre el día de Pentecostés*, Tomo 1, col. 668.

¹⁴³ Sancti Thomae a Villanova Con o. c., *Con sobre el II Domingo de Pascua*, Tomo I, col. 567.

¹⁴⁴ Sancti Thomae a Villanova Con a. c., *Condón sobre el II Domingo de Pascua*, Tomo 1, col. 567.

Jesús se nos presenta como el modelo del Buen Pastor, que reúne estas condiciones. Como Buen Pastor apacienta a sus ovejas, las conoce, da la vida por ellas, y las reúne en solo rebaño bajo un solo pastor, que es Él (cf. Jn. 10).

Santo Tomás, en un sermón sobre *La Cátedra de San Pedro*, nos señala los requisitos que debe reunir un obispo si quiere apacentar bien al rebaño de su diócesis:

Tres cosas exige el Rey al gobernador que pone al frente de un castillo: Primero, **fidelidad**; segundo, **amor**; y tercero, **fortaleza**. Tiene que ser fiel a su Señor y no entregar el castillo a los enemigos por deslealtad Amor, pues si le es fiel, y no le ama, la enemistad puede vencer a la fidelidad Fortaleza para no ceder al enemigo en el combate (...) Tres cosas pide Jesús a Pedro: Primero, **fidelidad**. “Cuando llegó Jesús a la región de Cesarea de Filipo, preguntó a sus discípulos: Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? Ellos respondieron: Unos que Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas. El les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Simón Pedro dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. (Mt. 16, 13-16). ¡Qué grande es la fe de Pedro! Reconoció claramente a la persona de Dios oculta en la carne, y lo confesó delante de todos los apóstoles, por encima de todos. Esta fe, hermanos, esta verdad, incluye todo lo demás, que se ha de creer y confesar de Cristo. Si el Señor Jesús es el Mesías, el prometido en la ley, si es el Hijo de Dios, es verdadero todo lo que dijo, es verdadero todo lo que afirmó. Sobre esta verdad se fundamenta toda la fe de la Iglesia. Quítala y se derrumba todo el edificio. Porque Pedro tenía una fe inquebrantable e hizo esta confesión de fe, por eso mereció oír de Cristo, el Señor:

Bienaventurado eres, Simón, hijo Jonás, porque esto no te lo ha revelado ni la carne, ni la sangre, sino mi Padre, que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y te daré las llaves del reino de los cielos, y lo que ates en la tierra, quedará atado en los cielos y lo que desates en la tierra, quedará desatado en los cielos. Fíjate en estas palabras: Sobre esta piedra, es evidente que después de tu confesión, edificaré mi Iglesia.

En segundo lugar le pide amor: ‘Dice Jesús a Simón Pedro: Simón, hijo de Juan ¿Me amas más que estos? 54 Señor, tú sabes que te amo. Le dice: Apacienta mis corderos. Vuelve a decirle por segunda vez: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Le responde: Si, Señor, tú sabes que te amo’. Le dice: Apacienta mis corderos. Le dice por tercera vez: ‘Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Pedro se entristeció porque por tercera vez le dijo ¿me amas? Y le respondió: ‘Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo’. Le dice: ‘Apacienta mis ovejas’. Por tercera vez Cristo el Señor le dice a Pedro:

¿Me amas, me amas? Primeramente me admiro de que me ames, en segundo lugar que me ames más que a tus cosas, y en tercer lugar que me ames más que a ti mismo. Y por eso, Pedro mereció oír por tres veces: “**Apacienta mis corderos, apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas**”. Tres veces apacienta. Triple pasto: Apacienta con la doctrina, apacienta con el ejemplo, apacienta con el amor. Oigan los pastores, prelados de la Iglesia, oigan los obispos: El primer pasto: doctrina sana, la doctrina de la verdad, por sí mismos o por medio de otros; no cosas atractivas, ni fábulas, ni cuestiones vanas. **Glorificad a Cristo en vuestros corazones, y estad siempre dispuestos**

a dar razón de lo que hay en vosotros: vuestra esperanza y vuestra fe (conf. 1 Pet., 3, 15): Al católico que desea ser instruido o al pagano que desea refutar ‘Pues los labios del sacerdote guardan la ciencia y la ley se busca en su boca, porque él es el mensajero del Señor de los ejércitos’ (Mal. 2, 7). Pero el pasto de la ciencia tiene como fin el ejemplo. De ahí que Pedro con la doctrina de Superior o de Pastor va más adelante: añade también su buen ejemplo y su trato, diciendo: ‘**Pero hacedlo con dulzura y respeto, procediendo siempre con buena conciencia, para que en lo mismo que sois calumniados, queden confundidos los que critican vuestra buena conducta en Cristo** (1Petr. 3, 16). Pues, ¡ay de los pastores de Israel que se apacientan a sí mismos! ¿No deben los pastores apacentar el rebaño? Vosotros os habéis tomado la leche, os habéis vestido con la lana, habéis sacrificado las ovejas más fértiles (gordas); no habéis apacentado el rebaño. No habéis fortalecido a las ovejas débiles, no habéis cuidado a la enferma, ni curado a la que estaba herida, no habéis hecho volver a la descarriada, ni buscado a la perdida, sino que las habéis dominado con violencia y dureza (Ez. 34, 2-4). Y más abajo: ¿Os parece poco pacer en buenos pastos, para que pisoteéis con vuestros pies el resto de vuestros pastos? ¿Os parece poco beber en agua limpia, para que enturbieís el resto con vuestros pies? ¡Mis ovejas tienen que pastar lo que vuestros pies han pisoteado y beber lo que vuestros pies han enturbiado! De tal manera que el pastor que ha pisoteado el pasto con los pies, y ha dado de beber agua turbia a las ovejas, ni entiende las cosas delicadas y ni gusta las cosas queridas por Dios. Pero, cuando enseña estas mismas cosas con su mal ejemplo y con su mala vida proporciona a las ovejas cosas repugnantes. Enseñe, pues, vida perfecta, muestre el camino con el buen ejemplo. Apaciente también con amor y caridad: Socorriendo con limosnas, visitando, ayudando, esto es pues, apacentar, como dice la cita: **Apacienta mis ovejas. Esto recomienda el mismo Apóstol Pedro: A los presbíteros, que están entre vosotros les exhorto yo, presbítero como ellos, testigo de los sufrimientos de Cristo y testigo de la gloria que está para manifestarse: apacentar la grey de Dios que se os está encomendada, vigilando no a la fuerza, sino voluntariamente, según Dios; no por mezquino afán de lucro, sino de corazón; no como dominadores de la heredad, sino identificándoos con la grey** (1 Pet.5, -3). Apacentar espontáneamente, reparar con amor. Y esto es lo primero. Lo segundo es apacentar con el ejemplo, y lo afirma con la siguientes palabras: **No dominado sobre los sacerdotes, sino identificándose con la grey.** Puesto que al Apóstol Pedro se le encomendaron tres servicios, y, de arriba abajo (a saber): Fue fiel servidor, amigo del Señor y constante, y por esto, no sin mérito, su Señor le colocó al frente de su familia y por eso, de un modo muy conveniente le entregó las llaves del reino de los cielos, de la torre fortísima y del castillo inaccesible. Es evidente que le hizo jefe de la Iglesia de Dios y excelentísimo Rector, cuando le dijo Cristo: “Tú eres Pedro, y sobre esta piedra y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. A ti te daré las llaves del reino de los cielos. Lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos” (Mt. 16, 18-19). Son dos llaves, a saber, la llave de la ciencia y la llave de la potestad: para poder discernir (distinguir lo verdadero de la falso) y poder juzgar (administrar justicia). Dice: Yo **te absuelvo**), si absuelve, queda absuelto.

En tercer lugar, se requiere la **fortaleza** en el gobernador diligente, como se ha dicho. Y Pedro fue constante y fuerte en la fe. Abiertas por el Ángel del Señor las puertas de la cárcel, en la que habían sido encerrados los apóstoles por el magistrado, y libres de sus cadenas, cuando eran conducidos ante el sanedrín el Príncipe de los Sacerdotes les dijo: **Os prohibimos expresamente que enseñaseis en nombre de Cristo, sin embargo vosotros habéis llenado Jerusalén con vuestra doctrina. Entonces Pedro en nombre de los demás apóstoles respondió: Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres** (Hch. 5, 28). ¿Acaso Pedro no dio públicamente testimonio de Jesús ante el Sanedrín irritado cuando dijo: **El Dios de nuestros padres resucité a Jesús, a quien vosotros matasteis colgándole de un madero?** (Hch. 5, 29). ¿Acaso no dio testimonio cuando todos estaban irritados y pensaban matarlos?; ¿cuando les ordenaron que en absoluto hablasen en nombre de Jesús?; ¿cuando se separaron gozosos de la presencia del Sanedrín, por haber sufrido ultrajes por el nombre de Jesús? Cada día enseñaban en el Templo y en las casas y predicaban la buena noticia de Jesucristo, y especialmente Pedro (...) ¿Acaso Pedro no confesó valientemente y dio testimonio confesando públicamente que Jesús era el autor de la vida y que por la fe en él, había sido sanado el cojo? ¡He aquí la constancia de Pedro, he aquí la fortaleza! Se confirma su fortaleza en su martirio y en su muerte!¹⁴⁵

10. CORRECCIÓN FRATERNA

Siguiendo la regla de San Agustín, ponía en práctica la corrección fraterna, cuando alguien se apartaba de Dios, fueran clérigos o laicos, usando siempre la clemencia y la misericordia. Si eran súbditos suyos, él mismo ponía en práctica los mecanismos necesarios para moverles al arrepentimiento. Si no eran de su jurisdicción, se dirigía a las correspondientes autoridades implorando el perdón para ellos. Antes de reprender a los demás acudía a la oración y a la disciplina para pedir al Señor la gracia de la conversión de los alejados del buen camino. Sus métodos solían obtener siempre buenos resultados. Pongamos algunos ejemplos:

Como hemos indicado anteriormente, desempeñó varias veces el cargo de prior y en más de una ocasión tuvo que corregir a algunos súbditos.

El Padre Juan Rincón, a quien el padre Tomás amó mucho y tomó por compañero cuando vino por arzobispo a Valencia, contó a algunos clérigos, que después ellos lo han relatado, y cómo siendo Fray Tomás Prior en Burgos, hallé un súbdito suyo en una culpa notable por lo cual merecía ser muy reñido y castigado, pero disimulé con él sin decirle jamás palabra ni mostrarle en su semblante la grande pena que por ello había recibido (aunque sabía muy bien el culpado cuan cierta noticia tenía de ello el P. Padre Fray Tomás). Solas dos cosas hizo: la primera, mirar con mayor cuidado de allí en adelante por aquella oveja, y la segunda, con muchas oraciones y lágrimas y

¹⁴⁵ S. Thomae a Villanova, *Conciones*, o. e., T. I 11 Sermón sobre la Cátedra de San Pedro, Col. 600-603.

no poca sangre que disciplinándose por ella derramé, pedir con mucha instancia al Señor le perdonase aquella culpa y le llenase de su santo temor, para que nunca más le ofendiese. Concedióle Nuestro Señor de tal manera lo que pedía, que no sólo hizo aquel religioso verdadera penitencia de su pecado y la enmienda que debía, pero aun fue tan espiritual, recogido y ejemplar, que saliendo el Padre Fray Tomás provincial de Castilla, el trienio siguiente, le tomó por su compañero. Espantóse mucho de ello aquel fraile y así le dijo: “¿Es posible que tome vuestra paternidad por su compañero un hombre como yo y conociéndome tan bien?”. Pero respondióle este buen Pastor. “Es verdad Padre, que os conozco y sé vuestra culpa y el mal que hicisteis, pero sé también vuestra penitencia y enmienda y el bien que por la divina misericordia ha sacado vuestra alma de aquella caída. Alabad siempre su divina bondad y su grande clemencia; que por aquello, con la penitencia que habéis hecho, no valéis menos en los ojos de Dios, ni en los míos, ni dejáis de ser bueno para acompañarme en este oficio”¹⁴⁶.

Siendo arzobispo de Valencia, cuando tenía conocimiento de algún clérigo o un seglar que vivían escandalosamente, los llamaba en privado, los hacía ver la gravedad de su pecado y le exhortaba a enmendarse y llevar una vida digna de un sacerdote y de un cristiano. Con frecuencia, antes de llamarles la atención los encomendaba en la misa y hacía oración e, incluso, se disciplinaba por ellos para que Dios les concediera la conversión, gracia que conseguía con cierta frecuencia. Por eso, dice el padre Salón: “Fueron infinitos, así clérigos como seglares, los que por este camino de la caridad y clemencia ganó para el cielo y sacó de las uñas de Satanás”¹⁴⁷.

Son varios los casos que nos relata puntualmente el padre Salón. Como ejemplo citaremos uno de ellos:

Otro clérigo [y me lo refirió él mismo –dice el padre Salón–] vivía siendo mozo disolutamente con una mujer que se le aficionó, aprovechándose el demonio de la pobreza de él y de la riqueza de ella (...) Lo llamó este bendito Prelado y lo corrigió muchas veces con su acostumbrada caridad, pero, como no se enmendase, lo mandó prender y echar en la cárcel. Al cabo de ocho días, pareciéndole que hacía mucho que estaba preso, le mandó sacar y traer ante sí (...) Se encerró con él en el oratorio y con mucha llaneza le dijo: “Yo os he corregido y amenazado muchas veces que, si no os enmendáis dejando del todo a esa mujer, os había de castigar con rigor y decís que no podéis ni está en vuestra mano; ¿qué os detiene con ella con tan grande ofensa de Dios y escándalo de tantos? Yo os ruego me lo digáis y descubráis vuestro pecho (...)”. Viendo tanta benignidad y amor este clérigo en su Prelado, le confesó llanamente su pecado y el tiempo que duraba aquella mala amistad y cómo la principal ocasión de su mal era ser él pobre y ella muy rica, que le sustentaba. Volvióse el buen arzobispo al crucifijo que allí estaba y dijo con gran sentimiento y lágrimas: ¿Por necesidad os ofende, Rey de la gloria, un súbdito mío? ¿Por falta de sustento está un sacerdote mío en pecado?

¹⁴⁶ Salón, *op. cit.*, pp. 76-77.

¹⁴⁷ Salón, *op. cit.*, p. 234.

No tiene, Dios mío, él la culpa sino yo; yo os suplico, Señor, por la sangre que en la cruz derramasteis que os apiadáis de esta alma (...) Yo haré, Señor, la penitencia (...) Y le dijo: Id a vuestra casa y no salgáis de ella de aquí a mañana ni veáis a esa mujer ni recibáis cosa de su mano, que yo os proveeré de todo lo necesario. Decid el Oficio con la devoción que pudieréis y encomendaos a Nuestro Señor y volved aquí mañana a las siete sin faltar un punto a lo que os digo. El buen Prelado, llegada la noche, entró en su oratorio a encomendar a nuestro Señor la conversión de aquel clérigo y fue la oración desnudarse las espaldas y darse una recia disciplina, pidiendo a su divina Majestad se apiadase del alma de aquel clérigo y de la suya, pues se la tenía encomendada. Se puso las espaldas, hombros y pechos llenos de cardenales y ronchas de sangre, que le causaron harto dolor y pena por algunos días (...).

Venido el clérigo al día siguiente a las siete de la mañana, se encerró otra vez con él en su oratorio y allí le volvió a predicar con mucho espíritu y lágrimas (...) y alzó su escapulario y capucha y le mostró parte de un hombro y pechos con los cardenales de las disciplinas que por él se había dado aquella noche, y le dijo: “Yo he hecho esta penitencia por vuestros pecados. Si volvéis a ellos y sois tan desconocido y duro que ni las misericordias de Dios ni mis diligencias os aprovechan, tened por cierto que no aguardará más su divina justicia”.

Fue tan grande la confusión que recibió, que se arrojó a sus pies y le ofreció con gran afecto y determinación apartarse de aquella mujer y de todo pecado, y perecer primero de hambre que verla más de sus ojos, y dijo este clérigo que con tener la mayor afición que se puede imaginar así por el pecado como por lo que ella le daba, se la quitó Nuestro Señor en aquel punto de tal suerte del pensamiento y de la voluntad que nunca después la vio ni se acordó más de ella, como si nunca la hubiera conocido¹⁴⁸.

11. MODELO DE PREDICADOR

Otra faceta de nuestro santo fue la predicación. Son muchos los testimonios que nos acreditan sus cualidades oratorias y la capacidad que tenía para llegar a los fieles y moverles a la conversión.

Los domingos y fiestas, cuando había sermones de la iglesia de aquel lugar o en el monasterio de San Francisco, acudía desde niño a ellos, y los oía con mucha atención; y después de comer, recogía los muchachos que podía de su vecindad y barrio y repetía el sermón que había oído con tal espíritu y afecto, que acudían también a oírle los grandes y hombres de edad y alababan a Dios y se confundían muchos de ellos en sí mismos, viendo lo que aquel muchacho les decía, y a veces, se acababa el sermón con muchas lágrimas así del que les predicaba como de los que le oían¹⁴⁹.

Luego, nos dice el P. Juan de Muñatones, empezó a darse a la predicación sagrada, con tal destreza, que aun en los mismos principios dio clarísimas muestras de un ar-

¹⁴⁸ Salón, *op. cit.*, pp. 241-243.

¹⁴⁹ Salón, *op. cit.*, p. 7.

dentísimo espíritu para con Dios y de un admirable afecto al culto y honra divina, y a la salud espiritual de los prójimos. Con lo cual en brevísimo tiempo, en toda la ciudad de Salamanca creció el nombre y fama de Fray Tomás de Villanueva. Supe, sigue el P. Muñatones, por dicho de hombres gravísimos y testimonios indudable, que aquel carísimo Padre Fr. Juan Hurtado, del instituto de Santo Domingo (varón de verdad conocidísimo en toda España por las excelentes dotes de letras, santidad y predicación de la palabra de Dios), atraído por la grandeza de su fama, para oírle predicar, había venido a ver si era así, como con pública alabanza se decía; y habiendo acabado el sermón, dijo a voces, que daba infinitas gracias a Dios, porque había enviado a su Iglesia un tan cuidadoso labrador y tan singular obrero. Poco tiempo después, conviene saber, en aquel año, en que contra la Majestad Real, se levantaron inquietudes en España, el Clero y el Cabildo de la Iglesia de Salamanca, le encomendaron que predicase la Cuaresma en la Iglesia Mayor Declaró él entonces aquel célebre **Salmo In exitu Israel de Aegipto**. Estaba yo, dice el P. Muñatones, entre la muchedumbre de los oyentes, aún no fraile, todavía mancebo seglar. Iban a oírle, llenos los caminos; venían los hombres con admiración, y como atónitos. Maravillábanse del nuevo modo de decir; admirábanse del ímpetu de oración, que llevaba adonde quería los ánimos de los oyentes; maravillábanse de los ardentísimos afectos, que abrasaban las mismas entrañas de los hombres. Tan profundamente bajó aquella doctrina los corazones de todos los del pueblo, que por aquel tiempo, no dijeras que Salamanca era un pueblo que constaba de ciudadanos seglares, sino pensaras que era un Monasterio bien gobernado, un Convento de Frailes Religiosos. Aficionó principalmente a los hombres escolásticos de aquella Universidad, que ha tanto que florece en aquella Ciudad; enseñóles a desechar los halagos de la vida presente y anhelar los bienes eternos del siglo venidero y a entregarse de tal suerte a las cosas divinas, que no solo los Monasterios de aquella Ciudad estaban sobrados de Frailes Novicios; pero aun los Conventos de los pueblos comarcanos, y las Casas de casi todas las Ciudades apenas bastaban para dar el Hábito a todos los que le pedían. Con maravillosos aumentos se esparcía la fama, y autoridad de su singular doctrina¹⁵⁰.

El padre Salón nos recuerda también este sermón sobre el salmo **In exitu Israel de Aegipto** (...), predicado en la Iglesia Mayor de Salamanca, durante la Cuaresma del año 1522, y los resultados obtenidos. Afirma el P. Salón que “predicó con tan grande concurso de oyentes que, no solamente la iglesia, pero que ni las calles podían coger la multitud de la gente que deseosos de su doctrina iban a oírle”. Madrugaban por tener lugar en la iglesia, olvidaban sus negocios y dejaban sus haciendas con un insaciable gusto de oír la palabra de Dios por su boca. Llamábanle Elías, de quien dice la Escritura: **que su doctrina era fuego, y sus palabras como un hacha encendida**. Ningún hombre le oía que no quedase mudado, inflamado y encendido en amor de Dios. Salían de sus sermones como pasmados, mirándose unos a otros atónitos de ver la facilidad con que enseñaba, la eficacia con que persuadía, aquel decir y torrente de palabras no secas, ni vacías, con que solamente es azotado el aire, sino ricas, llenas de doctrina y espíritu, vivas y con virtud del cielo, con que ya atemorizaba, ya consolaba,

¹⁵⁰ Juan de Muñatones, *op. cit.*, p. 313.

ya movía a la verdadera compunción y a las lágrimas, ya a la esperanza y a la alegría interior, encendiendo los corazones de cuantos le oían, enterneciendo los más duros pechos y haciendo en ellos todos aquellos efectos que enseñan las divinas letras ser muy propios a la palabra de Dios, cuando el que la predica es fiel siervo suyo y verdadero instrumento del Espíritu Santo, cual era este celestial predicador.

Hervía tanto con su doctrina toda Salamanca en devoción, que les parecía verdaderamente haberse renovado en aquella ciudad el tiempo de los sagrados Apóstoles, porque no solamente los amigos de la virtud y de buenas inclinaciones y costumbres salían aprovechados de sus sermones, pero también los ricos y poderosos, en quien las espinas de sus haciendas y cuidados suelen ahogar la semilla de la divina palabra, y los delicados y regalados, a quienes es muy propio andar distraídos y desconcertados en sus vidas. Hasta los populares y gente común que entiende poco y olvida presto lo que oye, se reformaron y mudaron de tal suerte sus tratos y costumbres con la doctrina, avisos y reprehensiones de este apostólico predicador¹⁵¹.

Sus sermones impresionaron tanto a los jóvenes universitarios, que muchos, convencidos por su doctrina y su testimonio, abandonaron el mundo para ingresar en la vida religiosa.

Hizo particularmente tal impresión y efecto la predicación de este bendito Padre en los estudiantes de aquella insigne Universidad que muchos de ellos, mudando maravillosamente sus pensamientos y pretensiones, comenzaron a trocar con tantas veras sus deseos y aborrecer los deleites de esta presente vida, en la mocedad tan apetecidos y procurados, y buscar los eternos y verdaderos, que dejando el siglo con el cuerpo y con el alma, tomaron el estado de la religión. Fueron tantos los que llevó nuestro Señor con tal medio por este camino, que no solo se llenaron de novicios todos los monasterios de Salamanca, pero no haciendo lugar en ellos para tantos, como de cada día daban de mano al mundo y pedían el hábito, era forzoso enviarlos a los monasterios de otras ciudades y lugares; y así se poblaron entonces con los sermones del Padre Fr. Tomás todas las regiones en Castilla de muy buenas habilidades y sujetos¹⁵².

Su influencia no solamente se limitaba a la ciudad de Salamanca o un determinado público.

En cualquier ciudad o pueblo donde llegaba era cosa notable, luego que predicaba allí este siervo de Dios, el efecto tan visible y conocido que hacían sus sermones, porque se veían luego convertirse grandes y escandalosos pecadores, remediarse los vicios públicos y de todos los estados; acabarse enemistades y bandos antiguos; mercaderes y gente de tratos peligrosos, desengañados y atemorizados con su doctrina, mudar el uso de sus negocios, y para asegurar sus conciencias hacer grandes descargos y restituciones,

¹⁵¹ Salón, *op. cit.*, pp. 26-27.

¹⁵² Salón, *op. cit.*, pp. 27-28.

las personas nobles y de estado, hacer manifiesta enmienda de sus vidas, trocando sus paseos, juegos, galas y vanidades en recogimiento, honestidad, limosnas, oración y frecuencia de sacramentos¹⁵³.

Fue predicador de su majestad el emperador. Este le había ordenado que le avisase de dónde predicaba para acudir a oír sus sermones, si se encontraba en Valladolid. No solamente le gustaba escuchar sus predicaciones, sino que le agradaba hablar con Fray Tomás y pedirle consejo. Nos cuenta Francisco de Quevedo que

avisó (Fr. Tomás) que predicaba un día en su casa de Valladolid; y el César, codicioso de oír al Santo, fue muy temprano; y a e la hora del sermón se entró con los grandes en el claustro, diciendo al portero: Decidle a Fray Tomás que estoy aquí; que baje. Fue el portero, y respondió con él el Santo a la Majestad cesárea que estaba estudiando; que si había de predicar, que no podía bajar y que, si bajaba, no predicaría. Pareció a los que acompañaban al Emperador despego y descortesía, y diéronlo así a entender, obligando a su Majestad que dijese: A mí me ha edificado lo que a vosotros os ha escandalizado, y quisiera yo mucho que todos los predicadores y religiosos fueran tan desasidos de la vanidad y tan despegados de la grandeza como fray Tomás¹⁵⁴.

Santo Tomás no se limitaba a predicar con homilías y sermones. También aprovechaba el sacramento de la confesión, sus visitas y sus diálogos para sembrar la palabra de Dios e invitar a la conversión o a progresar en la virtud.

Fue notable la mudanza de costumbres y vida que hicieron todas las personas que con él se confesaron o trataron familiarmente, así eclesiásticas y religiosas como seglares y casadas. En los monasterios donde trató (dejados los de su Orden, donde fue Prelado, particularmente de las religiosas) fue muy conocida la reformación que con su doctrina, ejemplo, consejos y pláticas causó. En las casas en donde entraba, se veía luego con cuantas veras trocaban sus costumbres y trato seglar en recogimiento y devoción, como si de casas profanas se hubieran convertido en monasterios. Las personas que llegaban a él, luego dejaban el común trato del mundo y se convertían en muy espirituales y siervos de Dios¹⁵⁵.

Santo Tomás predicaba con la palabra, pero sobre todo lo hacía con el ejemplo. El buen predicador es aquel que practica lo que predica. En uno de sus sermones nos dirá:

¹⁵³ Salón, *op. cit.*, p. 31.

¹⁵⁴ Francisco de Quevedo, *op. cit.*, pp. 49-50.

¹⁵⁵ Salón, *op. cit.*, p. 36.

Quién predica bien y obra mal, enseña condenándose a sí mismo¹⁵⁶.

Procuraba con sumo estudio fortalecer la doctrina y erudición, añadiendo estribos de virtud y vida más severa, para ayudar con palabra y obra a la Iglesia de Dios; y alumbrar a los hombres con su ejemplo para vivir bien y bienaventuradamente. Por lo cual en un punto llenó a toda España el célebre nombre de Fray Tomás de Villanueva; y con el sonido de la santidad y extremada religión, no solo asombró toda esta orilla del orbe español y la misma Corte Real, pero penetró el mismo Palacio del Príncipe. Con lo cual el Cristianísimo Emperador y Rey Católico de las Españas, Carlos V Señor nuestro, y su Augusta Esposa, deseando oírle predicar, le llamaron no pocas Cuaresmas, y en otros muchos días festivos, y declararon aquellos Cristianísimos Príncipes con significación clara, que con sus sermones sentían en su alma gran consuelo. Lo que a mí me parece como milagro, dice el P. Muñatones, es, que acudían a porfía a sus sermones, picados del Espíritu como de tábano, de todo orden de hombres, y de todo estado, y condición de gente. Dejo ahora el vulgo innumerable de la muchedumbre mezclada, que como sin saber de sí; se encendía en piedad también dejó los próceres y los grades y cualquiera Majestades y varones señalados con el Orden de Caballería militar; y que todos, arrebatados con increíble ardor se conmovían a buscarle ; pero (esto es lo que hace causarme más admiración) arrebataba tras sí de donde quiera a los hombres Letrados y a los grandes Predicadores, a los Fraile de casi todas las Religiones y, finalmente, a los varones llenos de letras y erudición, con ansia y deseo de oírle, como olvidados de sí; cosa de verdad dignísima de grande admiración, poder satisfacer tan bastantemente a tan diversos ingenios de hombres con una misma oración. Ellas son fuerzas divinas de la verdad pura y virtud sencilla. De estas cosas, insiste el 1. “Muñatones, yo soy testigo de vista, que diligentemente cuidaba no faltar, por causa alguna de sus sermones”¹⁵⁷.

El padre Miguel Salón nos habla de muchas personas, de cualquier edad, sexo y condición social, que cambiaron de vida al escuchar sus palabras o al conocer su vida. Citaremos alguno de estos.

Un Arcediano de Burgos oyendo su doctrina, determiné confesarse con él y tomarle por maestro de su alma; hizo tal efecto en ella, que dejando del todo el siglo, su dignidad y hacienda, entró en religión, vivió y murió en ella como muy gran religioso (...) Un boticario de Burgos, por el mismo medio dejó el mundo y distribuyó todos sus bienes y hacienda entre los pobres y se hizo clérigo, y vivió tan recogido y con tan grande virtud y ejemplo, que murió también con opinión de Santo. En señoras muy principales hizo particularmente grandes provechos con sus amonestaciones y consejos, y con las reglas que les daba en la confesión, y fuera de ella, para regir sus almas y conciencias (...) Con la doctrina y el ejemplo de este siervo de Dios, Doña Elena de Pesquera, señora muy principal, dejó el siglo y se entró en el monasterio de Santa Ma-

¹⁵⁶ *Opera Omnia*, vol. 1, Manila, 1881, pp. 478-482.

¹⁵⁷ Juan de Muñatones, *op. cit.*, pp. 313-314.

ría la Real de las Huelgas de Valladolid, donde fue tan grande religiosa, que por serlo tanto, vino (con huirlo mucho) a ser priora de aquel monasterio, y con su religión y ejemplo hizo grande bien en aquella casa¹⁵⁸.

Dedicaba mucho tiempo a la oración, encomendando a Dios el fruto de sus predicciones, acompañándolas de ayunos y disciplinas, intercediendo por los pecadores.

12. INFLUENCIA EN EL CONCILIO DE TRENTO

Sin lugar a duda, Tomas de Villanueva era uno de los seleccionados para representar el Episcopado Español y a la Orden Agustiniiana en el Concilio de Trento. Así lo deseaban el emperador Carlos, el príncipe Felipe y el padre general Jerónimo Seripando¹⁵⁹.

Si nos fijamos en las cartas que el santo dirige al príncipe Felipe y a su padre el emperador Carlos V, constataremos la amistad que le unía a ambos monarcas y el empeño que pusieron para que el arzobispo de Valencia asistiese a la asamblea conciliar. Solo cederán ante causas graves y de mucho peso: “Las necesidades de la Iglesia de Valencia fueron la causa decisiva que lo dispensó de asistir al Concilio en su primer período; y una grave dolencia física lo que le impidió de todo punto hacerlo en el segundo¹⁶⁰”.

El día 20 de marzo de 1545 contesta a una carta de Felipe I agradeciéndole la dispensa de asistir al Concilio:

Recibí la carta de Vuestra Alteza de 8 del presente, y con ella muy gran merced y beneficio de excusarme por ahora la ida al Concilio, no tanto por el trabajo, porque de muy buena gana lo pasara para cosa tan santa y tan importante a la fe y a la religión cristiana, más por el daño y perjuicio grande que esta diócesis recibiera agora en el principio con mi ausencia, porque cierto tiene gran necesidad de prelado que resida, no solamente por los nuevos convertidos, mas para todo el otro pueblo cristiano, según creo que Vuestra Real Alteza estará bien informado¹⁶¹.

Parece que esta dispensa no agradó al emperador, por eso le escribe a Fray Tomás de Villanueva urgiéndole que parta cuanto antes para Trento. Este, siempre respetuoso, le contesta con una carta fechada el 8 de junio de 1545, agradeciéndole la confianza que en él deposita, a la vez que lamenta dejar abandonada la diócesis:

¹⁵⁸ Salón, *op. cit.*, pp. 36-40.

¹⁵⁹ Cf. David Gutiérrez, “Los Agustinos en el Concilio de Trento”, en *La ciudad de Dios*, 158, 1946, pp. 389 y ss.

¹⁶⁰ David Gutierrez, *op. cit.*, p. 499.

¹⁶¹ F. Javier Campos, *op. cit.*, *Carta al príncipe Felipe*, 20-III-1545, pp. 67.

Recibí la carta de Vuestra Majestad de 5 de mayo, por la cual me manda que vista luego me ponga en orden, y apareje, y con toda brevedad me parta para el Concilio que se celebra en Trento (...) y en esta jornada de ninguna cosa tengo pena sino de la mucha falta que se hará en esta diócesis con mi ausencia por la mucha necesidad que tenía de prelado y el provecho que se mostraba en este principio de nuestra visitación, más pues Dios ordena otra cosa y Vuestra Majestad lo manda, esto debe ser mejor¹⁶².

El propio Felipe II cambia de actitud, y en carta del 4 de junio le manda “que apareje luego para ir al Concilio que se celebra en Trento”. Tomás de Villanueva muestra las mismas actitudes de servicio que lo hiciera con el Emperador, pero una vez más se lamenta de dejar huérfana a la diócesis.

De ninguna cosa siento pena sino del daño muy grande que esta diócesis ha de recibir con mi ausencia, porque cierto se mostraba algún fruto con esta visitación que había comenzado a hacer y prosiguiéndola se esperaba muy mayor; más pues por Su Santidad y Su Majestad siendo ya informados de la necesidad desta diócesis, mandan que vaya esta jornada, esto debe ser lo mejor, y así con toda voluntad lo cumpliré¹⁶³.

Parece ser que los informes enviados por el arzobispo sobre la grave situación en que se hallaba la Diócesis de Valencia impresionaron tanto al emperador Carlos V al príncipe Felipe, que cambiaron de parecer, como se deduce de las cartas que el santo escribe a Felipe I el 10 de marzo y el 12 de abril de 1547 para defenderse de las acusaciones de rebeldía que algunos padres conciliares formulan contra él, y por ellas podemos constatar las órdenes que ambos monarcas dieron para que Tomás de Villanueva no fuese al Concilio y que permaneciese al frente de su diócesis.

Vuestra Alteza sabe muy bien que yo, aunque viejo y puesto en edad, que bastara para me excusar desta jornada, no he ido por ordenación de su Majestad; y por muchas cartas que he escrito a su Majestad y a Vuestra Alteza que siempre que mandaren ir, dejadas todas las cosas iré de muy buena voluntad teniendo por cierto que Su Santidad y Su Majestad tenían dada orden de los prelados que habían de ir y de los que habían de quedar. Y pues esto es así, cosa justa es que Vuestra Alteza escriba a Su Majestad que mande responder por mí y por los otros prelados que hemos dejado de ir al Concilio por su mandamiento y ordenación, porque si Su Majestad me mandare ir, como hasta aquí he escrito, estoy aparejado para cumplir su mandamiento (...) Y no es justo que por obedecer a Su Majestad recibamos detrimento sus servidores y capellanes¹⁶⁴. Estas mismas acusaciones de rebeldía que le llegaban a través del Obispo de Huesca, las constatamos en la carta que escribe al Príncipe Felipe II con fecha 12 de abril de 1547.

¹⁶² F. Javier Campos, *op. cit.*, *Carta al Emperador Carlos V*, 8-VI-1545, pp. 81-82.

¹⁶³ F. Javier Campos, *op. cit.*, *Carta al Príncipe Felipe II*, 8-VI-1545, p. 88.

¹⁶⁴ F. Javier Campos, *op. cit.*, *Carta al Príncipe Felipe II*, 10-III-1547, pp. 111-112.

En esa misma carta le pide al Príncipe que le defienda ante as acusadores y exponga las verdaderas razones por las cuales no ha acudido al Concilio. “Al muy alto y poderosos Señor el Príncipe nuestro Señor Muy alto y muy poderoso Señor: El Obispo de Huesca que tiene mi procuración en el Concilio me ha escrito que proceden contra mí y me han acusado de rebeldía por no haber ido al Concilio. Vuestra Alteza sabe muy bien que yo siempre he estado aparejado para ir y así lo he escrito a Su Majestad y a Vuestra Alteza, y por su mandato y ordenación ha cesado nuestra ida. Y puesto es así, cosa justa es que Su Majestad mande responder por los otros prelados y por mí en el Concilio, teniendo por cierto que lo que Su Majestad manda es orden y voluntad de Su Santidad. Y así humildemente suplico a Vuestra Alteza mande escribir a Su Majestad”¹⁶⁵.

La razón por la que no asistió a la primera etapa del Concilio de Trento está clara: atender como pastor a su diócesis que en esos primeros momentos le necesitaba. Su opinión estuvo respaldada por los estamentos de la ciudad y del reino, como consta en una carta que él dirige al emperador Carlos V el 19 de junio de 1545: “Acá he sabido que los estamentos de la ciudad y reino despachan un correo para suplicar a Vuestra Majestad sea servido de mandarme quedar, porque les parece que mi residencia en este arzobispado hará provecho”¹⁶⁶.

En la segunda etapa del Concilio la diócesis ya estaba encarrilada y su presencia en Valencia no era tan imprescindible como al principio. El estaba ilusionado por asistir al Concilio, pero los achaques de la edad y una enfermedad le impedirán cumplir sus deseos. En una carta dirigida a Carlos V el día 14 de marzo de 1551, se expresa así:

Por otras dos cartas he escrito a y. AL el impedimento que tengo para no poder ir al Concilio por ciertas indisposiciones corporales allende la edad, especialmente una que del todo impide y estorba caminar tan largo camino, como micer Ángel de Bas, portador de la presente, más por extenso informará si Vuestra Majestad desto quisiera ser más informado¹⁶⁷.

De nuevo le escribe el día 5 de mayo reiterando la excusa de ir al Concilio por los mismos motivos: la edad y la enfermedad:

Cuando pude ir, Vuestra Majestad se acordará cuan de buena voluntad me ofrecí dos veces que fui llamado. Y pues Dios lo ha ordenado así que después he incurrido en estas indisposiciones que me estorban el camino, suplico a Vuestra Majestad sea servido

¹⁶⁵ F. Javier Campos, *op. cit.*, *Carta al príncipe Felipe II*, 12-IV -1547, pp. 117-118.

¹⁶⁶ F. Javier Campos, *op. cit.*, *Gana al Emperador Carlos V*, 19- VI- 1545, p. 92.

¹⁶⁷ F. Javier Campos, *op. cit.*, *Carta al Emperador Carlos V*, 14-III-1551, p. 137. En la carta que dirige al emperador Carlos V el día 8 de junio de 1545 hace alusión a estos achaques: “puesto que soy entrado en edad y tengo algunas indisposiciones para tan largo camino”. *Op. cit.*, pp. 81-82.

de aceptar mi acusa tan legítima y forzada. Y porque conste a Vuestra Majestad desta indisposición y enfermedad envió con ésta un testimonio, el cual también se ha enviado al Concilio de Trento¹⁶⁸.

En carta del 12 de septiembre del mismo año agradece al príncipe Felipe su comprensión y la aceptación de sus excusas, empleando una fórmula de la época. Con toda seguridad que el emperador Carlos compartía la opinión de su hijo: “Mil veces beso los pies y manos de Vuestra Alteza al aceptar mi excusa de no ir al Concilio, aunque ella es muy verdadera y legítima¹⁶⁹”.

Después de todo lo expuesto podemos decir que Santo Tomás no asistió al Concilio de Trento. ¿Pero podemos afirmar que Santo Tomás no influyó en la elaboración de los documentos del Concilio? Sin duda alguna el arzobispo de Valencia se hizo presente en las decisiones aprobadas a través de los representantes españoles. En carta a Felipe II del 20 de marzo de 1545 se nos constata que Santo Tomás envió sus poderes y sus informes por medio de los obispos de Lérida y Huesca que iban en representación de los reinos de Aragón y de Valencia¹⁷⁰. El 7 de mayo envía copia de estos informes al propio príncipe, como se indica en carta fechada el mismo día:

“Yo procuré luego de juntar la congregación que Vuestra Alteza mandó hacer, donde se hicieron estos memoriales¹⁷¹, que van juntamente con ésta, de las cosas que se debe proveer en el Concilio para el bien desta diócesis y de otras¹⁷²”. ¿A qué cosas se refiere? Sin duda alguna, una de las cosas que más le preocupaba era la Reforma: “¡reforma de la Iglesia por tanto tiempo deseada y nunca concertada! ¡Qué dicha si nos fuera otorgado verla con nuestros ojos antes de morir!”¹⁷³.

Es consciente de que la reforma del pueblo llano tiene que venir precedida e impulsada por la reforma de sus pastores; esta solamente se conseguirá con la oración y una formación esmerada.

¹⁶⁸ F. Javier Campos, *op. cit.*, *Carta al Emperador Carlos V*, 5-V-1551, p. 142. Este testimonio que fue enviado con esta carta es un acta notarial, firmada por Juan Alemany, notario de la ciudad de Valencia, en la cual certifican varios testigos sobre la enfermedad del señor arzobispo, entre ellos su médico personal Dr. Juan Reyner, el cual afirma que “le ha visitado de muchas enfermedades, y especialmente de dos años poco más o menos le ha sobrevenido una quebradura en la ingle, la cual es antigua y muy grande”, *op. cit.*, p. 147.

¹⁶⁹ F. Javier Campos, *op. cit.*, *Carta al Príncipe Felipe II*, 12-X-1551, p. 168.

¹⁷⁰ F. Javier Campos, *op. cit.*, *Carta al Príncipe Felipe II*, 20-1-1545, p. 68.

¹⁷¹ (1958) 626-635. Sobre los Memoriales que envió santo Tomás de Villanueva al Concilio de Trento, puede consultarse el artículo de Luis Álvarez “Santo Tomás de Villanueva y el Concilio de Trento” en *La Ciudad de Dios*.

¹⁷² F. Javier Campos, *op. cit.*, *Carta al Príncipe Felipe II*, 7-V-1545, p. 74.

¹⁷³ S. Thomae a Villanova Condone, *op. cit.*, t. 1, Con In Feria V post Dominicam I Quadragesimae. Col. 302.

No vamos a caer en la ingenuidad de pensar que solo Santo Tomás influyó en la estructura del seminario tridentino. Es cierto que existen varios seminarios pretridentinos, pero el Colegio Mayor de la Presentación es uno de los seminarios mayores mejor organizados y orientados a la formación completa del futuro pastor de almas. Podemos afirmar con toda seguridad que entre los apuntes y recomendaciones que sus representantes –los obispos de Lérida y Huesca– llevaron al Concilio de Trento no faltó un programa de reforma¹⁷⁴ y dentro de este programa estaba el seminario tomasino.

En el canon 18 de la sesión vigésimo tercera se decreta la creación de los seminarios diocesanos y se determinan las condiciones que deben reunir para la debida formación de los clérigos¹⁷⁵. Hay normas que se asemejan a las que regían el Colegio tomasino. Se habla de un Colegio diocesano, destinado, como seminario, a la formación de los ministros de Dios. Se preferirá a los hijos de los pobres¹⁷⁶. Tienen que reunir una serie de cualidades que permitan abrigar la esperanza de desempeñar durante toda su vida el ministerio eclesiástico¹⁷⁷. Se les hace llevar hábito clerical. Se les traza un programa de estudios. En cuanto a las prácticas de piedad se le exige al obispo que les facilite la práctica de los sacramentos de la Eucaristía y de la Penitencia¹⁷⁸.

Como medios para que se cumplan las normas, se recomiendan las frecuentes visitas del obispo, la corrección y el castigo, y, si fuese necesario, la expulsión. También se descende a lo económico, designando al obispo como máximo responsable de dicha gestión¹⁷⁹.

Si nos fijamos en las instrucciones del Concilio sobre los seminarios y en las Constituciones del Colegio de la Presentación encontraremos bastantes puntos de coincidencia entre el seminario tridentino y el fundado por Santo Tomás de Villa-

¹⁷⁴ “A este respecto nuestra única fuente de información es el P. Salón, cuyas afirmaciones, sin embargo, en éste como en otros puntos, deben tomarse con cierta cautela. En efecto, si fuéramos a creerle, la influencia que ejercieron los memoriales del santo arzobispo de Valencia en Trento fue muy grande, y decisiva en las cuestiones de reforma, hasta el punto de ser la guía y el norte del Concilio en las cuestiones de reforma”, en Luis Álvarez, *op. cit.*, p. 634.

¹⁷⁵ *Conc. Trid.*, vol. IX, pp. 628 y ss, sesión XXIII, canon 18.

¹⁷⁶ “Deben ser preferidos los hijos de los pobres”, *Conc. Trid.*, vol. IX, 628.

¹⁷⁷ “Serán recibidos en dicho centro los jóvenes que haya, por/los menos de doce años, sean hijos de matrimonio legítimo, sepan leer y escribir correctamente, y, por su carácter y buena voluntad, permitan abrigar esperanzas fundadas de que perseverarán durante toda la vida en el ministerio eclesiástico”. *Conc. Trid.* Ídem.

¹⁷⁸ “Usarán desde el primer momento hábito clerical; aprenderán gramática, música, cuentas y lo concerniente a las Bellas Artes. Estudiarán asimismo la Sagrada Escritura, los Libros Eclesiásticos, los Homilias de los Santos y todo lo referente a la administración de los sacramentos, en especial de la Confesión. En general se instruirán en los Ritos y Ceremonias de mayor aplicación de la Iglesia. Procure el Obispo que asistan diariamente a la Santa Misa y que confiesen mensualmente sus pecados; comulguen según el consejo de su confesor”, *Conc. Trid.* Ídem.

¹⁷⁹ “Para lograr el cumplimiento de las obras establecidas, los obispos girarán visita con cierta frecuencia al Seminario. Castigarán severamente a los díscolos e incorregibles y sembradores de malos ejemplos, llegando, incluso, si es necesario, a su expulsión”, *Conc. Trid.* Ídem.

nueva y destinado a formar sacerdotes para atender a la diócesis de Valencia. Debemos, concluir, por tanto, que al arzobispo de Valencia contribuyó, junto con otros obispos y clérigos españoles¹⁸⁰, a la puesta en marcha de una de las obras que más han contribuido a la reforma de la Iglesia: los seminarios.

13. HA MUERTO UN OBISPO POBRE, PERO UN GRAN SANTO

Enfermo y cansado hizo todo lo que estaba en sus manos para renunciar al Arzobispado, por el bien de la Diócesis y por el bien de su alma. Su deseo era volver al convento para prepararse a bien morir. Escribió muchas veces al emperador pidiéndole que le diese licencia para ello, pero su majestad le entretenía con buenas respuestas. El año 1554 se dirigió al emperador con una carta, exponiéndole detalladamente los motivos de su renuncia. El emperador, que se encontraba entonces litera de España, le contestó que en la primavera del año siguiente, 1555, volvería a España y se verían y tratarían lo más conveniente al servicio de Dios y trataría de aliviar su desconsuelo. En febrero de 1555 tuvo noticias de que el emperador era esperado en Barcelona y allí envió al maestro Porta con cartas en las que le rogaba que viniese a Valencia. Efectivamente, a principios de marzo llegó a Barcelona y recibió las cartas del padre Tomás, pero no pudo ir a Valencia, pues tuvo que dirigirse a Zaragoza porque algunos asuntos urgentes requerían su presencia en Aragón. No obstante, le contestó, por medio del maestro Porta, que desde Valladolid le respondería y consolaría. El padre Tomás, sintiéndolo mucho, para llevar aquella pena con la paciencia debida y consuelo del cielo, acudió (como solía en todas sus cosas) a pedirle a Nuestro Señor en su oratorio, delante de la imagen de aquel santo crucifijo, que era su ordinario refugio, y le pidió que se apiadase de su aflicción, pues sabía su divina majestad que no deseaba renunciar al arzobispado por huir del trabajo, sino por llegarse más a su divina bondad en la quietud y paz de su religión y asegurar más la salvación de su alma, y que moviese el corazón del emperador para que le concediese lo que tantas veces le había duplicado. Continuaba aquella oración y algunas noches las pasaba enteras con mucho fervor, lágrimas y algunas disciplinas, temiendo que no merecía ser oído por sus pecados. Una noche estando en este ejercicio, le habló aquel santo crucifijo, y al acabar de decir con mucha devoción entre otros salmos el del Miserere en latín le dijo también en latín a aquella santa imagen: “Aequo animo esto, in die Nativitatis Matris meae venies ad me, et requiesces”, que quiere decir: “Confortaos, tened buen

¹⁸⁰ El padre Villoslada, en su obra *Historia de la Iglesia*, nos habla de varios colegios españoles que previamente al Concilio de Trento se dedicaban a la preparación y formación de los futuros clérigos y sacerdotes. Cf. Ricardo García Villoslada y Bernardino Llorca, *Historia de la Iglesia*, Madrid, 1960, pp. 632.

ánimo y quieto, porque el día de la Natividad de mi Santa Madre vendréis a gozar de mi compañía y descansaréis”¹⁸¹. Y fue así.

Quedó con aquella singular merced muy consolado y alegre; y aunque siempre, como buen siervo, vivió preparado para cualquier hora en que el Señor le llamase, desde aquel día que tuvo aquel celestial y milagroso aviso, se preparó de un modo especial.

Efectivamente, llamó por Pascua al tesorero y revisó las cuentas con él y comprobaron que en aquella cuaresma, después de dar las limosnas ordinarias a los pobres, habían sobrado mil escudos. Le mandó doblar lo que solía dar cada mes al limosnero, hasta que fue gastado todo eso en limosnas y aumentó también las que hacía él mismo con sus propias manos. Durante ese tiempo hizo la oración con más fervor y más horas, aunque en todo tiempo fueron sus pláticas y palabras de grande edificación y espíritu. Aunque en estos santos y religiosos ejercicios empleó el padre Tomás los once años que le gozó Valencia, después que tuvo aquel aviso se dedicó a ellos con más fervor, devoción y caridad más perfecta desde los últimos días de marzo del año 1555, hasta los últimos días de agosto del mismo año.¹⁸²

El día 28 de agosto celebró con toda solemnidad la fiesta de San Agustín, a quien él amaba y se encomendaba tanto como verdadero hijo suyo. El día siguiente, día 29, ya no pudo celebrar la santa misa. Enfermó de esquinencia (de una angina de pecho), procedida de largos estudios y desvelos y penitencias. Le sobrevino una calentura; y viendo que perseveraba el mal, o sabiendo, como se debe creer, que ya se llegaba la hora de acabar de morir en este mundo y de empezar a vivir en el otro, ordenó que le trajesen en procesión, para ejemplo de todos, el Santísimo Sacramento. Lo recibió de manos del obispo Cebrián, e hizo una confesión general; previno la postrer hora con tantas diligencias quien toda la vida gastó en facilitar este punto, y quien le salió a recibir, como hemos visto, desde la cuna. Esto fue el segundo día de septiembre. El jueves siguiente, tres días antes del nacimiento de Nuestra Señora, los médicos hallaron en él mejoría; y con esta nueva resucitó la ciudad, que poco a poco iba desmayando con el dolor. Mas el santo, a quien no quiso Dios Nuestro Señor esconder este último advenimiento, ordenó al obispo Cebrián, así como al canónigo don Miguel Vique y a Fray Pedro de Salamanca, que con su limosnero y tesorero se encargasen de cinco mil ducados que tenía en la sacristía del Aseo, diciéndoles:

Bien saben el amor que me deben, y yo confieso que siempre me han ayudado y consolado en todo aquello que como buenos ministros del Señor y verdaderos hermanos se me ha ofrecido. Hoy se me ofrece la última cosa de importancia y el mayor negocio de mi alma, y así se lo encargo: llamen a los limosneros de las parroquias, y

¹⁸¹ Salón, *op. cit.*, p. 325.

¹⁸² Cfr. Salón, *op. cit.*, pp. 324-326.

con ellos a toda diligencia, con todo cuidado y amor, guardando el decoro a los pobres envergonzantes, y considerando las más urgentes necesidades, repartan esos cinco mil ducados que me quedan en mi poder; y por reverencia de Dios no me vuelvan aquí con un dinero sólo, que en ese estará mi desconsuelo y angustia. Y si hoy no fuere posible acabarse, dispónganlo de suerte, que mañana temprano me den este buen día que deseo.

Enternecidos, y derramando lágrimas y dineros, socorrieron a toda la ciudad; y entendiendo la despedida del santo prelado, nadie en la limosna (con ser en universal la mayor que se ha visto) recibió tanto socorro como desconsuelo. No fue posible por aquel día, aunque lo procuraron, despachar todo el dinero. Vinieron a darle cuenta de lo que se había hecho, y que habían sobrado mil y doscientas libras. Mostró gran dolor de ver dinero de pobres en otro poder que en el de la necesidad, y con lágrimas y suspiros dijo: “Amigos, no me esté en casa este dinero esta noche: búsquense otros pobres, déseles luego, que suyo es; o llévese al hospital, y volvedme con la nueva de que está repartido”.

Para sosegarle dijeron que se diese a las amas de los niños que él sustentaba; dijo que ya por dos años estaba eso proveído y situado. Tal prisa les dio, que tras dormir dos horas, tomaron a hacer su limosna y diligencias; y así, volviendo a la mañana, víspera de nuestra Señora, a visitarle, le dijeron que ya todo estaba dado a pobres, sin que hubiese sobrado un dinero. Respiró, se alegró y alzó la voz, diciendo: “¡Oh cuánto habéis aliviado este espíritu y descansado mi postrer negociación! Dios os dé el consuelo que de vuestras manos he recibido”.

Y vuelto a un crucifijo, que siempre tuvo consigo, donde se cifró su camarín y su recámara, le dijo con lágrimas de gozo, en voces agradecidas, con un esfuerzo apostólico:

Estas ovejas, que tanto os costaron, me encargastes; pedido os he con lágrimas favor para poder y saber gobernarlas. Por ellas no me he excusado de algún trabajo, ni me ha sido molesto ningún cuidado y persecución; de la hacienda suya, que he sido administrador, ni les soy a cargo nada, ni en mi poder queda alguna cosa, ni se la he hecho desear, ni gastádola por mi albedrío, sino por la necesidad suya. Infinitas gracias os doy, que por vuestra misericordia puedo decir que muero pobre.

Le rebajó un poco este contento el tesorero al decirle que aquel día había cobrado cierto dinero, y que los muebles de su casa estaban por dar. “¡Oh buen criado, que acordaste mandar a tu amo, sabiendo que no habías de ser partícipe dellas!”.

El santo, tras apartar de sí todo lo que le defendiese de morir en la mayor pobreza, ordenó que sus muebles se llevasen al rector del colegio que había hecho. Les dio reliquias, que hoy veneran; no preseas. Mando repartir el poco dinero que se había cobrado entre sus criados, que eran de Valencia y más pobres que todos. Dio a un

pobre la cama en que estaba, y al acordarse de que al habérsela mandado no era suya, sino del pobre, le dijo: “Hermano, dadme licencia para morir en esta cama vuestra; sino bajáreme a morir en el suelo, y acercáreme más a la sepultura”.

Dos días antes de su muerte vinieron de parte del cabildo con igual sentimiento y devoción a suplicarle se mandase enterrar en su iglesia, codiciosos de tenerlo siempre consigo; mas el santo religioso no lo concedió, estimando mucho la caricia de sus hijos; y se excusó diciendo que era fraile de San Agustín, y que ya que el arzobispado le había sacado de su convento, quería que la muerte le restituyese a su religión; y así lo ordenó.

El sábado por la noche, víspera de Nuestra Señora, habiendo estado un rato a solas tratando de su partida con Dios, mandó le trajesen la Extremaunción a las diez de la noche. Él respondía a todo y rezaba los salmos con los eclesiásticos.

El domingo, día del nacimiento de Nuestra Señora, llamó al obispo Cebrián y le dijo: “A mí me quedan pocas horas de vida; despidámonos en la mesa que Cristo se despidió de los suyos. Póngase un altar aquí y dígase luego una misa”.

Así fue, y la oyó. Al decir *Sanctus* tenía ordenado que le alzasen la cabeza para poder ver el altar. Cuando alzaron, asistió con gran copia de lágrimas. Empezó luego a decir el salmo *In te, Domine, speravi*, etc.: “En ti esperé, Señor” (Salmo 31, 1); con mucho espacio, siempre con abundancia de lágrimas, llegó a decir el verso último: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum* (Salmo 31, 6 y Lc. 23, 46). Y cuando acabó, que fue cuando el sacerdote acabó de consumir el Santísimo Sacramento, expiró; que parece que la muerte fue aguardando con respeto a que él dijese que encomendaba su alma en las manos del Señor, y que su vida y la sangre de Cristo aun tiempo se consumiesen.

La noticia de su muerte se divulgó milagrosamente. Por la ciudad no se oía otra cosa sino gritos, lloros y sollozos en todas personas y estados; parecía haber llegado la ruina de la ciudad. No hubo en todo el reino quien no perdiese padre y maestro y amparo. Cerraron las puertas del palacio para componer el cuerpo: le vistieron de pontifical, abrieron las puertas y entraron por ellas toda la ciudad, y cayeron avenidas de lágrimas sobre su cuerpo. Concurrieron más de ocho mil pobres que remedió¹⁸³. No dejaban decir el oficio los pobres con gritos y alaridos; y con esto decían los pobres su oficio, que había sido verdadero arzobispo.

Lo llevaron a Nuestra Señora del Socorro, donde se mandó enterrar en la sepultura ordinaria de los religiosos; mas el cabildo ordenó que se pusiera en medio de la capilla mayor, en frente de Nuestra Señora, con un busto suyo de piedra; donde está atesorado aquel bendito cuerpo, que fue alojamiento de alma tan favorecida de Dios, y que tanto codició para sí, pues vivió de suerte, que en un instante que tardara en

¹⁸³ Los últimos momentos y la muerte de nuestro santo los he recogido de la obra de Francisco de Quevedo *Vida de Santo Tomás de Villanueva*, op. cit., pp. 71-75.

morir, dejara de vivir más tiempo que había vivido. Allí fue, resucitando muertos, sanando ciegos, librando endemoniados y ejercitando la caridad desde la sepultura, y continuando la caridad de verdadero padre y prelado. Al desaparecer dicho convento, sus restos se conservan en la Santa Iglesia Catedral de Valencia, en la capilla a él dedicada.

Después de muerto se apareció al maestro Porta y al obispo Cebrián, que solos en una casa, cada uno en su aposento, estaban llorando su muerte. Lo vieron vestido con su hábito de San Agustín. Les preguntó por qué le lloraban; los consoló con la vista y con las palabras, asegurándoles su descanso y gozo; y desapareció. El uno al otro se contaron la aparición.

Otra vez, habiendo cuando murió cuidado de ajustar con los arrendadores las rentas del arzobispado, que para tales plazos pagarían su débito, y habiendo tomado palabra a uno que precisamente pagaría su resta para Navidad, por convenir a la necesidad de los pobres así; y como después de muerto el santo no lo cumpliera, el día de los Reyes le apareció, y le dijo que cómo se atrevía a usurpar la hacienda de los pobres por remediar sus tratos: que luego lo restituyese y pagase; donde no, que Dios Nuestro Señor lo cobraría con castigo digno de su enojo. No pagó; y el día de la Purificación de Nuestra Señora, estando en su cama, tomó a aparecerle, y con aspereza le riñó diciendo: “¿Os falta para los pobres? Temed que os falte la de Dios. Si pensáis que soy muerto, os engaños; que nunca fui vivo sino ahora, y aún cuido de los pobres”. Diciendo esto, mandó a un compañero que traía consigo le castigase: lo que hizo con una disciplina severamente. El hombre pidió perdón y se enmendó, y fue y depuso de su culpa y del castigo y aparecimiento. Lo vio una mujer en una gran necesidad, en que la socorrió, y después todos los días se iba a rezar y llorar sobre su sepultura. Ni llegó pobre por socorro ni enfermo por salud, a quien desde el túmulo no socorriese; porque se vea que por premiar su celo permite Dios Nuestro Señor que el ejercicio de su caridad no tuviese el límite común de la muerte¹⁸⁴.

14. SANTO TOMAS DE VILLANUEVA: UN SANTO ACTUAL

Después de estudiar la figura de Santo Tomás de Villanueva y de reflexionar sobre las Constituciones del Colegio Mayor, por él fundado, llegamos a la conclusión de que el fraile agustino y arzobispo de Valencia sigue siendo actualidad. Es cierto que algunas de sus normas están desfasadas, pero otras pueden ayudar a clarificar posturas oscuras y desorientadas que desconciertan a los jóvenes aspirantes al sacerdocio y a la vida religiosa.

¹⁸⁴ Cf. Francisco de Quevedo, *Vida de Santo Tomás de Villanueva*, Ed. Revista Agustiniana, Guadarrama, Madrid, 2005, pp. 71-77.

En nuestros seminarios necesitamos definir bien los objetivos de los candidatos y luego exigir los medios adecuados para conseguir esos objetivos. En este sentido Santo Tomás es un buen maestro. Los jóvenes que ingresan en el Colegio Tomasino deben tener muy claro su objetivo: ser sacerdotes al servicio de la diócesis. Cualquier otra intención queda descartada por muy honrada que sea. En los años de su formación los candidatos encontrarán dificultades y contratiempos, por eso el santo nos invita a poner en práctica los medios oportunos para salvar los obstáculos que impidan llegar a la meta.

Aparentemente, nos pueden resultar unas constituciones exigentes y demasiado legalistas e incluso frías, pero no olvidemos el contexto social y religioso en que fueron escritas. Tienden a atajar los males de la época y a conseguir unos fines bien concretos:

Formar sacerdotes virtuosos e intelectualmente bien preparados para que puedan ayudar a los fieles a ser buenos cristianos. Debajo de esa redacción se esconde el amor, la comprensión y el celo del obispo de los pobres, que como buen religioso aprendió en la escuela de Agustín¹⁸⁵.

Si tuviéramos que resaltar tres facetas de Santo Tomás de Villanueva para iluminar y entusiasmar a la sociedad actual, nos centraríamos en tres aspectos. En primer lugar, en su preparación intelectual: alumno aplicado, profesor y educador modelo. Como alumno fue brillante en la Universidad de Alcalá. Como profesor triunfó en esa misma universidad en calidad de catedrático de Lógica. Como educador y formador lo avalan el Colegio-Seminario de la Presentación, fundado por él –antes del Concilio de Trento– para formar a los futuros sacerdotes, la catequesis con el clero de Valencia y sus predicaciones a los fieles. Tenía a conciencia de que el estudio es algo esencial al ser humano para poder realizarse como persona y como cristiano, ser útil a la humanidad y no ser manipulado. La Orden Agustiniiana lo ha nombrado Patrono de los Estudios de la Orden.

En segundo lugar, destacaríamos sus dotes para gobernar, animar y convencer: lo demuestran los cargos que desempeñó como religioso en la Orden Agustiniiana y como arzobispo al frente de la Archidiócesis de Valencia. En ambas organizó, reformó y convenció, con su doctrina y con su ejemplo. La comprensión y el amor precedían a la corrección.

Cuentan que un día llamó a un sacerdote para corregirle de algunos fallos o faltas y le dijo: “Yo soy el que tengo la culpa de que usted no quiera enmendarse, porque no he hecho penitencia por su conversión, por eso no ha cambiado”. Y quitándose

¹⁸⁵ Podemos acudir para constatar esta realidad a las obras que sobre santo Tomás de Villanueva ha escrito el agustino Argimiro Turrado, “La Teología de la caridad en Santo Tomás de Villanueva, maestro de espiritualidad agustiniana”, en *La Ciudad de Dios*, 171, 1958, pp. 564-598, y *Espiritualidad agustiniana y vida de perfección. El ideal monástico agustiniano en Santo Tomás de Villanueva*, Madrid, 1966.

la camisa, empezó a darse disciplinas hasta derramar sangre. El sacerdote se arrodilló llorando y pidió perdón, y desde ese día mejoró totalmente su conducta. Fue un verdadero padre y pastor.

Y en tercer lugar destaca su amor por los necesitados y marginados, por lo que ha pasado a la historia como el Obispo de los Pobres. Era limosnero, pero a su limosna siempre acompañaba el diálogo, la comprensión y la acogida fraterna. Fue tan pobre que murió en “una cama prestada”, pues cuando estaba ya agonizando, y llamó un pobre a la puerta pidiendo limosna, el hermano portero se dirigió a él y quiso despedirle ante la situación en que se encontraba el santo, pero este le recriminó y le pidió que mandase pasar al mendigo. Cuando este estaba junto a él, le dijo: “Ya no tengo nada –había repartido todo–, solo tengo esta cama, es tuya pero déjame morir en ella”. Cuentan que cuando murió el santo, el mendigo se llevó la cama, como limosna del santo. Son muchos los cuadros en los que aparece repartiendo limosnas. Las estatuas que encontramos en los distintos lugares de Valencia dan testimonio de ello. Lo sorprendente es que la ciudad de Valencia no haya dedicado una calle o una plaza a su nombre. Creo que bien se lo merece, por el bien que hizo a la diócesis de Valencia con su trabajo humano y pastoral, por el bien que sigue haciendo con su protección y la fama que le dado en el mundo entero.

Dios al fondo. Dios siempre estuvo presente en su vida y en sus obras. Por eso,

La caridad es la maestra de la doctrina es la vía maestra de la doctrina social de la Iglesia. Todas las responsabilidades y compromisos trazados por esta doctrina provienen de la caridad que, según la enseñanza de Jesús, es la síntesis de toda la Ley (cf. Mt. 22, 36-40). Ella da verdadera sustancia a la relación personal con Dios y con el prójimo; no solo es el principio de las micro-relaciones, como en las amistades, la familia, el pequeño grupo, sino también de las macro-relaciones, como las relaciones sociales, económicas y políticas. Para la Iglesia –aleccionada por el Evangelio–, la caridad es todo porque, como enseñaba San Juan (cf. 1 Jn 4, 8.16) y como he recordado en mi primera Carta encíclica (*Deus caritas est*): Todo proviene de la caridad de Dios, todo adquiere forma por ella y a ella tiende todo (*Caritas in veritate*, n.2).

Solo si pensamos que se nos ha llamado individualmente y en comunidad a formar parte de la familia de Dios como hijos suyos, seremos capaces de forjar un pensamiento nuevo y sacar nuevas energías al servicio de un humanismo íntegro y verdadero (...) El amor de Dios nos invita a salir de lo que es limitado y no definitivo, nos da valor para trabajar y seguir en busca del bien de todos (...) Dios nos da la fuerza para luchar y sufrir por amor al bien común, porque Él es nuestro Todo (Encíclica “*Caritas in veritate*”, n. 78).

La enseñanza de esta encíclica sintoniza perfectamente con la doctrina que predicó y el amor que nuestro santo tuvo a los más pobres y necesitados con su ejemplo y con sus obras.